



Experientia

Un programa de reflexión y para compartir

Tomo Segundo

Unidades 6-10

OCSO

Proyecto con la aprobación del Capítulo General de 2017

CONTENIDO

TOMO PRIMERO

1. Introducción
2. El camino recorrido hasta ahora
3. Deseo libre de deseos
4. *Imago Dei*: La Persona Humana creada a Imagen de Dios
5. *Schola Dilectionis*: El Monasterio: Escuela de Amor

TOMO SEGUNDO

6. Generatividad
7. Oración
8. Disminución
9. La Energía de la Esperanza
10. La Tradición Cisterciense

UNIDAD SEIS

Generatividad

Generatividad

El trabajo manual fue una de las observancias de marca de los primeros cistercienses. Las primeras generaciones adoptaron de buen grado la práctica contemporánea de limpiar y cultivar tierras previamente improductivas, una práctica que fue posible por las condiciones del Período Medieval Cálido (950-1250). Este trabajo fue necesario para la construcción de los monasterios recientemente fundados y para el sostenimiento material de la comunidad. También, en cierta medida, aseguró la independencia de las comunidades reformadas de una influencia indebida de los benefactores y donantes. Si bien los monjes continuaron llevando parte del peso del trabajo manual (especialmente en el tiempo de la cosecha) la mayor parte fue llevada a cabo por hermanos legos, asistidos por trabajadores contratados (EP 15:10) y varios especialistas. Al cabo de poco tiempo, fue necesario recordar a los monjes que no llevaran libros para leer durante el trabajo (EO 75:26).

Mientras tanto, desde el principio, algunos monjes se dedicaron a tareas más sedentarias, incluido el trabajo en el *Scriptorium*. A medida que la situación material de los monasterios mejoraba, se fueron dando razones ascéticas para justificar la continuidad de la práctica del trabajo manual. Éste se vio como necesario, no tanto por sus beneficios materiales, sino como un modo de fomentar virtudes como la humildad. En los siglos posteriores, cuando prevaleció la noción de “hacer penitencia”, fueron los aspectos penitenciales del trabajo los que se enfatizaron.

Siguiendo la obra de Abraham Maslow (1908-1970), a fines del siglo XX se percibió un aprecio creciente de la importancia de la autorrealización, como la más alta de las necesidades humanas. Esto condujo a generar la expectativa de que la forma ideal de trabajo, aún en los monasterios, sería la que más contribuyera a la autorrealización de los trabajadores, dándoles oportunidades para la utilización y desarrollo de sus talentos y habilidades creativas. Como resultado, monjes y monjas comenzaron a esperar un trabajo “significativo”, más allá de su función de contribuir al mantenimiento de la comunidad. Hubo también un creciente reconocimiento del hecho de que las personas célibes, frecuentemente sienten la falta de oportunidades para ser generativas, para imprimir su carácter personal en el universo, para dejar algo tras de sí cuando mueren, más allá de ser parte anónima de un emprendimiento corporativo.

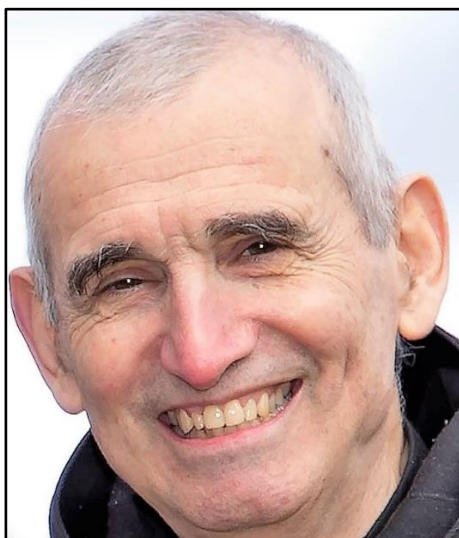
Nosotros, que vivimos en un tiempo en que la naturaleza del trabajo está constantemente cambiando a través de innovaciones tecnológicas y regulaciones burocráticas, necesitamos que se nos recuerde que nuestro principal trabajo es vivir la vida monástica plenamente y perseverar en ella. El camino de la sabiduría es vivir libres de las preocupaciones, más bien que sin preocupaciones. La insistencia de Guerrico en la estabilidad, es un recordatorio de que necesitamos perseverar en la observancia monástica común, para que ésta cumpla su misterioso poder en nosotros. Una de las mejores ayudas para la perseverancia es comprender cómo el trabajo y las demás observancias sirven a nuestro propósito espiritual. Claramente, en nuestra historia, ha habido diferentes comprensiones del rol del trabajo, no todas ellas compatibles entre sí. Esto significa que probablemente sea necesario para nuestra generación considerar nuestra propia experiencia del trabajo y sus efectos, y entrar en diálogo con nuestra tradición, con la esperanza de alcanzar una comprensión de su rol más completa y profunda.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. En la tradición cisterciense, se ha visto el trabajo como la contrapartida de la oración. ¿Qué rol juega éste en mi vida? ¿Cuánto de mi trabajo es manual? ¿En qué medida veo el trabajo como un instrumento de la vida espiritual? ¿He experimentado el trabajo como ocasión de crecimiento espiritual?
2. ¿Cómo contribuye mi trabajo a mi identidad? ¿En qué medida éste contribuye a mi bienestar personal? ¿Soy esclavo/a de mi trabajo?
3. ¿Es mi trabajo un don gratuito de mí mismo en servicio de la comunidad? ¿En qué medida mi trabajo aporta a la vida de la comunidad? ¿Siento que todos compartimos equitativamente las cargas que conlleva la existencia de la comunidad? ¿Aprecio el trabajo de los demás?
4. ¿Cuál es el rol del estudio personal en mi vida? ¿Encuentro que las conferencias capitulares, las homilías, los cursos de formación permanente, las lecturas del refectorio son útiles para construir una cultura comunitaria? ¿De qué maneras mi comunidad participa de los frutos de mi estudio o aficiones personales?
5. ¿Hay un buen nivel de comunicación profunda entre las diferentes generaciones de esta comunidad? ¿Ayudo a construir puentes para facilitar la transmisión de la vida?
6. ¿Cómo entiendo el ocio contemplativo? El valor del ocio monástico ¿es reconocido en mi comunidad? ¿Qué actividades son apropiadas e inapropiadas para el tiempo de ocio? En esta comunidad ¿hay margen para el ejercicio y desarrollo de intereses personales, artísticos o culturales? ¿Gasto tiempo disfrutando de la belleza natural?
7. ¿Cómo he recibido el carisma cisterciense? ¿De qué modos me siento capaz de comunicar mi experiencia de la tradición cisterciense y transmitir la vida a los nuevos miembros de la comunidad? ¿Cómo se entiende la maternidad/paternidad espiritual en mi comunidad?¹



¹ Traducción: Ana Laura Forastieri (Hinojo).



Dom Bernardo Olivera (Azul)

Fecha de nacimiento: 17 de junio 1943

Fecha de entrada: 31 de octubre 1962

Correo electrónico: bernardo@trapenses.com.ar

Comienzo presentándome. Fui joven, pero ya soy viejo, aunque prefiero decir: anciano. Hace 56 años que entré en el monasterio. Era un “buscador” que fue buscado y encontrado. Sabía muy bien lo que quería, sólo faltaba realizarlo. Y la realización sigue su proceso.

Pronto comprendí que para leer fructuosamente a los Padres cistercienses hay que tener presente esta clave de lectura: la búsqueda y el encuentro experiencial con Dios, basados en la *lectio divina* y la interpretación de las Escrituras según los cuatro sentidos tradicionales de la misma (literal, alegórico, moral y escatológico), en el ámbito de una comunidad fraterna y litúrgica, que sigue la Regla de San Benito.

Abordo ahora con libertad el primer sermón de Guerrico para la fiesta de San Benito (S.22). El contenido de este sermón es el siguiente: San Benito invita a buscar la sabiduría que él alcanzó. El camino puede resultar arduo pero lleva al agua de la Vida. Para alcanzarla es necesario perseverar en su búsqueda practicando la justicia de la observancia monástica, teniendo siempre presente el temor de Dios.

Siendo Guerrico de Igny un *magister* bien “inculturado” en la teología monástica, no es extraño, entonces, que la *escuela del servicio del Señor* benedictina (RB 45) se convierta, para él en una *escuela de la filosofía cristiana* en la que el monje es instruido en la *disciplina de la sabiduría* (S.22:4). En otras palabras, el monasterio es una escuela en donde se aprende a vivir según Jesucristo, Sabiduría de Dios.

La sabiduría que se aprende en el monasterio-escuela es doble. Ante todo, una sabiduría prudencial que enseña a vivir dando a cada realidad su justo valor en relación con el fin último: la pureza de corazón y... ¡la Vida eterna! Luego, como efecto de lo primero, la capacidad de “saborear” a Dios gustando su Palabra. Es así como el monje se convierte en un “teólogo”.

Esta escuela sapiencial tiene un par de requisitos para producir sus frutos: la estabilidad y la perseverancia. La estabilidad no es sólo algo material, es sobre todo algo relacional y dinámico: estabilidad activa en el seno de la comunidad fraterna. La perseverancia se refiere al paso del tiempo, pero también a la constancia y firmeza en los ejercicios monásticos.

Si, junto con Guerrico, le preguntamos a San Benito sobre el lugar para permanecer en la sabiduría a fin de arraigar y producir frutos, nos responde: *el claustro del monasterio y la estabilidad en la comunidad es el lugar idóneo para producir fruto de todas las virtudes* (RB 4; Cf. Guerrico, S.22.2).

El gran enemigo que nos impide alcanzar la sabiduría es la *negligencia*, ella hace perder el gran valor mediador de la observancia o *conversatio* monástica con cada uno de sus ejercicios corporales y espirituales.

El término *conversatio morum* implica un doble sentido: objetivo (forma de vida) y subjetivo (conversión). Hoy día prevalece el primer sentido, aunque sin olvidar el segundo: toda forma de vida está al servicio de una conversión, y toda conversión precisa apoyarse en una forma de vida.

El aspecto más tangible de nuestra *conversatio* consiste en las observancias básicas según la Regla de San Benito, no hace falta decir que para Benito el monje es un célibe:

- La separación del mundo y la “taciturnidad”: clausura y silencio.
- La vida de oración comunitaria y personal: *Opus Dei* y *lectio divina*.
- La austeridad de las vigias y los ayunos.
- La vida estable y comunitaria: estabilidad, obediencia y fraternidad.
- El trabajo monástico: preferentemente manual (dirán los cistercienses).

Los “Usos” monásticos locales son una explicitación de las Constituciones de la Orden, las cuales, a su vez, explicitan la Regla de San Benito. Todo esto permite tener una visión común y compartida de la experiencia monástica y posibilita la formación de los hermanos y de la comunidad, tanto a nivel inicial cuanto permanente.

En el sermón de Guerrico que guía nuestra reflexión aparece cuatro veces la palabra “*negligencia*” y su equivalente: “*tedio*” (S.22:5-6). ¿De qué está hablando? La negligencia que ordinariamente ataca en los claustros monásticos consiste en: falta de cuidado, aplicación y diligencia en lo que se hace, en especial en el cumplimiento de las propias obligaciones profesadas ante la comunidad el día de los votos monásticos. Nos encontramos, pues, ante el gran enemigo de la *conversatio* monástica.

La terminología utilizada para denominar este vicio o *logismo* (pensamiento apasionado) conoce varios vocablos. Nuestros Padres hablan de: *negligencia, tedio, tibieza, tristeza, aridez,*

pereza, hastío, molicie, torpor, turbación, ociosidad, tristeza, pusilanimidad, languidez, desidia, indolencia, despreocupación, inercia, inquietud, inconstancia, adormecimiento... Y usan expresivas figuras simbólicas para referirse al mismo, por ejemplo: *peste, tiña, gusano, polilla, tempestad del alma...* La “Madre” de estas madre e hijas es la *acedia*. ¡La gran enemiga del monje y de la monja!

A fin de identificar el pésimo vicio de la *acedia*, para defendernos de ella, pueden resultar de utilidad estos cuatro datos:

- Inicio:** aunque tiene sus horas y tiempos predilectos, puede aparecer en cualquier momento; es el arma predilecta que empuña el Maligno, pocas veces éste muestra su mano, la esconde a fin de ser más eficaz pues se ignora la identidad de quien ataca. Por eso el origen de la *acedia* nos resulta tantas veces desconocido.
- Experiencia:** la fenomenología de la *acedia* es muy personalizada, por lo general se aprovecha de los “flancos débiles” de cada uno. La pluralidad de formas la caracteriza.
- Finalidad:** la *acedia* tiene un blanco muy preciso, su objetivo es desvincularnos, desligarnos de Dios, de la comunidad y hasta del hermano o hermana más prójimo.

El remedio clásico para combatir la *acedia* es: la ordenada y regular alternancia de ejercicios espirituales y corporales propios de la *conversatio* monástica. Y no olvidemos que el que persevera en la vida monástica será visitado frecuentemente en su corazón por la Palabra de Dios que descenderá en su interior pacificando y aquietando como las aguas de Siloé...

Nuestros Padres comparan en sus sermones a San Benito como un árbol plantado al borde de las aguas, por eso sus hojas nunca se marchitan y sus frutos son abundantes (Cf. S.23:5-7). Nosotros somos sus frutos, él nos engendra mediante su palabra (Regla) acreditada con su propia existencia. Podemos, pues, dar testimonio de su gran fecundidad creativa y generadora de vida.

Existe en nuestros monasterios una forma de generatividad al alcance de todos y cada uno. Me refiero a esas dos virtudes que, en referencia al Abad y colaboradores, San Benito llama *sollicitudo* y *cura*. Todo Abad sabio es aquel que sirve a la comunidad como un colaborador entre muchos colaboradores. Una comunidad en la que todos colaboran es una comunidad en la que hay amplio lugar para la solicitud, el cuidado, la atención y la ocupación de unos por otros.

Es triste ser sabio, cuando la sabiduría no es fecunda. Es un gozo muy grande para el sabio saber que su género de vida engendra vida en su entorno.

GUERRICO DE IGNY

SERMÓN 22

Fiesta de san Benito I: Morada en la sabiduría

(Padres Cistercienses 10 [Azul], pág. 233-241)

Dichoso el hombre que permanece en la sabiduría y medita en la justicia, y considera en su mente la mirada de Dios presente en todas partes (Sir 14, 22).

Con cuánta propiedad hayan sido cantadas estas palabras en alabanza del bienaventurado Benito, cada uno de vosotros se ha podido dar fácilmente cuenta, pues no ignoráis su vida ni su doctrina. Mas con cuánta conveniencia se pueden aplicar para nuestra enseñanza, lo demuestra el sentido de las mismas palabras, que están pregonando cómo no hay en la vida nada más útil que la sabiduría, la justicia y el temor del Señor, por cuanto constituyen el premio de la bienaventuranza.

Dichoso –dice– el que permanece en la sabiduría. Ciertamente, ésta es la bienaventuranza, ésta la sabiduría, si permaneces en la sabiduría para abrazarte con perseverancia a ella, porque no *es dichoso* el hombre en seguida que la encuentra, sino cuando *la retiene* (Prov 3, 18). Pues dice la Escritura: *Dichoso el hombre que ha encontrado la sabiduría.* Mas no para ahí, antes añade: *y que abunda en prudencia* (Prov 3, 13). O sea, no basta haberla encontrado para creerte al punto bienaventurado, sino que es preciso que cuando la hayas encontrado, no sólo permanezcas con ella y en ella, sino que también te deleites compartiendo su morada y su mesa.

No te apartes de su enseñanza hasta que, a fuerza de meditar en la justicia y pensando en la mirada de Dios presente en todas partes, abundes en prudencia. Porque también Salomón halló la sabiduría, mas, como le escaseó la prudencia –por haberse comportado imprudente e incautamente en el trato con mujeres de pueblos extraños–, no sólo perdió la sabiduría, sino que incurrió además en el último grado de necedad idolátrica (1Re 11, 1-8).

También los sabios de este mundo juzgan haber hallado la sabiduría al escudriñar *las cosas ocultas de Dios* –basados en el conocimiento de *las cosas creadas de este mundo* (Rm 1, 20)–, pero, como no abundaron en prudencia y *conociendo a Dios no lo glorificaron cual debían, también ellos se tornaron necios y se oscureció su corazón* (Rm 1, 21. 22. 28) hasta la reprobación e ignominia más torpes.

2. Indudablemente la soberbia del corazón –como se ve en estos ejemplos– aleja a unos por la sabiduría que habían hallado; a otros, como lo vemos en Salomón, los aparta por los placeres de la carne; todos, en una palabra, irritado contra ellas, la dejan por ligereza e inconstancia de ánimo, heridos por una leve perturbación; son *aquellos que creen por un tiempo y a la hora de la tentación se vuelven atrás* (Lc 8, 13). ¿Por qué se vuelven atrás? Por *carecer de raíces* que los sostengan. ¿Y cómo podrán arraigar si no permanecen? Jamás planta alguna pudo arraigar a no ser permaneciendo en el lugar donde fue colocada.

De la misma manera, no es posible que el justo, plantado en la casa del Señor (Sal 91, 14), pueda arraigarse ni establecerse en la caridad (Ef 3, 17) si no se detiene y permanece en su

lugar. Porque si no está enraizado, no podrá florecer ni dar fruto que permanezca (Jer 17, 8; Jn 15, 16). Y si pareciera vislumbrarse un comienzo de esperanza de que va a florecer, se dirá de él: *Antes de la mies se ha ido en flor y todo brotará antes de sazón* (Is 18, 5), o bien, según otro profeta: *Si diera fruto, se lo comerán los extraños* (Os 8, 7). Ahora bien, ¿quieres saber cuál es la estabilidad necesaria en un lugar para permanecer en la sabiduría, a fin de poder arraigar y fructificar a su tiempo? *Pregunta a tu padre Benito y te dirá* (Dt 32, 7) que el claustro del monasterio, y la estabilidad en la comunidad, es el lugar idóneo para producir fruto de todas las virtudes, de las cuales en el mismo pasaje nos teje un largo catálogo.

Acerca del inconstante, ¿qué nos dice Salomón? *Así como el pájaro que sale de su nido, así el hombre que abandona su lugar* (Prov 27, 8). *La tortola encontró nido donde colocar sus polluelos* (Sal 83, 4), comenzó a calentarlo y a recibir calor de él, perseveró hasta el momento de sacar los polluelos (Is 37, 3), pero he aquí que escapó volando, dejando abandonada la obra comenzada. Porque él verá de dónde o adónde se marcha volando, bien cuando advierta los perjuicios que de ello le sobrevienen, bien cuando, bien cuando pueda excusar el motivo por el cual *anuló su primera fidelidad* (1Tim 5, 12). Por mi parte jamás aconsejaría exponerse a un perjuicio necesario por una esperanza incierta, antes al contrario, el aprovechamiento de no pocos me está pregonando abstenerme de toda precipitación.

3. A decir verdad, existe mucha desemejanza entre aquellos que por amor a la sabiduría viven desasosegados y aquellos de quienes hace poco hemos hablado, los cuales, arrastrados por cosas leves y frívolas, se apartan de la sabiduría. Porque así como uno mora en la sabiduría mediante la paciencia en la disciplina para aprender la sabiduría, así también los que fácilmente pierden la paciencia (Sir 2, 16) *no demoran*, como está escrito *en arrojarla*. Qué cosa puede hacerlos tropezar lo advierte la Escritura: *La virtud es para éstos como una piedra de tropiezo que no tardarán en lanzar de sus hombros* (Sir 6, 22). *Tropezaron contra una piedra funesta, contra la piedra de escándalo* (Rm 9, 32-33), cuya virtud probada corregía y enseñaba a los necios y probaba las almas; en tanto, ellos comparaban la virtud de la sabiduría con la dureza de la piedra y acusaban de duras a todas las demás cosas: su observancia, su aspecto y su lenguaje. *Duro es este lenguaje* (Jn 6, 61), se dicen. Aun suponiendo que tal lenguaje sea duro, ¿acaso no es verdadero? La piedra de suyo es dura, ¿no es también preciosa? ¿Por qué la verdad es dura para ti, sino por la dureza de tu corazón? Si tu corazón se ablandara mediante la piedad, preferirías la solidez de la verdad a la vanidad de la mentira o al óleo de la adulación.

Duro es este lenguaje –decían– porque *la experiencia* de la sabiduría tenía para ellos *la virtud de la piedra*. Por eso no tardaron en arrojarla de sí y volvieron atrás. Ninguna otra cosa los movió a arrojar de sí esta piedra preciosa (Sal 117, 22) y elegida de Dios, sino haberla juzgado dura. Ciertamente la piedra era Cristo, pero por la virtud, no por la dureza. Era piedra, pero fácil de convertir –de hecho ya se ha convertido– en estanque o más bien en raudales de agua (Sal 113, 8) cuando encuentra corazones dispuestos y humildes en quienes puede obrar. Porque quienes volvieron atrás (Jn 6, 67) ante el menor síntoma de dureza, si hubieran perseverado con los apóstoles, tal vez habrían bebido también ellos con los apóstoles de *la Piedra que los seguía* (1Cor 10, 4), habrían bebido de las corrientes de agua viva (Jn 7, 38) de la Piedra herida en la cruz, que brota a raudales para abreviar aún hoy día al pueblo y a los animales (Nm 20, 11), y no sólo eso, también habrían extraído miel de la piedra y aceite de la roca durísima (Dt 32, 13).

4. En verdad, *dichoso tú, Simón Bar-Joná*, por haberte revelado el Padre (Mt 16, 17) la suavidad del misterio oculta, al parecer, en la dureza del lenguaje, cuando, interrogados los doce acerca

de si también ellos querían marcharse, respondiste con entereza: *Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna* (Jn 6, 68-69).

Dichoso totalmente, repito, por haber escogido permanecer en la sabiduría y, con sus domésticos, alimentarte a su mesa del pan del sacramento, hasta que mediante el progreso desde la fe hasta el conocimiento se te dé para alimentarte el *pan de vida y de inteligencia*, y para beber, *el agua saludable de la sabiduría* (Sir 15, 3).

Dichosos igualmente vosotros, hermanos, que os habéis inscrito en la disciplina de la sabiduría y en la escuela de la filosofía cristiana, pero sólo si permanecéis perseverantes en la sabiduría. Aún en caso de pareceros muy duro su lenguaje, esto es, muy duros los mandatos del que gobierna o corrige, *no haya entre vosotros ningún corazón incrédulo que quiera separarse del Dios vivo* (Heb 3, 12), antes diga firmemente con el apóstol: *Tú tienes palabras de vida; ¿a quién iremos?* (Jn 6, 69).

Realmente finges poner trabajo en tu precepto (Sal 93, 20), dureza en las palabras, pero sabemos cuán *grande es la abundancia de tu dulzura, Señor, escondida para los que te temen* (Sal 30, 20). Perfeccionarás a cuantos esperan en ti. Aun cuando me mates, yo esperaré siempre (Job 13, 15). Digo más entonces esperaré con más vehemencia, cuando me azotes, persigas, abrases o hagas desaparecer todo cuanto viva en mí, con el fin de que no viva yo, sino que Cristo viva en mí (Gál 2, 20). *No nos separaremos de ti* en manera alguna, porque aun matando *nos das vida* (Sal 79, 19), nos sanas hiriendo (Os 6, 2; Job 5, 18). Verdaderamente dichoso el que permanece en la sabiduría, soportando en constancia y fe, *en obediencia generosa y fiel hasta la muerte* (Fil 2, 8), no abandonando su puesto toda vez que *el ánimo del superior se muestre contrario a él*, teniendo presente que el *medicamento* de la disciplina *hará desaparecer los más grandes pecados* (Ecle 10, 4).

5. En efecto, para llegar a la sabiduría de permanecer en la sabiduría, estimo que debemos tener presente que ni la inquietud ni cualquier otra leve molestia nos deben hacer abandonar fácilmente cualquier obra de sabiduría, quiero decir, la salmodia solemne, la oración, la lectura santa [*lectio divina*], el trabajo diario, el silencio. Así es, la sabiduría canta, “al salir”: *Exultarán mis labios*, dice el santo, *cuando te cante* (Sal 70, 23), y también, literalmente: *Tú colmas de alegría al salir de maitenes y de vísperas* (Sal 64, 9). Podéis tomar el ejemplo de la misma oración diaria: siempre el fin de la oración es mejor que el comienzo (Ecle 7, 9), para justificar aquel consejo tan reiterado del Señor, confirmado con multitud de ejemplos, de la perseverancia en la oración (cf. Lc 18, 1-8).

Si tienes intención de leer un libro, pero antes de empezarlo lo dejas a un lado por negligencia, es más, lo arrojas lejos de ti, ¿qué fruto podrás sacar de él? Si no te entregas con asiduidad al estudio de la Escritura, de manera que se te haga familiar, ¿cómo esperas que se te revele su sentido? Al que tiene amor a la palabra –dice-, se le dará inteligencia y *abundará; mas a quien no tiene, se le quitará aun lo que tiene* (Mt 13, 12) por naturaleza, a causa de su negligencia.

Sobre el trabajo manual, sin duda tendréis muy en cuenta cómo el consuelo está reservado para el fin de la obra, de igual suerte que el sueldo para el jornalero (Mt 20, 10). Respecto del silencio, escucha la promesa del Señor por Isaías: *En el silencio y en la esperanza está vuestra fortaleza* (Is 30, 15). Si, pues, practicas la justicia en el silencio y dices con Jeremías que es bueno esperar en el silencio la salvación de Dios (Lam 3, 26), en medio del silencio te penetrará en lo más íntimo la palabra del Señor omnipotente que descende de su real solio (Sab 18, 15) y las aguas de Siloé *que se deslizan en el silencio* (Is 8, 6) *regarán* con agradables raudales el

valle tranquilo y pacífico de tu alma. Esto lo experimentarás, no una, sino muchas veces, con tal de que tu silencio sea un culto de justicia (Is 32, 17), es decir, si meditas en la justicia para perseverar en la Escritura que te he propuesto y consideras en tu mente la mirada de Dios presente en todas partes (Sir 14, 22).

6. *Medita esto, permanece en estas cosas de modo que tu progreso se torne manifiesto* (1Tim 4, 15). Porque si en el lecho meditas en la iniquidad (Sal 35, 5), esto es, en las astucias del enemigo, en los fantasmas urdidos en tu corazón (Sir 1, 33), en la vana filosofía o en sofismas engañosos, que no son otra cosa sino delirios de enfermo, ¿acaso tu silencio no rendirá culto más a la injusticia que a la justicia? (Is 32, 17) Pues si deseas permanecer en la sabiduría, procura meditar en la justicia. Si deseas la sabiduría, -dice-, practica la justicia, y Dios te la concederá (Sir 1, 33). Pero si los pensamientos malos te acometen con violencia, pon a la puerta de tu alma un centinela valeroso y fiel que custodie con toda diligencia tu corazón (Prov 4, 23). Me refiero al temor de Dios, que nada descuida por negligencia (Ecle 7, 19) y no permitirá la entrada a nadie sin registrarlo a fondo, preguntando de continuo –incluso al ángel de luz-: *¿Eres tú de los nuestros o de los enemigos?* (Jos 5, 13) Éste observa por todas partes, cerciorado de la omnipresencia divina, atiende sin cesar a quien ve y escudriña los corazones de los hombres (Prov 15, 11).

Bellamente se ha dicho: *Considera en su mente la mirada de Dios presente en todas partes* (Sir 14, 22), porque se halla enteramente sin sentido y falto de corazón quien descuida por negligencia el temor del Señor, quien no experimenta el peso de tan excelsa Majestad que lo ha de juzgar. Se dice con claridad que hemos de ver a Dios presente, a causa de que tiene todas las cosas presentes a sus ojos, tanto las pasadas como las futuras, no que se fije en éstas y examine aquéllas, sino simplemente que mira y observa todas las cosas en derredor suyo. De esta suerte, aquella eternidad, a manera de punto cuya simplicidad inmóvil tiene todo presente, es el centro de todas las cosas y de la circunferencia de los tiempos.

El temor del Señor piensa siempre en este ojo eterno, que ve y juzga todas las cosas de continuo y solicita nuestros pensamientos: él aparta no sólo de las malas obras, sino también de los malos pensamientos, enseñándonos a meditar más bien en la justicia, reteniéndonos para que permanezcamos con la sabiduría. De aquí procede que quien primero fue castigado con el temor del juicio y de la pena, sea alimentado después por el amor y la meditación de la justicia, y en definitiva descansa y se regocije en el banquete y abrazo de la sabiduría. Ésta no sólo arroja fuera el temor, derramando la caridad; también arroja del ánimo el tedio y la ansiedad, infundiendo suavidad, según lo dijo alguien que convivió con ella (Sab 8,3): *Entrando en mi casa hallaré en ella mi reposo, porque ni su compañía tiene amargura, ni causa tedio su trato, sino alegría y gozo* (Sab 8, 16). Jesucristo, Sabiduría de Dios, que se dignó participar de nuestra naturaleza, nos haga partícipes de estas cosas, él, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SIETE TEXTOS BREVES

1

[Habla el monje acidioso] Busco ocupar el tiempo en cualquier clase de conversación. Si no pasara el día charlando y deambulando moriría de aburrimiento (*tædium*)... Mantener el silencio es un tormento, permanecer en un lugar me agota... Trabajar con mis manos nunca fue lo mío. Hablar mucho me alimenta, me encanta dormir, y vagabundear física o mentalmente me ayuda. Me considero afortunado cuando escucho rumores o veo cosas nuevas. Desearía un cambio de gobierno cada día, nuevas leyes y reglamentaciones diferentes, para poder alcanzar por medio de todas estas variaciones, cierto alivio del aburrimiento. Odio cualquier cosa que dure un largo tiempo, y retrocedo horrorizado de todo aquello que permanece igual.

Galando de Reigny, *Parabolario* 16. 7

2

Lo primero que ataca el temor de Dios es la negligencia, porque excita al hombre a vigilarse a sí mismo. Pero si la negligencia vence, engendra la curiosidad. Con la negligencia la tierra del corazón produce cardos y espinas, y en lugar de encontrar reposo en su interior, siente la necesidad de volcarse al exterior. A esta curiosidad que sale del corazón le declara batalla la piedad. Porque la piedad consiste en dar culto a Dios y es en el corazón donde se rinde culto al que sabemos que vive en nuestro corazón. Si la curiosidad no queda derrotada, engendra la experiencia del mal, porque cuando el espíritu se dispersa en muchas cosas le resulta fácil encontrar experiencias malsanas.

San Bernardo, *Sermones Varios* 125. 3
(Obras Completas de San Bernardo, tomo VI [BAC], p. 533)

3

Por tanto, hermanos, si nuestra alma, como hemos dicho, se ha convertido en un *castillo*, conviene que vivan en ella dos mujeres: una que esté *a los pies de Jesús* para escuchar *su palabra*; la otra para servir a Jesús y alimentarlo. Fijaos, hermanos, si sólo estuviese María en aquella casa, no habría quién alimentase al Señor; si sólo estuviese Marta, no habría quién se recreara con las palabras y presencia del Señor. Así que, hermanos, Marta simboliza el trabajo con el que el hombre se afana por Cristo; María, en cambio, el ocio en el que deja sus trabajos corporales y se recrea con la dulzura de Dios, bien por la lectio, la oración, o la contemplación. Por tanto, hermanos, en tanto que Cristo es pobre, y anda por la tierra, y pasa hambre y sed, y sufre la tentación, es necesario que estas dos mujeres habiten en la misma casa, es decir, que ambas actividades se den en la misma alma.

Elredo de Rieval, *Sermón 19 [En la Asunción de Santa María]* nn. 18-19
(Biblioteca Cisterciense 25 [Monte Carmelo], pp. 70-71)

4

Se ha de hacer también algún trabajo manual mandado, no tanto para distraer el espíritu durante algún tiempo como para alimentar y conservar el gusto por las cosas espirituales; así descansa un poco el espíritu sin perder el recogimiento y fácilmente puede retornar a su interior cuando lo considere conveniente, sin resistencia de la voluntad, sin el apego a la satisfacción obtenida, ni a los recuerdos incentivados por la imaginación.

Guillermo de Saint-Thierry, *Carta de Oro 84*
(Biblioteca Cisterciense 13 [Monte Carmelo], p. 56)

5

[El monje] es penitente por su estado, y por consiguiente obligado á la labor, como á la pena impuesta por Dios á todo pecador en la persona del primero por estas palabras: *In sudore vultus tui vesceris pane* (Gn 3, 19). Así obedece a los ordenes de Dios, cuando se ocupa en trabajar, y executa al pie de la letra, la sentencia pronunciada por él contra todos los que tubieron la desgracia de disgustarle... de ninguna cosa tiene mas obligación el Monge, que de llenar su vida, dexando aquella inutilidad ... lo que no podrá hacer, si no se dá á la labor de manos, no siendo posible que sin este medio ocupe utilmente el tiempo que le quede, después de haber cumplido las demás obligaciones: y es vana pretension el querer remediar este inconveniente por la leccion, pues es cierto, como la experiencia nos lo ha manifestado, que hay menos personas de las que piensan, capaces de dar á la letura siete ú ocho horas diarias, y no sobran menos, empleando el día no mas que en la leccion y en el oficio.

De Rancé, J.A. *La Regla de san Benito nuevamente traducida y explicada según su verdadero espíritu*. Traducción de Don Juan de Sada, Monge cisterciense del Real Monasterio de Santa María de Piedra. Impreso en Pamplona por la viuda de Ezquerro [1792]. Tomo II, pp. 208-209.

6

Todos sabemos que, en un monasterio, los servicios que permiten sentirse “protagonista” de algo no son demasiados: abad/esa, padre/madre maestro/a, cillerero/a, cantor/a... Esto significa que muchos monjes y monjas que se encuentran en la edad generativa no encuentran cauces para su potencial, lo cual trae aparejado una posible frustración que recae sobre uno mismo y sobre los demás... Más concretamente, la capacidad generativa propia de los profesos y profesas adultos, entendida en general como afirmación y orientación de la generación siguiente, no siempre encuentra lugar o cauces en el monasterio. No es raro que esto sea fuente de crisis y regresiones en el camino de la madurez humana y espiritual. Hasta el mismo celibato o virginidad por el Reino puede llegarse a vivir de una manera castrante. La frustración de la generatividad es causa de repliegue sobre sí mismo, búsqueda obsesiva de intimidad, invalidez precoz, preocupación excesiva de sí mismo. Por el contrario, la vivencia positiva de la generatividad es causa de apertura de horizontes, enriquecimiento mutuo, aumento de energía vital humana, todo lo cual trae aparejado ganas de vivir.

Bernardo Olivera. “*Nuestros monjes y monjas jóvenes y no tan jóvenes*”,
Conferencia al Capítulo General de la OCSO, septiembre de 2002
(Evangelio, Formación, Mística. Escritos de renovación monástica II [Monte Casino], pp. 35-36)

El trabajo, sobre todo el manual, que ofrece al monje la ocasión de participar en la obra divina de la creación y restauración, y comprometerse en el seguimiento de Cristo, goza siempre de alta estima en la tradición cisterciense. Este trabajo, arduo y redentor, procura la subsistencia a los monjes y a otras personas, especialmente a los pobres, y es signo de solidaridad con el mundo obrero. Es además ocasión de una ascesis fecunda que ayuda al desarrollo y madurez de la persona, favorece su salud física y psíquica y contribuye sobremanera a la cohesión de la comunidad.

Constituciones OCSO 26

<https://www.ocso.org/wp-content/uploads/2016/05/1-Const.-Monjes-Monjas-Oct-2016-SP.pdf>

*Los artesanos que pueda haber en el monasterio,
ejerzan con humildad sus artes,
si el abad se lo permite.
Pero si alguno de ellos se engríe
por el conocimiento de su oficio,
porque le parece que hace algo
por el monasterio, sea removido de su oficio.*

RB 57

CINCO BREVES REFLEXIONES

1



Padre Agustín Romero Redondo (Huerta)

Fecha de nacimiento: 8 diciembre 1936

Fecha de entrada: 27 septiembre 1955

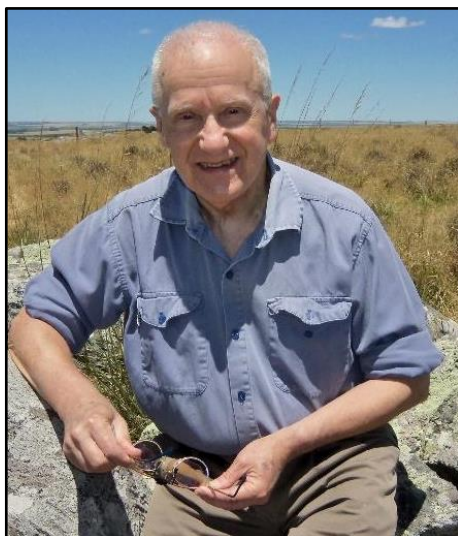
Correo electrónico: agustin@monasteriohuerta.org

Tres ideas me han llamado la atención en este texto: la estabilidad en el lugar, la meditación de la Palabra, en la justicia, y la presencia de Dios. Para mí han sido siempre una sensación de carencia, que dada mi trayectoria vital, nunca había llegado a superar, pero siempre he suspirado por ella. Al enfrentarme con ellas, me veo feliz, bienaventurado, que dice el texto.

Llevo fuera del monasterio 27 años en diversos servicios a la comunidad: 6 por razón de estudios, 13 en la prefundación de Montesión y 8 de capellán en Vico, más dentro del monasterio cuatro cursos en una escuela para niños. Por otra parte, he dado cursos de formación en la comunidad y con los jóvenes de la RE y lo que me han pedido a este nivel, y que nunca me he negado.

Al reflexionar por esta realidad pasada, constato que siento muy en el interior la pertenencia a mi comunidad, hecha más viva con las ausencias. Noto también que mi contacto con la Palabra, preparando cursos y charlas, me ha enriquecido interiormente a pesar de mi deficiente práctica de la lectio. La presencia de Dios sigue siendo una aspiración, que quiere ser constante en mi vida.

A pesar de mi sensación negativa, desde la pobreza y el deseo, creo que el Espíritu me ha ido modelando. Y siempre con la ilusión de imitar la actitud de siervo de Jesús y ver en cada situación con personas o aconteceres, una llamada, una elección.



Dom Augustine Roberts (Azul)
 Fecha de nacimiento: 23 octubre 1932
 Fecha de entrada: 3 agosto 1953
 Correo electrónico: aroberts32@gmail.com

Me llamó la atención, sobre todo, la última parte de este sermón del Beato Guerrico. Se trata de una buena síntesis de lo que es en verdad lo más importante de nuestra vida: unificar la vida interior de fe, confianza y amor del monje con su vida exterior de observancia. Me hizo pensar en el principio que da San Benito sobre cómo rezar durante la salmodia, principio que me va tocando cada vez más en estos últimos años. Benito termina su capítulo con la recomendación: “*Mens nostra concordat voci nostrae*: trabajar para que el corazón y la inteligencia se armonicen con las palabras que cantamos, leemos o escuchamos”. *Mens* en latín, como *nous* en griego, significa no sólo los pensamientos intelectuales, sino también el espíritu interior, los afectos y deseos del corazón. La frase de Benito corresponde a lo que dice Guerrico, que en las observancias debemos hacer bien lo que estamos haciendo, pero no sólo exterior sino también interiormente. Añade que el contexto – yo hubiera dicho el *catalizador* – necesario para dicho proceso es el silencio.

En mi propia vida y en la de otros muchos monjes y monjas, he visto que muchos de nuestros problemas se relacionan con esta necesidad de unificación personal. Algunos lo llaman una crisis de identidad: ¿Quién soy? ¿Para qué estoy aquí? ¿En qué me equivoqué?

Tanto por mi familia como por la cultura, soy una persona práctica, formada desde la cuna para lograr resultados y realizar algo decente, pero ¿cómo puedo dar fruto con estas observancias exteriores? El fruto tiene que estar más allá del hecho de seguir las observancias relativamente bien, que es mi tentación reforzada por la “Estricta Observancia” trapense: seguirlas bien sólo a nivel exterior. Esto explica porque me causó tanta impresión el principio benedictino de armonizar lo interior con lo exterior. ¡Hay todo un mundo de trabajo interior a realizar! La gente mira la apariencia, pero Dios ve el corazón. Y allí está Jesús. ¡Qué mundo más nuevo e intrincado para elaborar que producir chocolates, mermeladas, pan o ropa, cantar correctamente o hacer lectio divina!

Necesitaba descubrir cómo lograr esta armonía interior-exterior. La primera luz que recibí al respecto vino de los Padres del Desierto: quédate en tu celda. Guerrico lo afirma en relación con la estabilidad cenobítica: no salir del claustro del monasterio. La sabiduría popular lo dice en verso: *En tiempo de nubes, no te mudes*, cuando el cielo interior se oscurece y no se ve con claridad, no pienses en cambiar la actividad. Quédate en silencio, busca el sentido en tu interior y no sueñes, como es típico de nuestra cultura actual exteriorizada, con realizar algo sólo exteriormente. Dios va realizando, sobre todo interiormente, su Nueva Creación en el corazón, la mente, los deseos, los pensamientos y los amores. Pero, ¿dónde está todo esto?

Había presumido que mi corazón estaba en el Señor y en el monasterio, pero mi corazón es mucho más complejo que mis deseos o mis distracciones. Mi corazón soy yo, de adentro hacia afuera, con todos estos pensamientos, recuerdos, veleidades y amistades. Visto anatómicamente, el corazón posee dos aurículas y dos ventrículos, pero el corazón bíblico es infinitamente más rico y complejo. Todo su contenido ha de centrarse en Jesús, sea aquí y ahora, sea en el Purgatorio, por eso: *¡Mens nostra concordat voci nostrae!*

Existe en mí una dimensión intelectual relativamente fuerte, pero es vigoroso también el lado social y, más aún la dimensión afectiva y visceral. Guerrico, pensando quizás en los grados de humildad de la Regla, describe la fuerza que integra todo esto como “justicia” y el “temor del Señor”. Por supuesto que es bueno obrar para Cristo y su justicia, pero la obra primordial de Jesús es la unificación interior de cada uno de sus discípulos.

Justamente, el temor del Señor es uno de los siete Dones del Espíritu Santo, el cual puede introducir su mano con más profundidad, rapidez y exactitud que ningún cirujano o psiquiatra, para poner en el corazón un nuevo temor, no servil sino filial y sponsal, el temor de entristecer al Espíritu y obstaculizar la obra de Dios, el *Opus Dei* interior. Para aprenderlo, ¡más vale tarde que nunca!





Madre Bibiane Tayé Igaro (L'Étoile)

Fecha de nacimiento: hacia 1957

Fecha de entrada: 1 marzo 1981

Correo electrónico: etoilenotredameocso@gmail.com

«Para mí, esperaré siempre, aunque me mates. Aún mejor, esperaré, por más que me flageles, me cortes en rodajas, me quemes, mates todo lo que vive en mí, para que no sea más yo el que viva, sino CRISTO que viva en mí».

Este texto de nuestro padre el Beato Guerrico me recuerda mi recorrido monástico que no es posible contar en algunos renglones. En efecto, durante mi noviciado me repetía ante la mínima dificultad: estoy cansada, quiero irme a mi casa. Esta frase estaba frecuentemente en mi boca hasta el día en el que mi madre priora de entonces me dijo: «si continúas diciendo esto, acabarás yéndote; no digas más cosas así». A partir de ese momento, me calmé. Entonces, cuando se presentan dificultades me contento diciendo: ¿quién te ha traído aquí? ¿no has sido tú misma la que ha venido? ¡Entonces avanza! De hecho, la mayoría de las dificultades venían de mí misma a causa de mi sensibilidad. Pero los momentos más difíciles de mi vida monástica fueron el tiempo de mi abadiato. Ciertamente el maligno ha puesto en obra todo para vencernos, pero el Señor no nos ha abandonado. Y acabé encontrándome teniendo que decir a algunas que no hay que huir de las dificultades. Hay quien me decía: deseo irme a tal comunidad porque aquí es muy duro. Yo respondía: no me iré a pesar de las humillaciones. Y en mi lucha interior, no ceso de decir al maligno que persigue: aunque mi carne caiga en pedazos, no abandonaré a mi Señor. Así pues, me quedé en el monasterio para continuar mi camino de conversión de seguimiento a Cristo².

² Traducción: Hermano Placide Montes Rodriguez (Nový Dvůr).



Madre Gail Fitzpatrick (Mississippi)

Fecha de nacimiento: 31 enero 1938

Fecha de entrada: 29 agosto 1956

Correo electrónico: gail@olmabbey.org

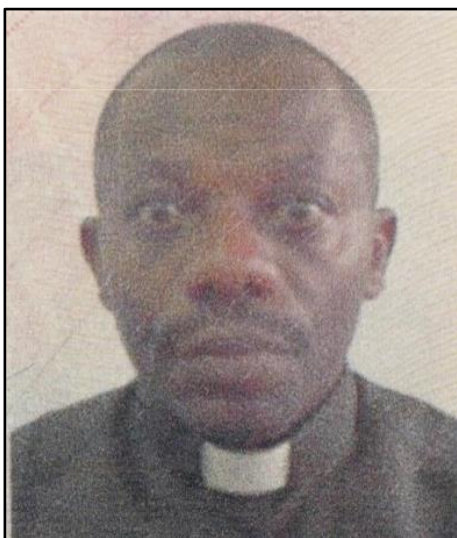
En los primeros tiempos de mi vida monástica, cuando estudiaba sobre los votos, me llamó la atención la relación que existe entre nuestro voto de Estabilidad y el Evangelio de San Juan. La enseñanza de Jesús en el capítulo 15 resonaba dentro de mí: “Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí” (Juan 15,4).

En el Sermón I para la festividad de San Benito, Guerrico nos habla de “permanecer en la Sabiduría”. Este permanecer es crucial si queremos encontrar la felicidad y dar fruto en nuestra vida monástica. Al meditar en este sermón, identifiqué la Sabiduría de la que habla Guerrico con Jesús, la Sabiduría de Dios.

Permanecer en Jesús requiere “estabilidad de lugar tanto como estabilidad de mente y corazón”. Guerrico describe la praxis de la permanencia en la Sabiduría: fidelidad al Oficio Divino, oración privada, *lectio divina*, trabajo diario y práctica del silencio.

Estos son los elementos ordinarios de la vida monástica... las prácticas diarias que raramente sobresalen o provocan asombro en los espectadores. Simplemente son “lo que los monjes hacen”—pero ése es el punto esencial—lo que los monjes hacen es vivir momento a momento abiertos a la influencia de la gracia y la misericordia de Dios. Y para esto tengo que ESTAR AQUÍ, para recibir esta gracia aquí y ahora. Con el fin de crecer en el amor a Dios y al prójimo tengo que permanecer—en los buenos y en los malos tiempos. Así la permanencia en Jesús que cada uno de nosotros desea dará fruto si nos dejamos modelar, formar, cincelar por este hermoso lugar y, más aún, por esta única comunidad.³

³ Traducción: Hermana Mónica Madera Molina (Esmeraldas).



Dom Vedaste Vitichomo Visogho [Mokoto]

Fecha de nacimiento: 8 septiembre 1963

Fecha de entrada: 27 julio 1986

Correo electrónico: vitchomocso@gmail.com

El ensayo de mi pequeña reflexión sobre uno de los hermosos textos de Guerrico de Igny: "El primer sermón de la fiesta de San Benito me abrió los ojos a un tesoro espiritual muy rico. Me sorprendió ver cómo Guerrico de Igny nos da de su pluma una buena enseñanza sobre la sabiduría. Detrás de su texto, descubrimos su propia experiencia de la vida monástica bien alimentada por la savia de la palabra de Dios leída, escuchada, meditada y practicada en la vida cotidiana.

De hecho, Guerrico de Igny comentó con motivo de la fiesta de San Benito el pasaje de Eclí, 14:22: "Bienaventurado el hombre que mora en la sabiduría y que guarda en su conciencia la mirada de Dios en todo presente". Él aplica esta Bienaventuranza a San Benito. Nos muestra que no es suficiente encontrar sabiduría, sino que además debemos mantenerla con perseverancia y prudencia.

Escuchando atentamente el resto de su sermón, es fácil ver que está invitando a sus oyentes, es decir, a los monjes de su comunidad y a todos sus lectores, a que consideremos la sabia palabra de Dios como la madre de las virtudes. Recibimos la felicidad de vivir bajo la mirada benevolente de Dios mediante el amor a la sabiduría, manteniéndola sana y salva por la lectio, escuchando la palabra de Dios cada día en nuestras celebraciones litúrgicas y siendo guiados por ella en nuestras diferentes actividades.

Para permanecer vigilantes ante las tentaciones, Él nos da ejemplos de los vicios que pueden desviarnos fácilmente de la sabiduría: orgullo, seducciones de la carne, ligereza e inconstancia, así como falta de resistencia ante las pruebas. Contra estos últimos vicios, invita a los monjes a practicar con coherencia los ejercicios propios de la sabiduría, tales como: la solemne salmodia, la oración, la lectura de las Santas Escrituras, el trabajo cotidiano, la regla del silencio.

En conclusión, este primer sermón de Guerrico de Igny para la fiesta de San Benito es un texto rico en espiritualidad monástica. Aunque nuestras bibliotecas están llenas de libros nuevos e interesantes, para nuestro viaje monástico tenemos gran interés en renovarnos con los escritos nuestros padres cistercienses.⁴



⁴ Traducción: Hermano Eduardo Lattar (Oelenberg / Scourmont).

PARA TU CUADERNO

1. Escribe tres puntos o ideas de esta unidad que hayan suscitado en ti una respuesta y que te gustaría recordar.
2. Si te gustaría hacerlo, escribe una respuesta personal breve a los temas suscitados en esta unidad. Probablemente será suficiente con unas 250 palabras.
3. Si quieres compartir este ensayo, puedes enviarlo al Padre Michael Casey (Tarawarra), Editor General: experientia.editor@gmail.com. Por favor, incluye una foto tuya con tu nombre completo y monasterio, fecha de nacimiento, fecha de entrada y tu dirección de correo electrónico preferida.

PARA LEER MÁS

Casey, Michael: “Manual Work in the Rule and Beyond, *Tjurunga* 78 (2010), pp. 38-63.

Freeman, Brendan, “Beware of ‘Acedia’,” in *Come and See: The Monastic Way for Today*, (Collegeville: Cistercian Publications, 2010), pp. 121-124.

Jonveaux, Isabelle, *Le monastère au travail: Le royaume de Dieu au défi de l'économie* (Montrouge: Bayard, 2011.)

Olivera, Bernardo, “Nuestros monjes y monjas jóvenes y no tan jóvenes”, Conferencia al Capítulo General de la OCSO, septiembre de 2002.

Vallin, Pierre e.a., “Travail,” DSP XV, 1186-1250.

UNIDAD SIETE

Oración

ORACIÓN

El siglo trece fue testigo de un rico florecimiento de misticismo entre las monjas cistercienses. Existen relatos hagiográficos contemporáneos de algunas de ellas pero, con la excepción de Santa Gertrudis, apenas dejaron algo sobre las formas de enseñar. Beatriz de Nazareth parece que escribió varios tratados sobre diferentes aspectos de la vida monástica, pero en su mayoría fueron destruidos después de su muerte para evitar el examen de la Inquisición. Los únicos vestigios que nos quedan de la mayoría de ellos están conservados en la obra póstuma *Vita* escrita por un capellán del monasterio. Sin embargo, por suerte, su tratado sobre *Los Siete Modos del Amor* sobrevivió.

Aunque Beatriz parece haber tenido una buena educación y un buen conocimiento del latín, su obra está escrita en lengua vernácula. Esto da a su enseñanza originalidad e inmediatez, aun cuando está claro que la mayor parte está en continuidad con los grandes autores cistercienses del siglo anterior. El verdadero objetivo del tratado de Beatriz es demostrar que la experiencia de toda una vida de oración no es homogénea. En el curso normal de los acontecimientos, un monje o una monja experimentarán algo de los diferentes cambios sobre los que escribe Beatriz, posiblemente no con la misma intensidad. De todos modos, en la mayoría de los casos, el camino de la oración comienza con el deseo y culmina en la unión.

En esta Unidad te pedimos que reflexiones sobre tu propia experiencia de oración y las diferentes formas que ésta ha tomado durante tus años de vida monástica. Reflexionar sobre tu práctica actual quizás puede llevarte a hacer algunos cambios que podrían hacer de la oración un componente más vibrante de tu vida diaria.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. Siempre tengo tiempo para comer, dormir, charlar, seguir las noticias y consultar mi correo electrónico, pero ¿hay veces en las que digo que no puedo encontrar tiempo para orar?
2. ¿Cómo se ha desarrollado mi relación con Dios después de que entré en el monasterio? ¿Qué papel desempeñó la liturgia?, ¿la *lectio divina*?, ¿la oración personal?
3. Al comienzo de mi vida monástica o antes de entrar ¿Ha habido una persona que me haya iniciado en una vida interior más intensa? Actualmente ¿Tengo alguien con quien pueda, de vez en cuando, hablar libremente de mis experiencias en la oración? ¿Dentro o fuera de la comunidad?
4. ¿Qué criterios utilizo para evaluar mi vida de oración? ¿Se trata más bien de mis sentimientos de devoción, de sentirme a gusto con mi vida, o de ser constantemente desafiado a vivir más de acuerdo con el Evangelio?

5. ¿Cuáles son las distintas formas que tiene hoy la oración en mi vida? ¿Ha habido evolución-crecimiento o cambio? En general, ¿cuánto tiempo empleo para la oración personal y la *lectio divina*? ¿Hasta qué punto mi oración ha pasado de ser unos periodos de oración a convertirse en una oración que se extiende a lo largo del día? ¿Creo que hay obstáculos para la oración continua en la vida cotidiana?

6. ¿Experimento la Liturgia de las Horas y la celebración de la Eucaristía como una fuente real de oración y de vida? ¿Mi vida interior se enriquece con mi participación en la liturgia?

7. ¿Hasta qué punto he experimentado la vida monástica como un ambiente para la oración contemplativa? ¿Ofrece el monasterio la oportunidad para la formación continua en la oración? ¿Creo que la oración continua es un ideal realista en la Vida Cisterciense moderna?⁵



⁵ Traducción: Hermana MaríaSther Briso-Montiano Gil (Carrizo/Wrentham).

INTRODUCCIÓN A “LOS SIETE MODOS DE AMOR” DE LA BEATA BEATRIZ DE NAZARETH



Madre Benedict Thissen (Koningsoord)

Fecha de nacimiento: 29 marzo 1951

Fecha de entrada: 8 septiembre 1977

Correo electrónico: zr.benedict@koningsoord.org

Beatriz describe nuestro camino espiritual no desde una mera perspectiva humana sino desde la dinámica del Amor, que actúa entre Dios y nosotros. La iniciativa viene de Dios, del Amor, y no de nosotros mismos. Nuestro amor es un amor que responde a las caricias y la atracción del Amor divino.

Existen siete Modos en los que el Amor actúa sobre nuestra experiencia humana como una realidad viva, ahora con un modo, ahora con otro. No es cuestión de grados o etapas por los que pudiéramos ascender. El Amor es el guía que nos lleva de vuelta a Dios. Los diferentes Modos de Amor en la descripción de Beatriz se refieren a la experiencia de la persona. No obstante, esta experiencia es la consecuencia de la dinámica del Amor. De esta manera ella no se enfoca en la persona misma y en lo que hace, sino que nos hace conscientes de los efectos del Amor.

El Primer Modo deja en claro que el Amor se expresa como deseo, el mismo que debe reinar por largo tiempo en el corazón antes de que pueda conquistar toda resistencia. Este deseo nos llama a salir de nosotros mismos y de nuestra forma de vida auto-determinada para responder y rendirnos al Amor. Existe un campo de tensión entre nuestro propio deseo, en el que queremos salvaguardar nuestras propias necesidades, y el deseo del Amor, que precisamente pretende que nos confiemos a los ojos del Otro.

Esto nos abre de manera que vayamos más allá de un modo de ser encerrado en nosotros mismos. El alma es llevada al deseo para recibir y existir en la **pureza, libertad y nobleza** en las que fue hecha por su Creador - esto es, según su imagen y semejanza - y a las que está llamada. Es necesario un proceso a largo plazo para purificar todo lo que nos impide entrar plenamente en el Amor. El Amor da lugar a este proceso en nuestras vidas a través de los Modos segundo al quinto. Por ello, estos Modos ocurren esporádicamente y, aunque están conectados, no se dan en orden. Dios nos ama tanto que quiere revestirnos con Su propia nobleza. Es allí en donde encontramos nuestra verdadera libertad. El camino espiritual solamente puede ocurrir en el deseo del Amor, en el que encontramos a Dios. Esto es lo que nos cambia en lo más profundo de nosotros mismos. O, como lo expresa Guillermo de Saint Thierry, “Lo que el alma entiende con visión natural es lo que ella capta. Pero lo que ella entiende por percepción espiritual es lo que más bien la domina.”

El segundo Modo de Amor forma un díptico con el tercer Modo. Describe el entusiasmo del principiante cuando es tocado por Dios de tal manera que desea entregarse a sí mismo al Amor con todo lo que es y sin recompensa. Es nuestra respuesta humana desde dentro, y servimos al Amor con amor. Es el Señor mismo quien ama en nosotros; somos sacados de nosotros mismos hacia el Amor, amamos sin medida.

El tercer Modo de Amor nos confronta con nuestra insatisfacción. No se trata de una carencia de nuestra parte sino de una cualidad del mismo deseo del Amor: nunca es suficiente. Hacemos lo que podemos, pero descubrimos en todo que aquello a lo que el Amor nos incita a desear con todo anhelo permanece más allá del rango de lo que podemos alcanzar. Sobrepassa nuestra imaginación humana o nuestras medidas de valor. ¿En qué punto nos aferramos a nosotros mismos y en dónde nos permitimos ser trasladados en las alas del Amor? Experimentamos la agonía de la ausencia del Amor. Debemos permanecer en esta agonía hasta que el Amor nos lleve hasta otro modo de Amor.

El cuarto Modo y el quinto Modo de Amor son también un díptico: a veces enorme felicidad, otras veces gran dolor. Es la paradójica experiencia del Amor. El cuarto Modo describe una gozosa dulzura porque, sin que hayamos hecho nada, el corazón ha sido transformado en el Amor. Esto se da en un nivel más profundo de nuestra alma. La continuación del camino del Amor no se sitúa en una perfección que resulta de nuestro esfuerzo, sino en la conciencia de una intimidad que inspira y acompaña nuestros propios esfuerzos. Cambia nuestra perspectiva cuando tomamos conciencia de que nuestra vida se da en el desbordamiento ilimitado del Amor y que no necesitamos satisfacer al Amor. Entramos en una forma más íntima de contacto con Dios. El alejamiento - esto es, el Amor en contra de nosotros mismos - se convierte en encuentro. Lo que nos hiere más profundamente nos ha transformado y sanado completamente. Es una gracia el experimentar cuánto somos amados por el Amor antes que cualquier otra cosa.

El quinto Modo describe cómo la experiencia de amor nos deconstruye. El Amor nos despoja de nuestro “Yo”. Esto nos causa ansiedad. Nos sentimos abrumados, descubrimos en nuestro interior inercia, obstáculos y contradicciones. La dulzura del Amor nos irradia y nos motiva desde dentro y nos capacita para darnos cuenta de que a su luz todo lo que nosotros mismos quisiéramos ser o hacer ya no tiene ningún significado. El Amor nos ha tomado y nos ha llevado con él a un lugar que está más allá de nuestro entendimiento. Por ello, al mismo tiempo, esta unión también se percibe como si fuéramos destruidos: a la vez herida y curación.

“Como un fuego devorador que se apodera de todo lo que puede engullir y vencer, así experimenta el Amor que actúa en su interior de una manera rabiosa, despiadadamente, sin medida, apoderándose de todo y arrasándolo.”⁶

El sexto Modo se puede alcanzar solamente a través de los cinco anteriores y es duradero. El deseo y la actitud fundamental del primer Modo encuentran su realización en este modo: toda oposición en nosotros queda rota y somos puestos en libre movimiento por el Amor. La integridad de la imagen de Dios sale a la luz en nosotros, mientras permanecemos escondidos a nosotros mismos. Hemos muerto en el Amor y no tenemos ya nada que perder. Todo lo que nos ocurra es querido para nosotros porque tenemos conciencia de que en esto estamos unidos con Dios. Se termina el camino de purificación.

El séptimo Modo muestra el límite entre el tiempo y la eternidad. El Amor nos permite ser absorbidos en una intimidad que en su inmediatez escapa a nuestro ser creado. Aquí nos perdemos a nosotros mismos en su eternidad. Nosotros mismos ya no vivimos sino que estamos totalmente absorbidos en la dinámica del Amor entre el Padre y el Hijo. Despojados de toda imagen, revestidos con sabiduría eterna, amamos toda la creación como Dios mismo la ama. Sin embargo, ver a Dios es morir en la inmensidad de Su deseo. El alma experimenta el abismo absoluto entre la inmediatez de Dios y la contingencia de la existencia creada. La vida en la tierra se ha convertido en un exilio, una vida moribunda.

Esta vida en el Amor, con su dinámica de Amor y nuestra respuesta a ella, está presente en todo ser humano, estemos parcialmente o no conscientes de ello.⁷



⁶ De la traducción hecha para la revista *Cistercium* por Ana María Schlüter Rodés.

⁷ Traducción: Hermana Mónica Madera Molina (Esmeraldas).

BEATRIZ DE NAZARETH

SIETE MANERAS DE AMOR

Traducción de Madre Liliana Schiano Moriello, de Boa Vista – Quilvo

HE AQUÍ SIETE MANERAS DE AMOR

El amor toma siete formas, que vienen de la cima del ser y retornan a la cumbre.

I

La primera manera es un deseo activo del amor, que debe reinar en el corazón mucho tiempo antes de vencer todo obstáculo, obrar con fuerza y vigilancia y crecer con valor, mientras dure este estado.

Este deseo proviene de manera evidente del mismo amor: el alma buena, que quiere servir fielmente a Nuestro Señor, seguirlo sin temor, y amarlo en toda verdad, es movida por este deseo de vivir en la pureza, en la nobleza, y la libertad, en las cuales Dios la creó a su imagen y semejanza, semejanza que es necesario amar y custodiar por encima de todo.

Es por este camino que ella quiere caminar, obrar y crecer, subir hacia un amor más alto, hacia un conocimiento más íntimo de Dios, hasta la perfección para la cual está hecha, adonde se siente llamada por su Creador. A esto se dedica día y noche, a esto se entrega totalmente. Ésta es toda su pregunta, todo su esfuerzo, toda su instancia ante Dios, toda su reflexión: ¿Cómo llegar a conseguir la intimidad del amor, y a asemejarse en todo adorno de virtud, en toda pureza de constante nobleza, en todo lo que a él le conviene?

Esta alma examina a menudo lo que ella es y lo que debe ser, lo que tiene y lo que le falta: llena de celo y de grandes deseos, con toda la sagacidad de la que es capaz, trata de cuidarse y de evitar todo lo que podría serle un obstáculo en estas obras de amor; su corazón no reposa nunca, su voluntad no se cansa de buscar, de exigir, de aprender, de alcanzar y de custodiar todo lo que pueda ayudarla, hacerla avanzar en el amor.

Tal es la preocupación del alma en este estado, su obra y su trabajo, hasta que consiga, por fin, de Dios, por su celo y su fe, poder servir al amor, sin que la detengan las culpas pasadas, con una conciencia libre, un espíritu purificado, una inteligencia clara.

El deseo de tal pureza y de tal nobleza proviene evidentemente del amor y no del temor. Este último nos hace actuar o sufrir, tomar o dejar las cosas para evitar la terrible cólera divina, los juicios de este justo juez, los castigos eternos y los males temporales. Solo el amor, sin embargo, nos dirige hacia la pureza, hacia la alta y suprema nobleza que él es por esencia, que él posee y goza, que enseña naturalmente a las almas, desde el momento en que se abandonan a Él.

II

Otra manera de amor, a veces, consiste en que el alma quiere amar de manera totalmente gratuita. Ella quiere servir a nuestro Señor por nada: amarlo simplemente, sin por qué, sin recompensa de gracia o de gloria; como una joven que se dedica al servicio de su Señor por puro amor, sin ninguna recompensa, contenta con servirlo y con que él le permita servirlo. Así ella desea devolver

fielmente amor al Amor, servirle amando sin medida, más allá de toda razón y de todo lo que el hombre pueda entender. En este estado está ardiente de deseos, dispuesta a servir, pronta para el trabajo, dulce en los tormentos, alegre en la aflicción: con todo su ser quiere solamente complacer al amor. Hacer o sufrir algo en su servicio, he aquí lo que le gusta y le basta.

III

Por la tercera manera de amar el alma de buena voluntad pasa por grandes penas, porque quiere a toda costa contentar al Amor y satisfacerlo en todo honor, en todo servicio, en toda obediencia de amor.

Este deseo surge, a veces, en ella violentamente, se empeña en querer hacerlo todo: no hay virtud donde no busque la perfección; no existe nada que no esté dispuesta a sufrir o a soportar; nada ahorra, no admite ninguna medida en su esfuerzo. Está dispuesta a todos los sacrificios, pronta e intrépida en la pena o en el trabajo. Pero, a pesar de todo lo que hace, queda insatisfecha.

Éste es su peor dolor, no poder rendir justicia al amor según sus deseos, encontrarse siempre con Él en deuda insolvente. Sabe, sin embargo, que esto sobrepasa las fuerzas humanas, y también, en mucho, su capacidad; lo que desea en verdad es irrealizable para toda criatura. Porque ella quisiera hacer, sola, cuanto hacen todos los hombres sobre la tierra y todos los espíritus en el cielo, cuanto hacen todos los seres del cielo y de la tierra, e infinitamente más todavía, para servir, honrar y amar al amor según conviene a su dignidad. Todo lo que falta en sus obras, quiere suplirlo con la intención perfecta y los poderosos deseos. Pero ni aún esto la consuela. Sabe bien que el cumplimiento de tales votos está por encima de su alcance, por encima de todo sentido y de toda razón humana, pero no llega a moderarse, a dominarse, a tranquilizarse. Hace no obstante todo lo que puede: tributa al amor gracias y alabanzas, obra y trabaja por él, se ofrece toda entera al amor y no actúa más que en él.

En todo esto, entonces, no hay descanso para ella: tiene que sufrir siempre por no poder alcanzar lo que codicia. Queda sumergida en la pena, en la languidez insaciable: le parece que muere sin morir y que en esta muerte sufre el infierno. Su vida es en verdad infernal, no es más que decepción y desgracia, los deseos angustiosos la martirizan, ningún cumplimiento, ninguna satisfacción, ningún reposo se deja entrever.

Tiene que permanecer en este estado hasta que nuestro Señor la consuele con otra manera de amar, con un conocimiento más íntimo de Él: entonces podrá poner por obra el nuevo don recibido de Él.

IV

En la cuarta manera de amor, Nuestro Señor hace saborear al alma, a veces grandes delicias, a veces grandes penas, de las cuales vamos a hablar ahora.

En algunas horas, parece que el amor se despierte dulcemente en ella y se levante espléndido para conmover el corazón sin ninguna acción de la naturaleza humana. El corazón es excitado entonces

tan tiernamente, atraído tan vivazmente, alcanzado tan fuertemente y abrasado por Él tan apasionadamente, que el alma queda totalmente conquistada. Ella experimenta una nueva intimidad con Dios, una iluminación del espíritu, un maravilloso exceso de delicias, una noble libertad y una estricta necesidad de obedecer al amor; conoce la plenitud y la sobreabundancia. Siente que todas sus facultades pertenecen al amor, que su voluntad es amor; se encuentra sumergida e imbuida en el amor, ella misma no es más que amor. La belleza del amor la hizo hermosa, su fuerza la ha devorado, su dulzura la absorbe, su justicia la sumerge, su nobleza la abraza; la pureza del amor la ha adornado, su altura la ha elevado y asociado a sí mismo: ella pertenece toda al amor y no puede ocuparse más que de Él.

Cuando ella siente esta sobreabundancia de delicias y esta plenitud, su espíritu se abisma enteramente en el amor, su cuerpo desfallece, su corazón se licúa y sus fuerzas la abandonan. Está tan dominada por el amor que apenas puede sostenerse: a menudo pierde el uso de sus miembros y de sus sentidos. Es como un vaso lleno, cuyo contenido rebosa al más pequeño movimiento: la plenitud de su corazón la abrumba y, sin que ella sepa cómo, por nada el amor desborda.

V

En la quinta manera, acontece, a veces, que el amor se levante en el alma en tormenta, con mucho fragor y exceso deleitoso, de manera que parece que el corazón vaya a romperse y el alma a salir de sí misma, en el acto del amor y de la fruición. Ella es entrenada en el deseo de amor al cumplimiento de sus grandes obras, a las obras puras del amor: quiere satisfacer al amor en sus múltiples exigencias. O bien quiere reposar en el dulce abrazo del amor, en la riqueza deleitosa y en el colmo de todo bien: su corazón y todos sus sentidos lo desean con ardor, lo buscan con celo y lo reclaman con pasión. Cuando está en este estado, ella se encuentra tan fuerte en el espíritu, abraza tantas cosas en su corazón, siente tal aumento de fuerza física, de prontitud y de energía en su obrar, por fuera y por dentro, que le parece que todo en ella es actividad y trabajo, aun cuando su cuerpo reposa. Se siente, sin embargo, atraída desde el interior, alcanzada fuertemente por el amor, presionada por la impaciencia y por las múltiples penas de un corazón insatisfecho. A veces es el sentimiento mismo del amor que, sin razón alguna, la hace sufrir, a veces la ausencia de estos bienes de los cuales el amor tiene sed y de la fruición negada a su deseo. Por momentos, el amor pierde, a este punto, toda medida en ella, brota con tal violencia, agita el corazón tan fuerte y furiosamente, que este corazón parece herido por todas partes, y sus heridas no cesan de renovarse, cada día más ardientes y dolorosas. Le parece que sus venas se rompen, que su sangre se derrama, que su médula se desmedra: sus huesos desfallecen, su pecho revienta, su garganta se reseca; su rostro y todos sus miembros sienten la quemadura interior y la ira soberana del amor. A veces es también como una flecha que atraviesa su corazón hasta la garganta y le hace perder los sentidos, o como un fuego que atrae todo lo que puede consumir: tal es la violencia que esta alma experimenta, la acción del amor en ella sin medida y sin piedad, que exige y devora todo.

La Novia está tan atormentada, aplastada, agotada en su interior, que sus energías no le bastan para nada, pero su alma está nutrida, su amor está amamantado, y su espíritu elevado por encima de sí mismo.

El amor en verdad sobrepasa de tal manera sus potencias que ella quisiera, a veces, quebrar el lazo de su poder y de tantos sufrimientos, (si se pudiera) sin turbar la unión de amor; pero el lazo de

amor la estrecha tan de cerca, su inmensidad la sujeta de tal forma, que ella no puede mantener ni medida ni razón, no puede seguir el buen sentido ni moderarse, ni esperar sabiamente.

De hecho, cuanto más recibe de lo alto, más reclama, más se le revela de verdad, más el deseo la impulsa a acercarse a esta luz: la verdad, la pureza, la nobleza y la fruición del amor. Es entonces arrastrada y estimulada más fuertemente cada día, jamás satisfecha ni tranquila. Lo que más la devora y la atormenta, es lo mismo que a su vez la cura y la consuela; lo que la hiere en lo más profundo, le asegura, más que toda otra cosa, la salud.

VI

En la sexta manera, cuando la Novia de Nuestro Señor está más elevada y adelantada en la piedad, experimenta todavía una diferente forma del amor con conocimiento más íntimo y más alto. Ella siente que el amor ha triunfado sobre sus defectos, que domina sus sentidos, que adorna su naturaleza, que dilata y exalta su ser. Es ahora dueña de sí misma y no encuentra más resistencias; posee su corazón con toda seguridad para actuar libremente o reposar en la fruición. En este estado no hay nada que le parezca pequeño: todo lo que conviene al amor es fácil para hacerlo o dejarlo, para sufrirlo o para llevarlo; el ejercicio de la caridad no le cuesta más. Experimenta entonces una devoción divina, una pureza límpida, una suavidad espiritual, una libertad ferviente, un sabio discernimiento, una dulce igualdad con Nuestro Señor y una ciencia íntima de Dios.

Miren: ella se parece ahora a un ama de casa que ha arreglado su hogar como conviene, lo ha refaccionado sabiamente y ordenado con belleza, lo ha asegurado bien y cuidado con prudencia, toma y deja según su conveniencia, abre y cierra a su gusto. Esto es lo que pasa con esta alma: ella es amor, y el amor reina poderoso y soberano en ella, tanto en la acción como en el reposo, en lo que emprende o evita hacer, tanto en las cosas externas como en las interiores, según su voluntad. Como el pez que nada en la anchura del río o reposa en su profundidad, como el ave que vuela atrevidamente en las alturas, así siente que su espíritu se mueve libremente en la altura y en la profundidad, en la abundancia deliciosa del amor.

El poder del amor ha conquistado y conducido a esta alma, la ha conservado y protegido; le dio la prudencia y la sabiduría, la dulzura y la fuerza de la caridad. El amor mantuvo escondido este poder hasta el momento en que, por una nueva ascensión, se ha hecho maestra de sí misma, de suerte que el dominio del amor queda en ella incontestado. La vuelve tan audaz, que no teme más ni a hombre, ni a demonio, ni a ángel, ni a santo, ni a Dios mismo, en lo que hace o deja de hacer, en su actuar o en su reposo. Sabe bien, por otra parte, que el amor está en ella vigilante y activo, tanto cuando su cuerpo está en reposo, como cuando se encuentra en múltiples trabajos. Sabe y siente que ni el trabajo ni el sufrimiento importan al amor, cuando éste reina en un alma.

Pero todos los que quieren alcanzarle deben buscarlo temblando, seguirlo con fe, ejercitarse en él con ardor, y no ahorrarse a sí mismos ni en el esfuerzo ni en los dolores, ni en el sufrimiento paciente del tormento o del desprecio. No hay cosas pequeñas que estas almas no han de considerar grandes, hasta cuando el amor vencedor obre en ellas sus obras soberanas, haga pequeñas las grandes cosas, facilite toda fatiga, endulce toda pena y la absuelva de toda deuda.

Esto es libertad de la conciencia, dulzura del corazón, sabiduría de los sentidos, nobleza del alma, elevación del espíritu, y comienzo de la vida eterna. Es una vida angelical iniciada ya en la carne;

en la eternidad será la consumación.

¡Que Dios se digne concederla a todos nosotros! Así sea.

VII

El alma bienaventurada conoce una séptima manera de amor sublime, que obra en ella, interiormente, un singular trabajo. Ella es atraída en el amor por encima de sí misma, por encima de los sentidos, de la razón humana y de toda actividad de su propio corazón; es atraída por el solo amor divino en la eternidad, en la inmensidad inconcebible, en la anchura, en la altura inalcanzable, y en el abismo profundo de la Deidad que está en toda cosa y queda incomprendida, inmutable en la plenitud del ser todopoderoso, que lo comprende todo y obra todo por su acto soberano.

La Novia es entonces tan tiernamente abismada en el amor, llevada por una aspiración tan fuerte, que su corazón enloquecido no puede contener más el impulso interior; su alma, en el exceso de amor, se deshace y desvanece; su espíritu cede totalmente al furor de los potentes deseos. Ella quiere establecerse en la fruición: todo en ella tiende a esto. Es lo que exige de Dios, lo que busca ardiente y apasionadamente en Él, no puede cesar de quererlo porque el amor no le deja ni tregua ni reposo, ni paz de ninguna manera. El amor la exalta y la abaja, le hace saborear la muerte y la vida, la cura y la hiere nuevamente, la enloquece y la vuelve a hacer sabia, y por estos caminos la atrae al estado más alto.

Es así que ella es elevada en espíritu por encima del tiempo, por encima de los dones del amor, en la eternidad del amor, que no tiene tiempo, que trasciende todas las maneras humanas de amar; es elevada por encima de su propia naturaleza, por el deseo que quiere sobrepasarla.

Entonces todo su ser y toda su voluntad, su aspiración y su amor son establecidos en la verdad y en la claridad pura, en la alta nobleza y en la belleza de delicias, en la dulce compañía de los espíritus superiores, que se escurren todos en olas de amor, mientras que contemplan a su Amor y lo conocen claramente en la fruición. Su voluntad queda allá arriba en medio de los espíritus, es allí adonde vaga por el deseo, sobretodo en el coro de los serafines ardientes; pero es la Divinidad, la altísima Trinidad quien es su inhabilitación y su reposo bienaventurado.

Ella busca al amado en su majestad, lo sigue y lo contempla con el corazón y el espíritu. Lo conoce, lo ama y lo desea de tal forma, que no mira ni a santo, ni a ángel, ni a hombre, ni a ninguna criatura, sino en este amor común, en Dios mismo, por el cual ama a todos los seres con Él. Es a Él solo a quien ha elegido en el amor por encima de todo, por debajo de todo y en todo: la pasión de su corazón y las fuerzas de su espíritu no desean nada más que verlo, poseerlo, gozar de Él.

La tierra es entonces para ella un gran exilio, una dura prisión, un tormento cruel. Siente por el mundo solamente disgusto y desprecio, nada de los que es terrenal puede halagarla, ni satisfacerla: es una gran pena para el alma estar así, tener que vivir lejos y extranjera en toda parte. Ella no puede olvidar su exilio ni apaciguar su languidez, el deseo la atormenta hasta suscitar compasión. Lo que experimenta es pasión y martirio sin comparación ni medida.

Tiene entonces una gran sed de ser liberada de este destierro y desligada de los lazos de este cuerpo; suspira a menudo con el Apóstol, con corazón ardiente: *Cupio dissolvi et esse cum Christo* (Fil 1,23), es decir, quisiera ser desatada y permanecer con Cristo. Tal es la ardiente languidez, la

dolorosa impaciencia que siente de ser liberada y morar con Cristo, no por el tedio de esta vida ni por el temor de las penas futuras, sino por la fuerza de un amor santo y eterno: el deseo de alcanzar el país de la eternidad, de la gloria y de la fruición, la mina, la consume y la devora.

Bajo el inmenso dominio de este deseo, su condición es dura y pesada: la pena que le hace padecer la sed es indecible. Es necesario que viva en la esperanza y esta espera misma la hace jadear y sufrir. ¡Ah, santos deseos del amor, cuanta fuerza tenéis en un alma enamorada! ¡Es un mal agudo y una vida moribunda! El alma no puede subir allá arriba ni sentirse en paz aquí abajo. No puede soportar el pensamiento del Amigo, tanto ella lo desea, y la idea de ser privada de Él, la tortura incesantemente. Tiene que vivir todos los tormentos.

Así no puede ni quiere recibir ningún consuelo, como dice el profeta: "*Renuit consolari anima mea*" (Sal 76,3), es decir, mi alma rehúsa el consuelo. Sí, ella lo rechaza a menudo, tanto de parte de Dios, como de parte de las criaturas, porque todo consuelo que recibe, haciendo crecer su amor, la atrae hacia un estado más alto, renueva su deseo de la fruición, y le hace más intolerable este exilio. Ella queda entonces sin tranquilidad, desolada, no obstante todos los dones que pueda recibir, mientras que es privada de la presencia del Bien Amado.

Es una vida de grandes trabajos la suya, donde el alma rechaza todo consuelo, y no admite ninguna tregua en su búsqueda. El amor la llamó y la condujo, le mostró sus caminos que ha mantenido con fidelidad en medio de grandes penas y pesados trabajos, con ardiente languidez y poderosos deseos, gran paciencia y gran impaciencia, en las suavidades y los dolores y muchas heridas, en la búsqueda y la oración, en el hambre y la posesión, en la subida y el suspenso, en el perseguimiento y el abrazo, en la necesidad y la inquietud, en la angustia y en la preocupación, en la fiebre mortal, en la fe pura y, bien a menudo, también en la duda. Alegría o dolor, está lista a soportar todo, muerta o viva, ella quiere entregarse al amor, resiste en su corazón a inmensos sufrimientos, y es solo por el amor, que ella quiere conquistar la Tierra Prometida. Cuando se ha bien probado a sí misma en todo esto, la gloria es su único refugio. Porque ésta es por encima de toda la obra del amor: quiere la unión más estrecha y el estado más alto, donde el alma se entrega a la unión más íntima.

Entonces la amada no cesa nunca de buscar al amor, quisiera conocerlo y gozarlo siempre, pero es cosa que no puede acontecer en este exilio: ella quiere entonces emigrar hacia este país donde ha fundado su morada y fijado su corazón, donde ya reposa con el amor. Porque lo sabe bien, es allí donde todo obstáculo desaparecerá, y el Amado la abrazará tiernamente.

Contemplará apasionadamente lo que tan tiernamente ha amado; poseerá para su salvación eterna a Aquel a quien con tanta fidelidad sirvió; gozará plenamente de Aquel a quien, por el amor, abrazó tan frecuentemente en su alma.

Así entrará en el gozo de su Señor, como lo dice San Agustín: *Qui in te intrat, intrat in gaudium Domini sui*, etc. "El que entra en ti entra en el gozo de su Señor", y no tendrá más temor, sino que será bienaventurado en el Bien soberano.

Es entonces cuando el alma está unida a su Esposo y se hace un solo espíritu con Él, en un amor indisoluble y en una fe eterna. Los que en el tiempo de la gracia se han aplicado al amor gozarán de Él en la gloria eterna, donde nuestra única ocupación será alabanza y amor.

¡Quiera Dios conducirnos a todos allí! Amén.

SIETE TEXTOS BREVES

1

¡Eleva, por tanto, hacia lo alto los dos brazos, oh alma: la oración y la meditación! Introdúcelos en los mismos secretos del cielo *en donde Cristo está sentado a la derecha del Padre; insiste oportuna e inoportunamente* para que contemples su rostro, para que descienda hasta ti o te atraiga hacia Sí; para que experimentes cuán dulce es y cuán manso y misericordioso. En consecuencia, si en tu oración o meditación se enciende el fuego de los deseos celestiales, si te inflaman los incentivos del amor, si, ardiendo y anhelando, eres movido por algunos afectos celestiales y, entonces, sientes como que está presente y tomado de tu mano Aquél a quien amas, o bien, escapado de las manos, suspiras y te dueles por el ausente, todo esto es la lucha espiritual que te impone el nombre de Israel para que así no sólo seas digno de misericordia sino también de elección.

Elredo de Rieval, *Oner 13. 23*
(Padres Cistercienses 13 [Azul], pp.169-170)

2

... algunos suelen experimentar en la oración aridez y entorpecimiento de espíritu. Rezan sólo con los labios, pero sin pensar en que van a la oración como por rutina y sin la reverencia y preparación que requiere... Realmente, durante la oración nos conviene entrar en la corte celeste, esta corte en la *que el Rey de los reyes esté sentado en un trono...* ¿Con qué reverencia, temor y humildad no deberá acercarse, pues, ese pobre renacuajo que sale a rastras de su charca? ¿Con qué actitud de temblor, súplica y humildad, y con qué cuidado y atención de todo su ser no se presentará este miserable hombrecillo ante la majestad gloriosa, en presencia de los ángeles y en medio de la asamblea y compañía de los santos?

Bernardo de Claraval, *Sermones Varios 25. 7*
(Obras Completas de san Bernardo tomo VI [BAC], pp. 215-217)

3

La oración cumple ambos ministerios, el de la mirra y el del incienso. Recoge en primer lugar el afecto del que ora y lo concentra en sí mismo. Luego lo difunde y lo derrama en Dios. ¿Qué más semejante a la acción de la mirra que este paso a la unión divina? ¿Qué más semejante al incienso que esta difusión de afectos divinos?

Gilberto de Hoyland, *SC 28. 7*
(Padres Cistercienses 11 [Azul], p. 321)

4

Respecto a la oración es indudable que también vosotros experimentaréis cada día que es mejor acabarla que comenzarla, y que sentís cuán verdadero es aquel consejo del Señor tantas veces inculcado y recomendado con tantos ejemplos, sobre la constancia en la oración.

Guerrico de Igny, *Sermón 22, 5 (En la festividad de san Benito, sermón I)*
(Biblioteca Cisterciense 14 [Monte Carmelo], p. 216)

5

La pureza de oración y la delicadeza del amor solicitan la mutua ayuda y tienen el mismo precio. Pues para hacer una oración pura es preciso que le preceda el espíritu de caridad que la lance, que queme el incienso, que levante el humo; y para que la caridad sea una llama viva, aromática y digna de los altares celestiales, necesita de manera absoluta el incienso de la oración. ¿Existe otro negocio más dichoso, más emocionante y más rentable? Con el fervor de la oración atesoras riquezas de caridad, y cuanto más abundante es la caridad más frecuente es la oración y más impetuosa su fuerza, más auténtica su pureza y más suave su dulzura.

Juan de Forde, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares 12. 1*
(Biblioteca Cisterciense 7 [Monte Carmelo], p. 153)

6

Se debe meditar sin cesar en la ley del Señor, y no conviene que hora alguna esté privada del provecho espiritual; pero ha de fijarse un tiempo determinado para entregarse más plenamente a Dios, y según Jerónimo, el mejor es el espacio matinal que hay entre la aurora y la hora tercia.

Esteban de Salley, *Espejo de Novicios cap. 8*
(Cistercium 224 (año LIII), p. 48)

7

La oración es el afecto del hombre que se une con Dios, un cierto diálogo tierno y familiar, un estado de la mente iluminada para gozar de Dios todo el tiempo que le es permitido.

Guillermo de Saint-Thierry, *Carta de Oro 179*
(Biblioteca Cisterciense 13 [Monte Carmelo], p. 100)

CUATRO BREVES REFLEXIONES

1



Padre Antonius Anjar Daniadi (Rawaseneng)

Fecha de nacimiento: 21 noviembre 1983

Fecha de entrada: 1 enero 2004

Correo electrónico: anjar.ocso@gmail.com

El segundo modo de amor

“Así del amor, el alma desea servir al amor sin medida y más allá de toda medida, por encima de todo sentido y razón humanos y servir completa y lealmente”.

En la comunidad monástica el espíritu de silencio se practica en unión, para construir un amor genuino, sincero, franco, fraterno. Con ese amor auténtico el alma y el cuerpo pueden crecer en el servicio de un amor sin límites, incondicional, más allá de cualquier límite de razón humana, tal y como se manifiesta en Beatriz de Nazareth, aunque el proceso de crecimiento siempre será puesto a prueba y mejorado por el mutuo servicio en el espíritu de silencio, especialmente en el seno de la familia monástica como la “escuela de amor”. Para mí, que estoy todavía aprendiendo cómo amar a Dios y a los hermanos en la comunidad de Rawaseneng, aquí “guardar silencio” no quiere decir “anidar” o simplemente sobrevivir en medio de la lucha comunitaria, sin prestar atención a las necesidades ajenas y a la realidad de las situaciones comunitarias. Por otra parte, practicar la taciturnidad agudiza la sensibilidad de los ojos, del corazón, de la mente, del oído, para ver, sentir y escuchar la voluntad de Dios a través de los hermanos y de cada acontecimiento.

El espíritu de silencio nos enseña a mí y a mis hermanos a amar más plena y fielmente con quietud interior y claridad de corazón. Para mí, un ejemplo concreto de la importancia de la práctica del silencio es cuando estoy enfadado o decepcionado, bien por mi propia fragilidad o por la ajena, o por la debilidad de la comunidad. Enfado y decepción no son estados que deben ser silenciados o enterrados, sino necesidades que deben expresarse y ordenarse conveniente y correctamente.

Cuando más está nuestro corazón sosegado y tranquilo, tanto más aprendemos a escuchar y a hablar en el momento, el lugar y la intención precisos. Por tanto, agradezco que la práctica de hablar con franqueza y abiertamente en la comunidad; resultó ser muy útil para establecer una vida comunitaria más íntima, más amistosa, más feliz por la constante disponibilidad para pedir y ofrecer perdón.⁸

⁸ Traducción: Padre José Martín (Cardeña).



Hermana Maria Gonzalo (Crozet)

Fecha de nacimiento: 18 diciembre 1977

Fecha de entrada: 7 octubre 2007

Correo electrónico: sr.maria.ola@gmail.com

¿Cómo puede ser que Jesús llegue a ser tu Esposo si no puedes verlo? Esta pregunta, en estas u otras palabras, está siempre presente en las que llaman a nuestra puerta para discernir su vocación. No es señal de incredulidad, sino de su lucha interior al intentar comprender qué es lo que va a pasar con los deseos en su corazón si se entregan a Cristo. Beatriz responde a esta pregunta en Los Siete Modos de Amor trazando el sendero que serpentea desde la “gran energía” de nuestros primeros deseos hasta hacernos “un sólo espíritu con él”.

Podría ser desalentador utilizar las palabras de Beatriz para juzgar lo que debería o no debería estar pasando en mi vida espiritual. Me gustaría pensar que ésa no es su intención sino la de darnos aliento. El amor me enseñará el camino si me entrego completamente en la tarea. Ésa es la clave: completamente, sin medida.

Es fácil quejarse de que no tenemos suficiente tiempo para rezar, ¿pero quién se atrevería a decir que no tiene tiempo para amar? Nuestra atención está dividida, pero cuando el amor es uno, como una piedrecita arrojada en lo más profundo de un lago, atravesará todos los estratos de nuestro ser y nos introducirá, poco a poco, en el abismo insondable del amor de Dios. Para mí ésta es la genialidad del camino cisterciense: pone frente a mí una promesa que puede cumplir, no sólo durante y por medio de nuestra oración en todas sus formas, sino gracias a los siete y muchos más modos del amor de un corazón siempre en búsqueda tanto en el servicio como en el descanso, en el dolor y en el gozo. Lo que a mí me toca es seguir con perseverancia.



Madre Sofia Millican (Wrentham)
 Fecha de nacimiento: 28 noviembre 1982
 Fecha de entrada: 15 octubre 2007
 Correo electrónico: m.sofia@msmabbey.org

Para mí, Beatriz da cuerpo a las descripciones clásicas del viaje espiritual que influyó en nuestra tradición cisterciense. Su primer modo presenta la "vida activa" de cultivar la virtud y arrancar el vicio, impulsado por el deseo. Lo que más me impresiona es la energía positiva, el buen celo que emana sin perder ni un minuto quejándose de las cosas duras y ásperas: las dificultades, humillaciones y fracasos que forman parte del proceso de conversión. No se mantiene sobre la alcantarilla del amargo autoconocimiento o cede un milímetro en la acedia, porque sus ojos están en el premio, en convertirse en esa criatura pura, libre y noble que Dios tenía en mente desde el principio. En el sexto modo, ella ha cruzado un umbral hacia la inmensidad, pero sin perder su equilibrio sobre la realidad. Ha recibido "libre disposición sobre sí misma sin oposición de modo que mantiene su corazón a salvo". La *apatheia* se encarna en una mujer: poderosa audaz y libre.

Como alguien que todavía se encuentra en proceso de convertirse y, a menudo, en peligro de enredarse, el desafío es creer en la pureza, la libertad y la nobleza que son mi derecho de nacimiento. La creencia en esta capacidad innata, oculta pero real, da la energía necesaria para dar los pequeños pasos de amor que exige la vida diaria. Solo puedo actuar amorosamente si me siento capaz de amar. Y solo me siento capaz de amar cuando recuerdo que soy considerada como bella por mi Creador. De aquí fluye la energía del deseo.⁹

⁹ Padre Julio Wais y Piñeyro (Sobrado).



Madre Liliana Schiano Moriello (Boa Vista)

Fecha de nacimiento: 6 julio 1952

Fecha de entrada (Vitorchiano): 29 septiembre 1973

Correo electrónico: boavistaliliana@gmail.com

Conocí a Beatriz de Nazareth en una sesión de estudios en el monasterio de Chambarand, dada por el profesor Herman Wekeman, todavía en los años ochenta. Recibí de él una primera visión profunda, clara, muy entusiasta de nuestra santa y mística hermana. Después, la estudié personalmente, participando en el primer encuentro *del Instituto del Patrimonio Cisterciense - Jacona '94*, guiado por el padre Michael Casey.

Para mí fue un encuentro providencial con una Madre de nuestra Orden, en un momento en que existía todavía poquísima literatura sobre ella y, en las lenguas neo latinas, apenas una traducción de su obra en francés.

Su pequeño tratado místico es una joya de la literatura medioneerlandesa y de todos los tiempos, que no puede no fascinar a cualquier persona que llegue a tenerlo entre manos. Más, para comprender y conocer mejor a Beatriz, precisa tener delante de los ojos, como un díptico, su pequeña obra y la *Vita Beatricis*. Lo que ella escribe es una síntesis altamente poética de toda una vida gastada en la búsqueda del amado y... del *Amor!*.

Con su gran fragilidad física y emotiva y su gran tenacidad en perseguir a toda costa el fin que se proponía en su vida, Beatriz me es maestra en la búsqueda del rostro de Dios, antes y encima de todo. Al mismo tiempo, con toda su trayectoria de vida, me muestra que la experiencia mística más alta, en esta tierra, no es el fin de la vida espiritual, sino el don gratuito de Dios, que conduce a la persona a su plenitud, la plenitud del amor, plenitud del don de sí a Dios y a los hermanos.

“El alma quiere amar de manera totalmente gratuita. Ella quiere servir a nuestro Señor por nada: amarlo simplemente, sin por qué, sin recompensa de gracia o de gloria; como una joven que se dedica al servicio de su Señor por puro amor, sin ninguna recompensa, contenta con servirlo y con que él le permita servirlo. Así ella desea devolver fielmente amor al Amor, servirle amando sin medida, más allá de toda razón y de todo lo que el hombre pueda entender”. Vivir en GRATUIDAD absoluta los pobres días de nuestra vida es el mensaje más alto, que recibo de este segundo modo de amor de Beatriz, para mí y para la comunidad que, en este momento, estoy llamada a guiar.

PARA TU CUADERNO

1. Escribe tres puntos o ideas de esta unidad que hayan suscitado en ti una respuesta y que te gustaría recordar.
2. Si te gustaría hacerlo, escribe una respuesta personal breve a los temas suscitados en esta unidad. Probablemente será suficiente con unas 250 palabras.
3. Si quieres compartir este ensayo, puedes enviarlo al Padre Michael Casey (Tarawarra), Editor General: experientia.editor@gmail.com. Por favor, incluye una foto tuya con tu nombre completo y monasterio, fecha de nacimiento, fecha de entrada y tu dirección de correo electrónico preferida.

PARA LEER MÁS

Casey, Michael: “Beatrice of Nazareth: Cistercian Mystic,” *Tjurunga* 50 (1996), pp. 44-70.

Faesen, Rob [Ed.], *Beatrijs van Nazareth: Seven manieren van minne* (Kapellen: Pelckmans, 1999).

Ganck, Roger de, *The Life of Beatrice of Nazareth, Beatrice of Nazareth in her Context, and Towards Unification with God* (Kalamazoo: Cistercian Publications, 1991).

Huls, Jos, *The Minne-Journey: Beatrice of Nazareth's “Seven Ways of Minne”, Mystical Process and Mystagical Implications* (Leuven: Peeters, 2013).

Standaert, Benoît [Trans.], *La vie de Béatrice de Nazareth* (Saint-Jean-de-Matha: Abbaye Val Notre-Dame, 2009).

Vekeman, Herman, “Minne in ‘Seven Manieren van Minne’ van Beatrijs van Nazareth,” *Cîteaux*, 19.4, 1968, pp. 284-316.

Revista Cistercium 219 (abril – junio 2000).



UNIDAD OCHO

Disminución

DISMINUCIÓN

Elredo de Rievaulx hizo esta famosa afirmación: "Nuestra Orden es la cruz de Cristo" (*Ordo noster crux Christi est*. S. 10:31). Entramos en la vida solo atravesando el valle de la muerte. Esto no es más que otra forma alternativa de expresar lo que San Benito tenía en mente cuando dijo que en la vida monástica participamos de los sufrimientos de Cristo por la paciencia. El desafío implica más que las inevitables fricciones derivadas de la existencia de la vida en común, las *dura et aspera*: las cosas duras y adversas e incluso las heridas/ofensas inmerecidas. Es más que los padecimientos ocasionados por el envejecimiento, la enfermedad y el duelo. Más difícil de soportar que estos problemas externos es la sensación de fracaso que experimentamos cuando nos enfrentamos con nuestras propias debilidades e infidelidades y la larga lucha contra las inclinaciones contrarias y los malos hábitos que continúan ejerciendo poder sobre nosotros.

En esta Unidad te pedimos que reflexiones sobre cómo has aprendido a lidiar con la experiencia de la disminución. ¿Es verdad que los tiempos difíciles han sido a menudo ocasiones para el crecimiento y la consolidación de tu vocación monástica? ¿O el sufrimiento ha debilitado de alguna manera tu compromiso?

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. San Benito advierte a los recién llegados que, al vivir la vida monástica, van a experimentar cosas duras y ásperas (*dura et aspera*). ¿Cuál ha sido mi experiencia de sufrimiento en la vida monástica? ¿Me he sentido llamado/a ejercitar la paciencia como mi manera de participar en el misterio pascual?
2. ¿Cuál es mi actitud ante los cambios inesperados y no deseados? ¿Los veo como una oportunidad o como una desgracia? ¿He sido capaz de desprenderme, de dejar atrás las responsabilidades, los trabajos, los cargos, los privilegios? ¿He pasado a través de un proceso consciente de duelo o simplemente seguí adelante, esperando que todo funcionara?
3. ¿Algunas de estas situaciones han durado mucho tiempo? ¿Meses? ¿Años? ¿Décadas? ¿Estas experiencias me han disminuido o me han ayudado a crecer? ¿Ha sido todo esto una oportunidad para cambiar mi visión moralista de la vida monástica, para pasar de lo ético a lo espiritual?
4. ¿Quién o qué me ha ayudado a sobrevivir, a seguir adelante o incluso a sacar provecho de estas experiencias negativas? ¿He encontrado ayuda en la *conversatio* monástica? ¿Traté de evitar este desafío potencialmente creativo dedicándome excesivamente al trabajo, las relaciones externas, u otras distracciones? ¿Mi experiencia en esta época cambió algunas de

mis relaciones dentro de la comunidad? ¿Esta experiencia me causó algún tipo de distanciamiento-marginación de la comunidad? ¿Esta experiencia de sufrimiento ha dejado un resto de resentimiento que inhibe las relaciones?

5. ¿Cómo he encontrado la paz cuando me han tratado injustamente? ¿Cómo he experimentado el proceso de sanación, perdón y reconciliación en mi vida monástica?

6. ¿Cuido razonablemente de mi propia salud? ¿Cómo hago frente a la enfermedad? ¿Cómo he logrado atravesar las progresivas transformaciones -físicas, mentales, psicológicas-, de los años? ¿Cuáles han sido las pequeñas concesiones que me permití para ayudarme a cuidar de mí misma/o y evitar desanimarme? ¿Cómo me ayudé a recuperarme?

7. En épocas difíciles ¿Tengo capacidad de adaptación, de recuperación, de resiliencia, para elegir la vida y no ser vencido por la negatividad?¹⁰



¹⁰ Traducción: Hermana MaríaSther Briso-Montiano Gil (Carrizo/Wrentham).

INTRODUCCIÓN A ISAAC DE LA ESTRELLA

Sermón 14



Dom Erik Varden (Mount Saint Bernard)

Fecha de nacimiento: 13 mayo de 1974

Fecha de entrada: 20 abril 2002

Correo electrónico: erikvarden@icloud.com

Raro es el monje o monja que en algún momento no experimenta un período de confusión y aparente abandono. El celo de los primeros años se disuelve en el éter. Por dentro, la oración es árida, la *lectio divina* pierde su sabor, la vida común parece una carga. Por fuera, se suceden pruebas y tentaciones, duras y constantes. En esos momentos, la historia de Jesús dormido en la barca sacudida por la tormenta puede calar incómodamente hasta el hueso.

En su *Historia de un alma*, Teresa de Lisieux describe su propia experiencia, en un período en el cual el Señor parecía así dormido. Ella se consolaba pensando que Jesús la mantenía cerca de su corazón en sus sueños, anticipando así una imagen de las Escrituras que más tarde llegaría a ser para ella una luz, en una oscuridad aún mayor: “Duermo, pero mi corazón vela” (Cantar de los Cantares 5:2).

Isaac entiende el sueño del Señor de manera diferente. Su exposición se apoya en la afirmación del salmista, citada oblicuamente, de que el Señor por sí mismo “no duerme ni reposa” (Sal 121, 4). El sueño es una anomalía para Dios. Sin embargo, si se entrega al sueño, es porque no nos importa su presencia, ya que, en efecto, estamos dormidos para él. Isaac transforma nuestra sensación de que Cristo está dormido, en una llamada ascética para despertarnos.

En el lago Genasaret -nos dice- los discípulos “*dejan que* [Jesús] duerma”: ellos no aciertan a reconocerlo como Señor. Por eso, mediante su sueño, Él se reveló a sí mismo como Dios, enviando ‘vientos de sus arcones’. Y, una vez despierto, calmó esos mismos vientos con una palabra. Si rezamos el Oficio y leemos a los Padres en lenguas modernas, corremos el riesgo de perder aquí una referencia crucial a los Salmos. El versículo sobre los vientos sacados de las arcas de Dios proviene del Salmo 134, un Salmo del Éxodo que narra cómo Dios guió a Israel a través de la

tribulación *porque* él había “elegido a Jacob como suyo” y deseaba llevar a su elegido a su hogar, a la tierra prometida “como herencia”.

De esta manera, Isaac nos daría a entender que las tormentas que experimentamos pueden, de hecho, ser enviadas por el Señor con un propósito de salvación. Los dones del Señor no son todos dulzura y luz. Dios querría vernos crecer, madurar, ser capaces de llevar su yugo, lo cual, para resultar fácil, exige fuerza de determinación. Cuando estemos atrapados en la tempestad, no demos por hecho, irreflexivamente, que somos víctimas desafortunadas. La tormenta puede jugar un papel en el plan de Dios. Puede ser potencialmente un punto de inflexión en nuestra vida cristiana y monástica. A veces, el Señor puede optar por quedarse dormido para enseñarnos lecciones valiosas, tales como: releer la experiencia presente a la luz de la eternidad; darnos cuenta de nuestra desesperada *necesidad* de la presencia de Cristo; llegar a tener una fe lo suficientemente humilde y fuerte como para volvernos hacia él, incluso en su aparente indiferencia, y orar: “¡Señor, ayúdame!”.

Dicho esto, Isaac deja en claro que debemos en primer lugar evitar que el Señor se duerma. ¿Cómo? Hablando con él, preguntándole cosas. Deberíamos seguir llamando a su puerta. Hacemos esto, dice Isaac, mediante las prácticas de la lectura, la meditación y la oración. Esto es pertinente. Parece ser una regla que cuando alguien afloja en la vida monástica, le pican los pies y comienza a pensar en irse, es que él o ella no ha practicado seriamente la *lectio* durante años. La lectura se va por la ventana debido al esfuerzo que conlleva comprometerse perseverantemente con textos que, seamos francos, no son fáciles. Sin embargo, una vez que dejamos de hacer *lectio*, la oración pronto se seca. Perdemos el hábito de ubicar nuestra existencia dentro de los parámetros de la Revelación. Y así nuestra vocación contemplativa pierde su urgencia.

Heridos como estamos por el pecado, el deseo de Dios no nos viene de forma natural: debe ser cultivado y mantenido vivo. Esto es lo que Isaac está señalando de distintas maneras. Para que Dios sea una presencia palpable en nuestra vida, primero debemos estar despiertos, atentos a él. Si parece que Él se retira, entonces ¡resiste el impulso infantil de acurrucarte y e irritarte! Búscalo con renovada determinación, para que puedas encontrarlo. Confía en que las prácticas monásticas tradicionales son medios privilegiados para este fin.

Isaac vincula el sentido de la ausencia de Dios con la *acedia*, una pasión a la que los monjes y monjas son propensos. Tiene mucho en común con la depresión, siendo un estado en el que la realidad pierde color y sabor, en el que la ira, la frustración y la aflicción comienzan a alimentarse de sí mismas. ‘¡Estén atentos!’, nos dice Isaac. En caso de que la pobreza, la soledad y el silencio —los cimientos de nuestra *conversatio*— lleguen a parecer desabridos y duros, no seas demasiado rápido en culpar al Señor, como si te hubiera abandonado. Pregúntate a ti mismo, en cambio, si has mantenido viva la llama de tu vocación, viviendo de acuerdo a ella coherente y generosamente. Si no, arrepiéntete y comienza de nuevo: ¡el Señor te ayudará! De lo contrario, convéncete de que las pruebas de Dios, por difíciles que puedan ser a veces, tienen un propósito. Trata de descubrir qué *significa* la tempestad y luego abrázala como una tarea. Lo más probable es que, con el tiempo, te des cuenta de que el Señor está junto a ti, extendiendo su mano, ordenando a las olas que se abajen, mientras tú, guiado por él, alcanzarás con seguridad a una tierra seca y fructífera.

Al final de su texto, Isaac hace esta oración al Señor: “¡Levántate, ordena a los vientos y al mar, y sálvame de la pusilanimidad!”. Ser pusilánime es ser “de alma pequeña”. A los monjes y monjas, por contraste, se los llama a una magnanimidad valiente. Abrir nuestra alma es la gran preocupación del Señor. Para lograrlo, está pronto a hacer uso de estrategias claramente radicales. Lo conoceremos no menos que los apóstoles, nos dice Isaac, como Maestro y Señor “si permanecemos obedientes a Él” en medio de la oscuridad y la confusión; si confiamos absolutamente en Él. Permanezcamos fieles a nuestro llamado y confiémonos a Él. Esto es, en última instancia, lo que nos mantendrá despiertos y

en movimiento, preparados para conocer al Señor “como Él es”, siempre en vela, vigilante, llamándonos a progresar hacia adelante, hacia adentro, hacia arriba.¹¹

ISAAC DE LA ESTRELLA

SERMÓN 14

(Padres Cistercienses 15, pp. 82-85)

1. *Y mientras dormía se produjo una agitación grande...* (Mt 8, 24). ¿Qué quiere decir, amadísimos, sino que el Señor, mientras dormía, obró, con lo cual despertó a los discípulos cuyo corazón estaba como dormido? Porque mientras dormía es cuando obró su fuerza e hizo salir vientos de sus escondrijos (Sal 134, 7); en absoluto silencio y durante su sueño es cuando el Verbo habló, enseñando que sería peligroso para los discípulos dejar que el maestro calle, languidezca, duerma. En efecto, la sabiduría se aprende en el ocio, pero no en la ociosidad. Porque nada hay más activo que aquel reposo donde se aprende la sabiduría, donde se interroga al Verbo de Dios.

2. Marta trabajaba, María estaba en reposo (Cf. Lc 10, 39-40), ella no languidecía, mientras que Lázaro languidecía, pasando de la languidez a la muerte, pasando de la muerte al hedor (Cf. Jn 11). ¡Oh, cuántos hoy, desocupados del trabajo útil exterior, inactivos y perezosos en su interior, asegurados respecto de lo necesario y ocupados en fábulas y en pensamientos estúpidos, se quedaron sin la solicitud inquieta de Marta, pero en modo alguno encontraron la devoción de María! De ahí que también en Betania, es decir, en la casa de la obediencia, cayeron en la languidez de la desidia.

3. ¡Oh desdichados!, débiles junto a la fuerza, necios en presencia de la sabiduría, ciegos ante la luz, mudos ante el Verbo, que mueren de hambre junto al pan de la vida y de la inteligencia (Cf. Si 15, 3), y de los cuales está escrito: *Toda comida era abominada por el alma, y estaban ya a las puertas de la muerte* (Sal 106, 18). Y del mismo modo como allí el Señor dejó morir al enfermo para ser despertado de la muerte (Cf. Jn 11, 11), así también aquí -como junto a enfermos o a apóstoles que parecían estarlo- quiso él dormir, para que al menos el estar en peligro los incitara a despertarlo.

Se adormeció exteriormente, cuando ellos, adormecidos, no estaban más con él. Les mostró exteriormente su estado interior. Pero porque no tenía cabida en ellos una instrucción suave y sutil, fueron amonestados más duramente desde el exterior.

4. Se hace imponente el oleaje del mar, para que el Señor aparezca imponente en las alturas (Cf. Sal 92, 4). Dormido, mediante la tempestad, enseña a los que están demasiado seguros; despierto, mediante la tranquilidad, enseña a los que están justamente turbados. Creedme, hermanos, una y otra cosa son palabras de este santo Verbo, la tempestad como la tranquilidad, el que duerma como el que esté despierto. Por cierto, mientras duerme, maldice la acedia por la voz de la tempestad que sigue a la fluctuación de los pensamientos, como una especie de tempestad interior e intolerable; mientras está despierto y en vela, recomienda, por la voz de la tranquilidad la vigilancia del alma y el fervor del espíritu.

5. Así, hermanos míos, con sumo cuidado debemos vigilar tanto más atentamente cuanto que hemos elegido una soledad más lejana, a fin de que en nuestro hombre interior, para quien el hombre exterior es como el mar, nunca duerma en la barca el Verbo de Dios, porque en sí mismo jamás duerme ni dormita. Cristo no puede, inactivo, velar por nosotros; y, para decirlo brevemente, siempre quiere que nosotros le pidamos o le preguntemos algo; o al menos que, mientras él habla, lo escuchemos

¹¹ Traducción: Hermana Ana Laura Forastieri (Hinojo).

atentamente. Porque, si mientras habla, hermano, comienzas a dormir para él, al punto duerme él también para ti. Mas ¡ay de ti, si él durmiera para ti!

6. Para ti vela el viento, vela el mar, vela la tempestad con el fluir de los pensamientos, con el ardor de mil tentaciones; basta para esto que él solo esté dormido para ti. Por eso, en la oración dile con el Profeta: *Ilumina mis ojos Señor, para que no me duerma en la muerte* (Sal 12, 4). En efecto, si tú no comenzaras primero a dormir para él, él estaría siempre en vela para ti. Pedro no pudo velar una hora con Cristo, y por eso pudo negar a Cristo tres veces; porque estaba dormido cuando el Señor le dijo: *Velad y orad para no entrar en tentación* (Mt 26, 41), es decir, en la tempestad del alma. ¿Dónde están pues aquellos que en el claustro dejan caer la cabeza sobre sus libros, en la iglesia roncan durante las lecciones o bien duermen en los capítulos durante los sermones de viva voz? Para todos ellos habla el Verbo de Dios y ellos lo desprecian.

7. El Maestro, el Señor habla; y el hombre, el discípulo, duerme.

Hay tres ejercicios: la lectura, la meditación y la oración. Por la lectura o el sermón, que es también una especie de lectura, Dios te habla. Por eso dice el Señor: *El que tiene oídos para oír, que oiga* (Mt 11, 15). Por la meditación, tú le interrogas. Por la oración, le ruegas. Por lo cual dice la Escritura: *Pedid y se os dará, llamad y se os abrirá* (Mt 7, 7). La oración pide; la meditación llama. Comprenderán lo que digo, los que por el fervor espiritual tienen sus sentidos ejercitados en virtud de la costumbre (Cf. Hb 5, 14). Porque el hombre animal no percibe estas cosas, aunque su vida sea espiritual (Cf. 1Co 2, 14).

8. Porque, os lo repito sin cesar y quiero que os acordéis de ello, hay quien tiene un sentido animal y una vida espiritual; así como hay quien tiene una vida animal y un sentido espiritual. Por otra parte hay un tercero que tiene la vida y el sentido animal; mas un cuarto, que en el sentido y en la vida es espiritual. Y así, en estas tres prácticas, a saber: en la lectura, en la meditación, en la oración, consiste toda la ejercitación del sentido espiritual y se da un cierto habitar en espíritu, en las regiones celestiales, donde como Moisés en el monte se habla, se escucha, se conversa con Dios como con su prójimo (Cf. Ex 33, 11), pero sólo con el sentido interior.

9. Porque la vida tiene también como una especie de aproximación secreta al Señor. De ahí que dice el Señor: *Acercaos a mí y yo me acercaré a vosotros* (St 4, 8). Algunos, como dijimos, están próximos por el sentido y lejos por la vida; otros, próximos por la vida y lejanos por el sentido; otros, lejanos por ambos; otros, próximos por ambos. Por el sentido, próximos; más próximos por la vida; más próximos aún por ambos.

10. Vigilemos, pues, hermanos, y muchísimo, contra la peste de la acedia que suele ser engendrada por una seguridad inmadura; los más perfectos, seguros de haber domeñado los vicios, se adormecen en su buena conciencia como si no tuvieran nada que temer; los imperfectos se adormecen en la seguridad de las cosas materiales, todas las cosas les vienen sin trabajo, los otros se las procuran.

He aquí, amadísimos, por qué los santos Padres, de los cuales nosotros, hombres hartos y robustos, por no decir llenos de grasa, engordados (Cf. Dt 32, 15), hemos osado seguir sus huellas por senderos arduos y estrechos, colocaron como piedra angular de los dos muros del edificio espiritual la pobreza, dividiéndola en dos clases y orientándola en dos direcciones: la pobreza efectiva y la espiritual, a fin de que quien ve su incapacidad en la una y en la otra, sea circunspecto y solícito en ambas y no pueda descuidar ninguna de las dos.

11. Por eso, carísimos, os hemos conducido a esta soledad apartada, árida y áspera. Sagazmente, por cierto, donde podéis ser humildes pero no podéis ser ricos. A esta soledad de soledades repito, rendida en el mar lejano, que no tiene de ordinario nada en común con el resto del mundo, a fin de que privados de toda consolación mundana, y por así decir humana, haya en vosotros silencio absoluto

del mundo; en vosotros, para quienes fuera de esta pequeña isla, la última de toda la tierra, ya el mundo no existe más.

¡Oh Señor!, al alejarme huí, y al huir me alejé, de manera que más allá no sé en absoluto, tú lo sabes, adonde huiré y me alejaré.

12. En otro tiempo, en mi deseo de huida y en mi sed de soledad, me dirigí por fin a este desierto, tan vasto y tan apartado (Cf. Dt 32, 10), por cuya causa algunos de los que podría llamar cómplices de esta expedición me abandonaron, poquísimos me siguieron; ellos también experimentaron el horror, el mismo horror de la soledad que a veces, lo confieso, experimento a veces en mí mismo. Añadí, Señor, soledad a soledad, silencio a silencio. Porque para ser más hábiles y estar más habituados a hablarte sólo a ti, nos obligamos una y otra vez a no hablar entre nosotros. Pero nos interesa en grado sumo, carísimos, considerar con acción de gracias y alabanza la misericordia de Dios, en la cual esperamos y que nos fue concedida.

13. Ella se dignó atemperar para nosotros este exilio de modo que podamos orar, meditar, leer, pero nos sea necesario trabajar, a fin de que no nos falte qué dar al que padece necesidad, es decir, a nuestro cuerpo todavía animal. Porque con el sudor de nuestra frente (Cf. Gn 3, 19), más que con el de los domésticos o de los bueyes, debemos comer nuestro pan.

14. Por eso, hermanos, co-cautivos y co-fugitivos míos, como dice el Profeta: *Vosotros, que os acordáis del Señor, no os calléis y no guardéis silencio con él* (Is 62, 5). Velad por él, a fin de que él no duerma para vosotros. Mas yo, Señor, siempre clamaré hacia ti. Pero tú, Dios mío, no guardes silencio conmigo (Sal 27, 1), me asemejaré a los que peligran en el mar; cuando por la meditación te llamo, ábreme; cuando te interrogo, respóndeme; cuando oro, escúchame. Por cierto, bondadosamente y con abundancia lo harás, siempre que al hablar tú, mis oídos no se hayan apartado de tus palabras. Al que te escucha, lo escuchas. Al que te atiende, lo atiendes; pero la oración de quien aparta su oído para no escuchar tu ley, será abominable (Pr 28, 9).

15. *Habla, Señor, que tu siervo escucha* (2S 3, 10), y responde a su palabra: ni uno ni otro, mientras navegan, duerma. Porque si duermes para mí, vuestro servidor, el mar, no duerme, el recuerdo del mundo no duerme; si tú duermes, las olas y el ardor de los pensamientos no duermen. Si yo duermo para ti, la carne no duerme para mí. Por eso, Señor, tú eres mi refugio (2S 22, 3), tú que hubieras podido ser la fuerza que me impidiera huir de ti; estimulado por mis sollozos, por los gemidos de mi corazón, pro mi propia necesidad que nunca calla, despiértate.

16. Levántate, manda a los vientos y al mar (Cf. Mt 8, 26), sálvame de la pusilanimidad del espíritu y de la tempestad (Sal 54, 9), para que dentro y fuera haya una gran calma; y los ángeles y los hombres, para quienes hemos venido a ser espectáculo (Cf. 1Co 4, 9), digan con admiración: *¿Quién es éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen?* (Mt 8, 27) Lo cual, sin duda alguna, hermanos, se realizará para nosotros y para vosotros, si obedecemos a aquél que vive y reina. Amén.

SIETE TEXTOS BREVES

1

¿No lo sabéis? ¿No lo sentís? ¿No tenéis experiencia? A veces arde en la carne el fuego de la concupiscencia, en el espíritu la ira se desata y ya casi están por estallar palabras de indignación y de amargura y como en un mar agitado por las olas se agitan las mismas entrañas del hombre. Pero si Jesús levanta sobre este mar su cruz, todo se apacigua. Todo se tranquiliza. Por lo tanto, hermanos míos, ¿quién nos metió en este camino de salvación estrecho y angosto, sino el ejemplo de la cruz y de la pasión del Señor, que el Señor ha levantado en el camino de Egipto?

Elredo de Rieval, *Sermón 47. 9*
(Biblioteca Cisterciense [Monte Carmelo], pp. 20-21)

2

Por consiguiente, como dice un santo, es conveniente para los soberbios que caigan en algún pecado manifiesto a fin de que sean humillados y se cumpla lo que está escrito: *Les retiras tu aliento y expiran y vuelven a ser polvo*. En verdad, el espíritu del hombre es propiamente espíritu de soberbia quitado el cual vuelve a ser polvo, esto es, al conocimiento de la propia fragilidad, para que le sea enviado el Espíritu de Dios, que no descansa sino sobre el humilde y manso, temeroso de sus palabras, con el fin de que sea renovado, avanzando así hasta llegar al varón perfecto, al hombre que en todas las cosas está conforme con la razón.

Elredo de Rieval, *Oner 12. 7*
(Padres Cistercienses 13 [Azul], pp. 152-153)

3

Insisto en que se impone la huida frente a la tentación que nos persigue, mientras sea este cuerpo nuestro domicilio. Si no huimos a toda prisa, a veces, como bien sabemos, nos empujan y derriban; pero el Señor nos sostiene [...] Todos hemos de caer mientras vivamos en este mundo. Pero unos se hacen daño y otros no [...] También el justo cae siete veces. Esta es la diferencia entre unas caídas y otras; el justo es acogido por el Señor y se levanta con más fuerzas. Pero, cuando cae el pecador, no se apoya para levantarse, y vuelve a recaer o en la vergüenza perniciosa o en la insolencia. Porque pretende excusarse de lo que ha hecho, y este falso pudor le induce más al pecado. O como ramera desfachatada, no teme ya a Dios ni respeta a nadie, e, igual que Sodoma, hace públicos sus pecados. El justo, en cambio, cae sobre las manos del Señor, y misteriosamente, el mismo pecado contribuye a su mayor santidad. *Sabemos que con los que aman a Dios, él coopera en todo para su bien*. ¿No redundan nuestras caídas en el bien, haciéndonos más humildes y cautos?

Bernardo de Claraval, *Sobre el salmo 90 2. 1-2*
(Obras completas de san Bernardo tomo III [BAC], p. 459)

4

¡Verdaderamente aquel clima es una delicia primaveral de paz y de alegría! ¡Deseable es la lluvia que Dios por su gracia ha reservado para su heredad! Pero si es necesario el ardor de la tribulación lo quemará todo, y vendrá todo lo que el profeta Jeremías profetizó acerca de la sequía espiritual; pero nada temerá aquel a quien la confianza en el Señor ha enraizado en las aguas reparadoras, es decir,

en la gracia del Espíritu Santo, pues aunque no se vea manifiestamente que baja y riega, sin embargo, en lo oculto vivifica y fecunda por dentro, porque conserva la fidelidad en el propósito, da fuerza para perseverar, proporciona un modo de hablar irreprochable y una actividad constante.

Guerrico de Igny, *Sermón 23. 5*
(Biblioteca Cisterciense 14 [Monte Carmelo], pp. 228-229)

5

Por lo tanto, todo lo que en nuestros ejercicios y en nuestras fatigas sentimos de dulzura, de delectación y de suavidad lo pregustamos, sin ninguna duda, como recompensa por nuestro trabajo. Porque antes de que comencemos a deleitarnos en la disciplina del Señor y a amarlo, apenas si soportamos o toleramos todo bajo el peso del día y del calor. En el dolor y en la contrariedad, bajo el temor y la murmuración, todo inspira hastío y acedia. Pero, cuando a la undécima hora, la quinta gracia asocia la caridad con la disciplina y une a los trabajos la afección buena que lleva a deleitarse y gozarse en todas las cosas, hace que todo peso devenga ligero y todo yugo, suave, y comienza una especie de ocaso del temor y del trabajo, del hastío y de la tristeza.

Isaac de la Estrella, *Sermón 17. 20*
(Padres Cistercienses 15 [Azul], p. 105)

6

Tú, pues, oh alma que aspiras a las delicias de la caridad, no desdeñes sus amarguras si quieres experimentar sus encantos. Si el amado te ofrece un beso y sientes que ese beso destila mirra, no hagas la locura de rechazarlo ni dejes de acoger con devoción la gracia que viene a ti. Soportas el yugo de una caridad demasiado débil si sólo te contentas con sus gozos, y te empeñas en evitar quejumbrosa y descontenta lo que incrementa la caridad y se presenta de manera inevitable a quienes recorren sus caminos.

Juan de Forde, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares 24. 5*
(Biblioteca Cisterciense 7 [Monte Carmelo], p. 350)

7

Pero ahora soy como el ciego que anda a tientas en pleno mediodía y a cualquier parte que adelante el pie de mi asentimiento, temo el lazo y las ruinas. Y como al ciego se me dice: acá, allá; por aquí; por allí; mas yo, al no ver, no sé el acá ni el allá, el por aquí ni el por allí.

Guillermo de Saint-Thierry, *Meditación XI. 2*
(Padres Cistercienses 2 [Azul], p. 187)

CUATRO BREVES REFLEXIONES

1



Hermano Guerric Heckel (Mepkin)

Fecha de nacimiento: 4 marzo 1940

Fecha de entrada: 24 septiembre 1994

Correo electrónico: guerricheckel@gmail.com

“Cuando Jesús dormía es cuando obró su fuerza e hizo salir vientos de sus escondrijos”.

“En absoluto silencio y durante su sueño es cuando el Verbo habló, enseñando que sería peligroso para ellos (los discípulos) dejar que el maestro calle, languidezca, duerma”.

Me gusta cuando Jesús se revela cada vez que he tenido una buena meditación, una *lectio* fructífera o a través del *Opus Dei* y otras prácticas monásticas que considero relacionadas con lo divino. Su presencia marca la diferencia. Siento a Cristo presente y actuando en mi vida en sincronía con mi identidad monástica.

Por contra, ¿qué sucede cuando despierto a una terrible tormenta en mi vida monástica? Mi *lectio* ni siquiera llega a un murmullo espiritual. Literalmente dormitaba en la lectura del segundo nocturno. Nadie parece entenderme. Me siento decepcionado con el gobierno de la comunidad y lo mismo cuando Jesús se escabulle y me siento solo.

Me doy cuenta entonces de que Jesús no duerme. Simplemente se sirve de un modo diferente de comunicarse conmigo. No se trata ya de qué sucede en torno a mí sino dentro de mí. No hay dónde esconderse. Debo hacer frente a mi identidad, a confrontarme con lo que he hecho o dejado de hacer. Comienzo a tomar conciencia de que todos mis éxitos, bienes, logros, en realidad, cuentan poco. Tengo que admitir que pierdo el control.

Aquí, en medio de la tormenta mi oración de abandono reemplaza mi oración por cosas que cambian o suceden. No pido ya tanto que cambien las circunstancias cuanto que sea yo el que cambie. La presencia de Jesús en la tormenta hace que este cambio sea posible. He encontrado su presencia en su ausencia.¹²

¹² Traducción: Padre José Martín (Cardeña).



Madre Maureen McCabe (Wrentham)
 Fecha de nacimiento: 17 septiembre 1943
 Fecha de entrada: 2 julio 1972
 Correo electrónico: s.maureen@msmabbey.org

“En estas tres prácticas, a saber: en la *lectio*, en la *meditatio* y en la *oratio*, consiste toda la ejercitación del sentido espiritual y se da un cierto habitar en espíritu, en las regiones celestiales, donde como Moisés en el monte se habla, se escucha, se conversa con Dios...”. Isaac sitúa este profundo principio espiritual en el contexto de un sermón sobre la tormenta en el mar, experimentado como una tormenta en el alma. Es un contexto perfecto.

Cuando era postulante, surqué las olas con alegría y convicción durante muchos meses y luego, de repente, me hundí en las agitadas aguas de la ansiedad y la duda. Un día, estando en el noviciado, me dije a mí misma: “¿Por qué molestarme en leer estos artículos asignados sobre la historia y la espiritualidad monástica? En cualquier caso es muy probable que no logre llegar allí”. Pero me senté y leí y, en la *lectio*, le di a Dios la oportunidad de hablarme y calmarme, algo que, de otra manera, no podría haber sucedido. Más tarde, en el segundo año de noviciado, comencé a ahogarme nuevamente en las aguas caudalosas pero, esta vez, mi Maestra de Novicias me salvó con el ancla de la *meditatio*. Ella me sugirió memorizar los salmos y orar, durante el trabajo y en otros tiempos, con versículos que me ayudasen. El poder del Espíritu en esas palabras repetidas cuidadosamente y con regularidad comenzó a crear en mí una atención tranquila a Dios que finalmente me abrió un camino a través de muchas otras tormentas. Ahora, en mi vejez, me siento más fácilmente sosegada por la sencilla oración de la mujer cananea: "Señor, ayúdame".

He llegado a creer, por experiencia, lo que dice Isaac: que la *lectio*, la *meditatio* y la *oratio* son toda la ejercitación del sentido espiritual. Sí, ellas son el camino para una conversación continua con Dios.¹³

¹³ Traducción: Hermana MaríaSther Briso-Montiano Gil (Carrizo / Wrentham).



Dom Pierre-André Burton (Désert)

Fecha de nacimiento: 1963

Fecha de entrada: 1987

Correo electrónico: F.Pierre-Andre.Burton@abbayedudesert.com

¡Disminución! ¿Quién de nosotros acepta entrar de lleno en esta experiencia de “disminución”, de compartir, como Jesús y con él, su condición de hombre humillado, abajado, “disminuido”, mientras que la cultura que nos invade invita a lo contrario a llegar a ser hombres “agrandados”? ¡Nada es menos natural a la inclinación espontánea del hombre “según la carne”, siempre en busca de poder, de prestigio, de reconocimiento y honor de todo tipo!

Por consiguiente, consentir en tal experiencia de “disminución” manifiesta otro orden de cosas: el que nos introduce en una vida “según el espíritu”. Una vida que nos exige que concurren todas las fuerzas interiores del alma. Solo ellas nos permiten, en un acto de fe, sustraernos al “horror de la soledad” cuando existe el “requerimiento de soledad sobre soledad, de silencio sobre silencio” (§ 12) y que en el estar con un sentimiento de abandono, o bajo la impresión de haber perdido el sentido del camino, incluso, sencillamente el “sentido” (¡como cuando decimos “perder el sentido”!), la soledad se convierte en terror y se difuminan todas las perspectivas de un horizonte de luz y claridad. “Reducido a nada” – “disminuido” – entonces no queda más, contra la “peste de la acedia” (§ 10), que la humilde fidelidad a los ejercicios de la vida (¡y la “vela”!) monástica: *lectio, meditatio et oratio* (§ 7); pero sobre todo la humilde confianza que nos impulsa a no dejar jamás de gritar a Dios y decirle: “pero tú, mi Dios, no te me estés callado...” (§ 14).¹⁴

¹⁴ Traducción: Dom José Luis Monge (Viaceli).



Madre Pilar Germán Rojas (Tulebras)

Fecha de nacimiento: 27 noviembre 1966

Fecha de entrada: 22 octubre 1994

Correo electrónico: pilardetulebras@gmail.com

Este sermón de Isaac de la Estrella refleja e ilumina una experiencia que he vivido a lo largo de mis años de vida monástica. En más de una ocasión, he sentido que la tempestad estaba a punto de hacer naufragar la barca y Jesús parecía estar impasible, dormido, como ajeno al peligro que me atenazaba.

Isaac de la Estrella me hace caer en la cuenta de mi error, en efecto, “el Señor mientras dormía, obró, con lo cual despertó a los discípulos cuyo corazón estaba como dormido”. He aquí la paradoja, el Señor que está dormido vigila y actúa; yo aparentemente despierta, duermo en mi autosuficiencia y banalidad. Un sueño del que sólo Él me puede sacar, así “mediante la tempestad, enseña a los que están demasiado seguros”. Por eso, “quiso él dormir, para que al menos el estar en peligro los incitará a despertarlo”.

Duerme el corazón que “languidece en la desidia”, en la acedia. Isaac de la Estrella nos llama “desdichados, débiles junto a la fuerza, necios en presencia de la sabiduría... mueren de hambre junto al pan de la vida y la inteligencia”. ¿Puede haber necedad mayor? No, y sin embargo he experimentado cómo puedo languidecer junto a la fuente de la vida. Cuando cerrada en mí misma, mi corazón se embota, duerme y no vigila, no escucha ni habla con el Verbo. Lo opuesto a la amada del Cantar que mientras dormía velaba su corazón. Y, así, pudo oír la voz del Amado que le llamaba (cf. Ct 5,2). Por el contrario, el Señor “se adormece exteriormente”, Él vela por y para mí, y de mil modos viene en mi ayuda. Muchas veces revestido de tempestad. Pero siempre henchido de Amor.

PARA TU CUADERNO

1. Escribe tres puntos o ideas de esta unidad que hayan suscitado en ti una respuesta y que te gustaría recordar.
2. Si te gustaría hacerlo, escribe una respuesta personal breve a los temas suscitados en esta unidad. Probablemente será suficiente con unas 250 palabras.
3. Si quieres compartir este ensayo, puedes enviarlo al Padre Michael Casey (Tarawarra), Editor General: experientia.editor@gmail.com. Por favor, incluye una foto tuya con tu nombre completo y monasterio, fecha de nacimiento, fecha de entrada y tu dirección de correo electrónico preferida.

PARA LEER MÁS

Casey, Michael: "The Theme of Alternation," in *Athirst for God: Spiritual Desire in Bernard of Clairvaux's Sermons on the Song of Songs* (Kalamazoo: Cistercian Publications, 1988), pp. 251-280.



UNIDAD NUEVE

La Energía de la Esperanza

LA ENERGÍA DE LA ESPERANZA

En nuestro camino hacia Dios, nuestra primera experiencia es algo como el deseo, pero, a diferencia de otros deseos, no tiene un enfoque claro. Esta tendencia se expresa mediante metáforas tales como “buscar a Dios”, “anhelar la unión con Dios”, pero lo que se significa por medio de estas expresiones tradicionales está más allá de una explicación lógica. La teología oriental distingue entre la “esencia divina” y “las energías divinas”. En esta vida, la esencia divina supera la comprensión humana: es a través de un contacto con los poderes divinos, que se hacen presentes a través de la acción de Dios en el mundo del espacio y del tiempo, que podemos entrar en una relación con Dios y ser transformados por ella. Dios no puede ser considerado como un objeto entre muchos, y, por lo tanto, no puede ser el objeto directo de nuestro conocimiento y amor. Nuestra relación con Dios es intersubjetiva. Interactuamos con lo que Dios está haciendo entre nosotros: “Yo seré su Dios y vosotros seréis mi pueblo”.

Por lo que concierne a nuestras facultades intelectuales y afectivas ordinarias, Dios está ausente de la esfera de nuestra existencia. Aunque Dios está presente en todo lugar, lo íntimo de la divinidad queda oculto a nuestra mirada. A través de la continua auto-revelación de Dios al mundo tenemos vislumbres o insinuaciones de una realidad trascendente, pero estas experiencias son breves y raras: *Rara hora et parva mora* (San Bernardo, *Super Cantica* 23,15). Reflexionando sobre la alternancia entre nuestra percepción de la presencia y la ausencia de Dios, Bernardo usa una terminología común entre los primeros cistercienses: Es como si el Verbo *visitara* al alma, pero luego, por desgracia, se aleja. La mayoría de las veces el deseo espiritual se manifiesta como un agudo sentido de la ausencia de Dios. La mayoría de nosotros debemos recordarnos que esta experiencia de ausencia tiene un propósito en nuestro continuo desarrollo espiritual. No es fortuita. No es contraproducente. Es un componente normal de nuestra maduración. San Agustín nos recuerda que el deseo diferido, simplemente se hace más fuerte.

Unida a esta experiencia, está la conciencia de los obstáculos a la unión dentro de uno mismo. Para superar la distancia entre nosotros y Dios, nos llegan simultáneamente dos dones, a través de Cristo: la verdad, que revela nuestro verdadero estado ante Dios, y la gracia, que nos energiza con la esperanza para que ganemos confianza, a fin de cooperar con la buena obra iniciada en nosotros, para que sea llevada a su cumplimiento. Estos temas encuentran expresión en este elocuente y evocativo comentario al texto del Cantar de los Cantares.

En esta unidad te pedimos que reflexiones sobre tu propia experiencia de cómo sientes la presencia y ausencia de Dios, en tu oración y en tu vida, y que encuentres iluminación en la reflexión de Bernardo sobre este tema.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. Vine al monasterio con la esperanza de encontrar a Dios. ¿En qué medida se ha realizado esta esperanza?
2. ¿Cómo he experimentado la alternancia normal entre la experiencia positiva y negativa? ¿Entre el temor y la esperanza? ¿Entre la oscuridad y la luz, la Presencia y la ausencia?

3. ¿Ha habido momentos en que el deseo de Dios te ha parecido sin esperanza? ¿Por qué? ¿Ha habido momentos en los que he sido consciente de la falta de energía espiritual: inquietud, tedio, tibieza, tristeza, disgusto, aburrimiento, acedia?
4. ¿Cómo se resolvió esta situación? ¿Hubo miembros de la comunidad que me ayudaron? ¿Cómo? ¿Participar en la *conversatio* diaria fue un elemento para encontrar un camino de salida de la oscuridad?
5. ¿Acojo cada día como un momento de vida o vivo envuelto en la rutina? ¿Vivo el presente como camino hacia la vida eterna?
6. ¿Cuán optimista soy de que la forma de vida cisterciense me lleve a encontrar a Dios en esta vida y en la venidera?
7. ¿Pienso alguna vez en el final de mi vida? ¿Qué sentimientos me inspira esta reflexión?¹⁵



¹⁵ Traducción: Hermana Ana Laura Forastieri (Hinojo).

INTRODUCCIÓN A SAN BERNARDO

Sermón 74 sobre el Cantar de los Cantares



Padre Cassian Russell (Conyers)
Fecha de nacimiento: 19 abril 1949
Fecha de entrada: 9 septiembre 2006
Correo electrónico: Cassian@trappist.net

“Sería más adecuado que este tema fuera tratado por alguien con más experiencia y conocimiento de este amor santo y escondido; pero no quiero escurrir el bulto ni desairar su petición... Me obliga a que me meta en temas y misterios que superan mi capacidad”.

Así es, en efecto. Me supera esta energía de la esperanza. Tantas pequeñas esperanzas carecen de la energía que dura. Se dispersan. Espero que las coles de Bruselas no salgan recocidas. Espero que esta mañana no haga tanto calor que tengamos que poner el ruidoso ventilador para que mueva el aire en el coro. Son éstas las pequeñas esperanzas de cada día que vienen y van. De alguna manera, todas nuestras esperanzas son esperanzas de felicidad, pequeñas, grandes, efímeras o duraderas. Pero lo felicidad pasa. ¿Hay otra esperanza? ¿Una esperanza segura? *“Todo el que por mí deja casa, hermanos o hermanas, padre o madre, hijos o tierras, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna”* (Mt 19, 29). He aquí una gran promesa, una esperanza duradera. Y, sí, hay energía para esta esperanza. Me empuja más allá de mí en este tiempo y lugar. Volver a esta esperanza me lleva hacia la experiencia que me trasciende, al gozo, a la alegría.

Bajo esta pequeña esperanza de cada felicidad cotidiana vive ese deseo más grande de beatitud, ese gozo duradero que no termina. Es una montaña, una roca, la roca quitada de la tumba. La promesa de vida, la vida del resucitado. Para tocar esta roca sólida debo apartar mi atención de las cadenas de los afanes diarios, dejando que los pensamientos circulen para alcanzar un nivel más alto. A este nivel de interioridad es al que nos lleva Bernardo, a un lugar en el que nuestro impulso animador fundamental encuentra la promesa de una nueva vida transformadora en una Palabra que nos llama siempre más allá.

Con frecuencia cuando escribo a primera hora en mi diario matutino, comienzo tomándome la temperatura, describiendo mi tiempo interior, identificando la tonalidad de la música interior, registrando el color de la trama de mi vida. Y hay días en que encuentro un paisaje aplanado, gris, uniforme, apagado, blando y aburrido, como andando en un terreno vacío. Hay días en que mi atmósfera interior está tan cargada de nubes, arrastrando la pesada humedad que nos abrume en el verano de Georgia, que me resulta difícil creer que pueda llegar a tocar nuevamente la brisa refrescante en esta vida. Solo encuentro oscuras y opresivas nubes, silencio mortal y la rota trama arrancada del telar de la vida. Es como si estuviera desconectado del reconfortante Verbo de Vida.

Pero hay otra cara de este tiempo variable: el vibrante verde del bien regado césped, el sonido del agua en la fuente del claustro, los brillantes colores de azalea y glicina en nuestra primavera georgiana. Percibo la promesa de la vida imperecedera que burbujea desde dentro. Esa vida es la de las “incomprensibles e invisibles cosas de Dios” que se presentan “en figuras sacadas de la semejanza de cosas que nos resultan familiares, a guisa de preciosos bosquejos en navíos de arcilla barata”. Sí, trazos sacados de este paisaje americano, imágenes de añoranza en alas de la arcilla barata de pequeñas y nimias esperanzas en figuras familiares.

Estas figuras flotantes aportan dimensión al deseo subyacente: la sólida estabilidad de la Roca de la que fluye la eterna fuente de agua viva. En el bautismo recibimos el Espíritu de Nuestro Señor; Él ha seguido viviendo en nosotros, debajo de todos los avatares de nuestra vida diaria. Hay días en que la fuente parece distante, casi inalcanzable, esos días de una llanura vacía cubierta de nubes. Otros días no hay necesidad de buscar, la alegría es tan aparente, antes incluso de mirar en mi interior la siento bullir, el agua viva prometida a la mujer samaritana. Este gozo manifiesta la energía de esperanza de lo trascendente, de algo que está más allá.

En la mitad de este Sermón 74 sobre el *Cantar de los Cantares* percibo mi experiencia en la forma que le dio san Bernardo cuando evoca la alternancia de nuestro sentir la presencia del Verbo. También yo deseo ardientemente esa vida prometida por mi Señor de la Vida y clamo: “Él es la vida y el poder”. Tengo la sensación de que, a medida que cambia mi tiempo interior, mi Señor de la Vida va y viene. Pero ¿cómo puede el Uno estar ausente estando en todas partes? ¿No es esta aburrida y gris meseta mi propio aburrimiento, mi equivocada atención? ¿No es este duro corazón mío insensible a su Presencia? ¿No estoy asfixiándolo con mis nimias distracciones?

En mi oración tranquila, sentado silenciosamente en nuestra iglesia con escasa luz, dejo que pasen las distracciones. Y me pregunto si olvidando mi vida -olvidando cada vez más pequeñas cosas, personas de años pasados, en dónde dejé un libro- si este olvido no es un nuevo don, parte de ese mayor proceso de revelar quién es en el interior lo más real. ¿Es involuntario olvidar pequeñas cosas: no tener calefacción, el calor sofocante, quitar la basura para recuperar esa gota de oro puro? Forma parte de arrancar las coles de Bruselas y los ruidosos ventiladores de gases para descubrir el mero hecho esencial de que presentaré para juicio a Dios -eso poco que queda después de los pequeños restos que han quedado de toda la calefacción, calor, limpieza – lo poco que queda después de que todos los extraños aditamentos quedan olvidados, guardados y liberados. Aquí, es esto lo que tengo que aportar. Esto es lo real, la verdadera esencia de esa esperanza más profunda. La energía transformadora de la Nueva Vida Prometida ha destilado una parte preciosa de oro puro que puedo presentar como un don a mi Señor de la Vida.¹⁶

¹⁶ Traducción: Padre José Martín (Cardeña).

SAN BERNARDO

SERMÓN 74 SOBRE EL CANTAR DE LOS CANTARES

(Traducción de José Luis Santos Gómez)

Habla la Esposa:

*“Vuélvete, amado mío,
aseméjate a la cabra y al cervatillo
sobre los montes de Betel”.*

I. Cómo corresponde este texto al alma y al Verbo, y qué es ese ir y venir del Verbo en cuanto disposición suya para la salvación.

II. Cómo se comporta el alma ante la llegada del esposo y de qué manera percibe su llegada.

III. Sobre la gracia y la verdad simbolizadas en el cervatillo y en la cabra, y cómo la propiedad es causa de que se pierda la gracia.

I. 1. **“Vuélvete”**, (Cant 2, 17) dice. No hay duda de que está ausente aquél a quien llama; sin embargo estuvo presente y hace bien poco, puesto que da la impresión de que llama al que aún está marchando. Esta intempestiva llamada es indicio del gran amor de ella y de la amabilidad de él. ¿Quiénes son los que así fomentan el amor, y los que sin desfallecer se dedican al negocio del amor? Porque un amor desasosegado a él lo persigue y a ella la apremia. Es a mí a quien incumbe, acordándome de mi promesa, aplicar este texto al Verbo y al alma; pero para esto confieso que necesito la ayuda del mismo Verbo, para hacerlo con dignidad y sin hacerme prolijo. Sin duda convenía que este sermón lo pronunciara una persona mucho más experta que yo, y más conocedora del amor santo y arcano, pero no puedo faltar a mi deber, y mucho menos a vuestros deseos. Veo mi peligro, pero no lo eludo; me obligáis vosotros (2Cor 12, 11). Me obligáis a adentrarme en cosas grandes y sublimes que superan mi capacidad (Sal 130, 1). ¡Ay! Cuánto temo que me digan pronto: ¿Por qué cuentas tú mis delicias, y con tu boca te apropias de mi misterio? (Sal 49, 16). Escuchadme como a un hombre que siente temor de hablar, pero que no puede callar. Tal vez el mismo temblor que siento excusará mi atrevimiento; y sobre todo lo excusará vuestra edificación, si es que llega a ser una realidad. Tal vez estas lágrimas mías él las tenga en cuenta.

“Vuélvete”, dice. Marchaba y es llamado. ¿Quién me aclarará el misterio de este inesperado cambio? ¿Quién me explicará dignamente este ir y venir del Verbo? ¿Estará sujeto a cambios el Esposo? ¿De dónde puede venir y a dónde puede ir el que lo llena todo? (Jr 23-24) ¿Además, qué movimiento local puede llevar a cabo el que es espíritu? (Jn 4, 24). ¿Y por último, qué movimiento, o de qué clase, le atribuyes a Dios? Es inmutable.

2. En verdad, quien sea capaz de entender que lo entienda (Mt 19, 12). Nosotros, moviéndonos (Is 3, 3) con cautela y simplicidad (Ef 5, 15; Prov 11, 20) en la exposición de estas sagradas y misteriosas palabras (1Cor 2, 7), sigamos la costumbre de la Escritura, que expresa con nuestras palabras la sabiduría escondida en el misterio (Rm 1, 20); y al representar a Dios, insinúa que tiene nuestros afectos; brinda a las mentes humanas las cosas preciosas, desconocidas e invisibles de Dios (Sal 11, 7), por medio de semejanzas conocidas de las cosas humanas, como si se tratase de bebidas de composición vulgar. Por consiguiente sigamos también nosotros la costumbre de esta palabra pura (Sal 11, 7), y digamos que el Verbo de Dios, Dios, el Esposo del alma, según le parece a él (1Cor 12, 11) tan pronto viene al alma como de nuevo la abandona, pero con tal de que admitamos que estas cosas las experimentamos con los sentidos del alma y no con el movimiento de las palabras. Por ejemplo, cuando el alma siente la gracia, conoce su presencia; cuando no la siente, se lamenta de su ausencia, y de nuevo busca la presencia, diciendo con el Profeta: “Mi rostro te ha buscado; Señor, buscaré tu rostro” (Sal 26, 8). ¿Que por qué lo busca? Porque, cuando tan dulce Esposo se ha alejado

de ella, no le es posible desear otra cosa, y ni siquiera pensarla. La única solución que le queda es buscar con afán al ausente, y llamar al que se aleja. Por eso es llamado el Verbo, pero llamado con el deseo del alma (Is 26, 8), pero del alma de aquella persona a la que, al menos una vez, ha regalado con su dulzura. ¿Es que el deseo no es un grito? Y muy fuerte. Por eso dice: “El Señor escucha el deseo del pobre” (Sal 9, 38). Cuando el Verbo se aleja, se oye en todo momento un grito continuo del alma, su continuo deseo, como un único y continuo “vuélvete”, hasta que vuelva (1Cor 11, 26).

3. Dame ahora un alma a la que el Verbo Esposo acostumbre a visitar con frecuencia, a la que la familiaridad le haya dado atrevimiento, el haberlo saboreado, hambre, y el desprecio de todas las cosas, ocio santo; y yo, sin duda alguna, le asignaré el título y el nombre de esposa, y pensaré que no le es ajeno el texto que traemos entre manos. Un alma así evoca a la que habla en este texto. Porque a aquél a quien llama una y otra vez le está haciendo comprender que ya ha merecido su presencia, aunque no haya sido muchas veces. Si no fuera así no lo llamaría repetidamente, sino una sola vez. No hay duda de que decir “vuélvete” equivale a llamar repetidamente. Y a lo mejor la razón por la que se escondió de ella es para que le vuelva a llamar con más deseo, y para que lo posea más íntimamente. También en una ocasión simuló que se marchaba lejos, no porque lo quisiera, sino porque quería escuchar: “Quédate con nosotros, porque atardece” (Lc 24, 28-29). Igualmente en otra ocasión, al caminar sobre el agua, cuando los Apóstoles navegaban y estaban cansados de remar (Mc 6, 48), fingió querer pasar de largo de ellos, aunque no era eso lo que pretendía sino probar su fe y provocar su oración. Al final, como dice el Evangelio, se asustaron y gritaron, pensando que era un fantasma (Mc 6, 49). El Verbo espíritu, en su condición espiritual, no cesa de repetir con el alma que se entrega a él con devoción esta piadosa simulación, aún más, este plan de salvación, del que, de manera visible, se sirvió el Verbo mientras se manifestó en carne mortal. Al pasar de largo quiere ser retenido; al alejarse, ser llamado de nuevo. Porque el Verbo no es irrevocable. Va y viene a su gusto, como si visitase al amanecer y de repente pusiese a prueba (Job 7, 18). El marcharse es en cierto modo una simulación; en cambio el regresar es siempre voluntario. Una y otra cosa rebosan sensatez. Sin embargo el motivo de estas cosas sólo él lo conoce.

4. Ahora bien, es cosa clara que en el alma acontecen estas alternancias del Verbo que se va y que vuelve, como él mismo dice: “Voy y vuelvo a vosotros” (Jn 14, 28); y también: “Dentro de poco ya no me veréis, y dentro de otro poco me volveréis a ver” (Jn 16, 17). ¡Oh, este poco y aquel poco! ¡Qué poco tan largo! ¡Oh Señor piadoso!, ¿llamas poco al tiempo que estamos sin verte? Sea respetada la palabra de mi Señor: pero es largo, excesivamente largo. Sin embargo una y otra cosa son verdaderas: es poco para los méritos y mucho para los deseos. En el Profeta te encuentras con las dos cosas: “Si tarda, espéralo, porque vendrá y no tardará” (Hab 2, 3). ¿Cómo no va a tardar, si se retrasa?; pues aunque para los méritos este retraso sea pequeño y muy provechoso, es muy largo para el deseo. El alma que ama es arrastrada por las ansias y llevada por los deseos; no tiene en cuenta los méritos, cierra los ojos a la majestad y los abre al gozo; los tiene fijos en el Salvador y trata familiarmente con él (Sal 11, 6). En una palabra, intrépida y sin sentir rubor llama de nuevo al Verbo, y con confianza vuelve a pedir sus delicias, llamándolo con su acostumbrada libertad no Señor sino amado: “Vuélvete, amado mío”; y añade: “Aseméjate a la cabra y al cervatillo sobre los montes de Betel” (Cant 2, 17). De esto trataremos después.

II. 5. Ahora soportad algo de mis desvaríos (2Cor 11, 1). Quiero decir, pues así lo prometí, qué es lo que me ocurre a mí en todo esto. No es prudente hacerlo (2Cor 12, 1), pero sólo se abrirá mi alma para seros provechoso, y, si os es útil a vosotros, me consolaré de mi desvarío; si no os sirve de ayuda, reconoceré mi ignorancia. Confieso que también el Verbo, -lo digo disparatando- (2Cor 11, 17), ha venido hacia mí, y muchas veces. Y aunque con frecuencia ha entrado en mí. Algunas veces no lo sentí en el momento de entrar. Sentí que se había hecho presente, y recuerdo el momento de ausentarse. Alguna vez pude incluso presentir su llegada (Sal 120, 8), pero sentirla nunca; tampoco

he sentido nunca su salida. De dónde haya venido a mi alma, o a dónde haya ido nuevamente al abandonarla, así como por dónde haya entrado o salido, confieso que incluso ahora lo ignoro, conforme a aquel dicho: “No sabes de dónde viene o a dónde va” (Jn 3, 8), y no es extraño, porque es él quien dice de sí mismo: “Y no queda rastro de sus huellas” (Sal 76, 20). Es claro que no se le percibe con los ojos, porque carece de color; ni con los oídos, porque no hace ruido; ni con la nariz, porque no se mezcla con el aire sino con el espíritu; ni tampoco con la boca, porque no es algo que se mastique y se trague; ni es descubierto con el tacto, porque es impalpable. ¿Entonces por dónde entró? ¿No será más seguro decir que ni siquiera ha entrado, porque no viene de fuera? Porque no es una de esas cosas que están fuera (1Cor 5, 12). Sin embargo tampoco vino a mí desde dentro, porque es bueno (Sal 51, 11), y yo sé que el bien no está en mí. Subí también por encima de mí mismo, y he aquí que el Verbo brillaba aún más arriba. Como un curioso explorador descendí más abajo de mí mismo, y tampoco fue encontrado abajo. Si miro fuera, descubro que está más allá de todo lo exterior a mí; si miro dentro, todavía está más interior. Así me di cuenta de que era verdad lo que había leído: “En Dios vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17, 28). Pero dichoso aquél en quien está el Verbo, que vive para él, y que es movido por él.

6. ¿Quieres saber, entonces, cómo es que, siendo sus caminos totalmente irrastreables (Rm 11, 33), yo me doy cuenta de que está presente? Es vivo y enérgico (Hb 4, 12), y nada más venir a mi interior, despertó mi alma adormecida; movió, ablandó e hirió mi corazón (Cant 4, 9), porque era duro (Eclo 3, 27), de piedra (Ez 11, 19; 36, 26) y malsano. También empezó a arrancar y destruir, edificar y plantar (Jr 1, 10); a regar lo árido, a iluminar lo oscuro, a abrir lo que estaba cerrado, a incendiar lo que estaba frío, y también a enderezar lo torcido y a igualar lo escabroso (Is 40, 4). Hizo todo esto con el fin de que mi alma bendijese al Señor y todo mi ser a su santo nombre (Sal 102, 1). Entrando así algunas veces en mí el Verbo Esposo, nunca hizo reconocible su entrada por huella alguna: ni por la voz, ni por la figura, ni por los pasos. En una palabra, no lo descubrí por ninguno de sus movimientos, ni se deslizó a través de alguno de mis sentidos más profundos: como os he dicho, sólo conocí su presencia por el movimiento de mi corazón. También advertí el poder de su fuerza (Ef 1, 13) por la huida de los vicios, y la desaparición de los afectos carnales; por el descubrimiento y acusación de mis pecados ocultos (Sal 18, 13) me admiré de la profundidad de su sabiduría (Qo 7, 25); por una gran enmienda de mis costumbres me di cuenta de la bondad de su mansedumbre; por la reforma y la renovación de mi mente y de mi espíritu (Ef, 4, 23), es decir, de mi hombre interior, percibí de alguna manera la belleza de su hermosura (Sal 49, 2); y considerando todas estas cosas a la vez, quedé asombrado de su inmensa grandeza (Sal 150, 2).

7. Pero, cuando el Verbo se aleja, todo esto, empieza a inmovilizarse, y por una especie de languidez a convertirse en pesado y frío, como si a una olla que está hirviendo la retiras del fuego. Y por esta señal clara para mí de su partida, mi alma queda inevitablemente triste (Mt 26,58; Sal 41,6; 42,5), hasta que vuelve de nuevo, y, como de costumbre, calienta mi corazón dentro de mí (Sal 108, 22), lo cual es un indicio de su regreso. Teniendo esta experiencia del Verbo, ¿qué extrañeza puede haber en que haga más las palabras de la esposa al llamarlo cuando se ausenta, ya que me siento devorado por un deseo que aunque no sea igual, en parte al menos es semejante al suyo? Mientras viva, la palabra “vuélvete” con la que llama al Verbo, será para mí algo familiar. Y tantas veces como se aleje, otras tantas la repetiré, como si estuviera a la espalda del que se va, sin cesar de gritar (Jd 8, 23 etc.) con el ardiente deseo del corazón (Sal 20,3 etc.), para que regrese y devuelva a mi corazón la alegría de su salvación (Sal 50, 14), y se dé a sí mismo a mí.

III. Os confieso, hijos: en esa situación nada es agradable, hasta que esté presente el único que agrada. Y pido que cuando vuelva no venga vacío (Is 55, 11), sino lleno de gracia y de verdad (Jn 1, 14), como acostumbra a hacerlo, y como lo hizo las veces pasadas (Gn 31, 5). En esto, me parece a mí,

que puede ser encontrada cierta semejanza con la cabra y el cervatillo (Cant 2,17): la verdad tiene los ojos de la cabra, y la gracia, la alegría del cervatillo.

8. Una y otra me son muy necesarias a mí: la verdad, de la que no puedo esconderme; y la gracia, de la que no quiero ocultarme. Si faltase alguna de las dos, la visita no sería plena, ya que la severidad de la cabra sería insoportable sin la alegría del cervatillo, y la alegría de éste podría parecer relajamiento sin la severidad de aquella. La verdad es amarga sin el condimento de la gracia, lo mismo que la misma devoción sería ligera, inmoderada y muchas veces también insolente, si le falta el freno de la verdad. ¡A cuántos no les fue provechoso haber recibido la gracia por no haber recibido también la moderación de la verdad! Por eso se complacieron en la gracia más de lo debido (Is 42, 1), sin temer la mirada de la verdad ni respetar la madurez de la cabra sino entregándose totalmente a la ligereza y a la alegría del cervatillo. La consecuencia de todo esto fue que se vieron privados de la gracia de la que querían disfrutar privadamente, y más tarde hubo que decirles: “Marchad y entended qué quiere decir (Mt 9, 13): Servid al Señor con temor, rendidle homenaje temblando” (Sal 2, 11). Por eso cierta alma santa había dicho en sus días de fervor: “No vacilaré jamás” (Sal 29, 7-8), pero, de repente, sintió que el rostro del Verbo se apartaba de ella, y que no sólo vacilaba sino que quedaba conturbada. Así, en la tristeza, aprendió que le había sido necesario además de la gracia de la devoción el peso de la verdad. Por consiguiente la plenitud de la gracia no está solamente en la gracia, ni tampoco sólo en la verdad. ¿De qué te sirve saber lo que te conviene hacer, si no se te concede también el querer hacerlo? ¿Y de qué te sirve igualmente si quieres pero no puedes? ¡A cuántos he visto muy tristes a causa de la verdad conocida, y aún más tristes porque ya no les era lícito refugiarse en la excusa de la ignorancia, por saber y no cumplir lo que exigía la verdad!

9. Siendo así las cosas, no basta lo uno sin lo otro. Me he quedado corto: ni siquiera conviene. ¿De dónde sacamos esta conclusión? Escucha lo que dice: “El que conoce el bien que debe hacer y no lo hace, es culpable” (St 4, 17) y también: “El criado que sabe lo que su amo quiere y no está dispuesto a ponerlo por obra, recibirá muchos azotes” (Lc 12, 47). Esto se ha dicho con relación a la verdad. ¿Qué diremos con relación a la gracia? Está escrito: “Detrás del pan entró en él Satanás” (Jn 13, 27). Habla de Judas, que, recibido el don de la gracia, por no andar en la verdad (2Jn 4) con el Maestro de la verdad, o mejor aún, con la Verdad-maestra, dio cabida en sí al diablo (Ef 4, 27). Escucha también: “Los alimentó con flor de harina, los sació con miel de la roca” (Sal 80, 17). ¿A quiénes alimentó? “A los enemigos del Señor que lo mintieron” (Sal 80, 16). Aquéllos a quienes alimentó con flor de harina lo mintieron, haciéndose enemigos por no haber unido la verdad con la gracia. Refiriéndose a ellos puedes leer en otro lugar: “Hijos ajenos me mintieron, hijos ajenos se endurecieron y cayeron en sus caminos” (Sal 17, 46). ¿Cómo no iban a caer, si se contentaron con el único pie de la gracia sin servirse del de la verdad? Por eso su suerte quedará fijada (Sal 80, 16), lo mismo que la de su príncipe, porque tampoco él se mantuvo en la verdad sino que fue mentiroso desde el Principio (Jn 8, 48), y por eso escuchó: “En tu belleza perdiste la sabiduría” (Ez 28, 17). Yo no quiero la belleza que me robe la sabiduría.

10. ¿Quieres saber qué belleza es esa tan nociva y tan perniciosa? La tuya propia. ¿Es que todavía no entiendes? (Mt 15, 16) Escúchalo más claramente: lo privado, lo particular. No echamos la culpa al don sino a la manera de usarlo. Así es, porque si te fijaste bien, se le dijo que había perdido la sabiduría no en la belleza sino “en tu belleza”. Y, si no me engaño, la única belleza del ángel y del alma es la sabiduría. Porque, ¿qué es el alma y qué es el ángel sin la sabiduría sino ruda y deforme materia? Gracias a la sabiduría el ángel no sólo fue formado (Sb 10, 1), sino también hecho hermoso. Pero perdió la sabiduría cuando la hizo suya; de tal manera que haberla perdido “en su belleza” no es otra cosa que haberla perdido en su sabiduría. Lo que estamos cuestionando es la propiedad. Porque fue sabio para sí mismo (Prov 26, 5), porque no dio gloria a Dios (Jn 9, 2), porque no devolvió gracia por gracia (Jn 1, 16), porque no anduvo en la sabiduría según verdad (1Jn 4), sino que la retorció

acomodándola a su voluntad: por todo esto la perdió. Aún más: todo esto es lo que la echó a perder, porque poseerla de esa manera es perderla. “Si Abrahán, dice la Escritura, fue justificado por sus obras tiene de qué estar orgulloso, pero no ante Dios” (Rm 4, 2). Y yo añadiría: “No lo tiene seguro”. “Todo lo que poseo sin fundamentarlo en Dios lo he perdido”. ¿Qué cosa está más perdida que la que está desterrada de Dios? ¿Qué es la muerte sino la privación de la vida? Del mismo modo la perdición no es otra cosa que estar separado de Dios. ¡Ay de los que os tenéis por sabios y os creéis perspicaces! (Is 5, 21) Para vosotros son estas palabras: “Perderé la sabiduría de los sabios, y reprobare la prudencia de los prudentes” (1Cor 1, 19). Perdieron la sabiduría, porque su sabiduría los perdió a ellos. ¿Qué cosa no iban a perder, si ellos mismos se habían perdido? ¿O es que no están perdidos aquéllos a los que Dios no conoce? (Mt 25, 12)

11. En otro tiempo hubo vírgenes necias (Mt 25, 2), que pienso yo no lo fueron por otra causa más que porque diciendo que eran sabias, se hicieron unas ignorantes (Rm 1, 22). Éstas, digo yo, tendrán que escuchar que Dios les dice: “No os conozco” (Mt 25, 12). Y también los que se sirvieron de la gloria de hacer milagros para glorificarse a sí mismos, sin duda alguna escucharán: “Nunca os he conocido” (Mt 7, 23), para que en ellos pueda verse con toda claridad que la gracia no sirve de nada, más bien es un obstáculo, cuando no se obra con verdad. Por eso en el Esposo están las dos unidas. Así es como lo dice Juan el Bautista: “La gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (Jn 1, 17). Así pues, si el Señor Jesús, -ya que él es el Verbo de Dios y el Esposo del alma-, llama a mi puerta solamente con una de las dos (Ap 3, 20), entrará, pero no como Esposo, sino como Juez. ¡No quiera Dios que esto suceda alguna vez! Que no entre junto a su siervo para un juicio (Sal 142, 2). Que entre pacífico, que entre alegre y sonriente; que entre también sereno y serio, para que con el rostro más severo de la verdad, a la vez que reprime en mí la insolencia, purifique mi alegría. Que entre como un cervatillo que salta, y mirando a un lado y a otro como la cabra; que disimulando salte por encima de la culpa, y compadeciéndose mire la pena con piedad. Que entre como si bajara de los montes de Betel, festivo y radiante, como el que procede del Padre (Jn 15, 26), dulce y misericordioso (Sal 85, 5), que no se desdeñe de ser llamado y de ser el Esposo del alma que lo busca (Lm 3, 25), ya que es Dios bendito sobre todas las cosas y por los siglos. Amén (Rm 9, 5).

SIETE TEXTOS BREVES

1

Sucedió que, una vez (*aliquando*), entregándose a la oración con su acostumbrado amor, al sobrevenirle una admirable dulzura, el afecto quietó todos los movimientos del alma, todas las irrupciones de los pensamientos, incluso aquellos (*affectus*) espirituales, que tenía hacia sus amigos. Y luego, su alma, como desentendiéndose de las cargas que hay en el mundo, fue arrebatada sobre sí (*rapitur supra se*) y envuelta por una incierta e inefable luz. No veía otra cosa sino lo que es y constituye el ser de todas las cosas. Aquella luz no era corpórea ni se extendía con alguna semejanza de cuerpo, ni se difundía de tal manera que pudiera verse en todas partes; no era sostenida y ella sostenía todas las cosas y esto de un modo admirable e inefable, como que el que es tiene el ser y la verdad lo que es verdadero. Por eso, infundida en ella esta luz, al mismo Cristo a Quien primeramente había conocido según la carne, comenzó ya a no conocerlo según la carne, porque el Espíritu, Cristo Jesús, ya había infundido ante su rostro la misma Verdad.

Elredo de Rieval, *Oner 2. 10*
(Padres Cistercienses 13 [Azul], pp.42-43)

2

Debemos saber que en algunas ocasiones los justos son elevados por encima de sí mismos por el éxtasis de la contemplación a una cierta seguridad mental y constancia en la confianza. En esta condición se dan cuenta de que todos los males presentes y el peligro de la muerte deben ser despreciados en Dios, y al darse cuenta de esto, los menosprecian. Pero en otras ocasiones, son abatidos por su propia debilidad y como seres humanos ordinarios, temen en medio de estos peligros; y cuanto más humildemente temen su propia debilidad, más sinceramente la reconocen. Es por esta razón que está escrito de ellos: “Suben hasta el cielo, bajan hasta el abismo”. Ascenden hasta el cielo por el exceso de contemplación y la seguridad en Dios. Descienden hasta el abismo por un exceso de temor y desconfianza de sí mismos.

Balduino de Forde, *Commendatio fidei* 12. 6

3

En esta segunda manera de dar a luz a veces el alma es arrebatada [*excessus*] e incluso alejada de los sentidos corporales, a fin de que la que siente al Verbo pierda la noción de sí misma. Ocurre esto cuando el alma, arrebatada por la inefable dulzura del Verbo, de alguna manera sale de sí misma, o, por mejor decir, es robada y se desliza de sí misma para gozar del Verbo.

Bernardo de Claraval, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares* 85. 13
(traducción de José Luis Santos Gómez)

4

Ella dice: *encontré, encontré a Aquél que me buscó y me encontró primero a mí como a oveja errante y a dracma perdida; a Aquél que se me anticipó con su misericordia*. Repito: Él, primero, me encontró a mí que estaba perdida, y se me anticipó sin merecimiento de mi parte. Él me encontró errante, me previno en mi desesperanza; me encontró en mis dilaciones, se me anticipó en mis desconfianzas; Él me encontró y me reveló quién era yo, se me anticipó llamándome hacia sí; me encontró perdida en mis errores; a mí, vacía de gracia, se me anticipó con sus dones; Él me encontró no para que yo lo escogiera a Él sino para ser Él mismo quien me escogiera a mí. Se me anticipó para amarme primero. Así, elegida y amada, buscada y ganada, encontrada y prevenida, ¿cómo no amarle y buscarle con un empeño proporcionado a mis fuerzas y con un afecto superior a las mismas? Lo buscaré hasta que una vez cumplidos mis deseos, profiera este grito de alegría: *Encontré al Amado de mi alma*.

Gilberto de Hoyland, *Comentario al Cantar de los Cantares* 8. 8
(Padres Cistercienses 11 [Azul], p. 136)

5

Cuando el amor de Cristo llena de tal modo todo el afecto del hombre, que olvidándose y perdiéndose a sí mismo, sólo le preocupa Cristo y lo que quiere Jesús, entonces creo que la caridad ha llegado en él a la perfección. Para quien siente tal afecto la pobreza no es una carga, no siente las injurias, se ríe de las humillaciones, desprecia los males, la muerte la considera como una ganancia. Y ni siquiera piensa que vaya a morir, ya que sabe que más bien es un paso a la vida.

Guerrico de Igny, *Sermón* 33. 5
(Biblioteca Cisterciense 15 [Monte Carmelo], pp. 48-49)

6

Conocemos un monje temeroso de Dios del mismo lugar [Claraval] que, mientras vivía en esa comunidad, estaba de pie en el coro con los otros en la Vigilia de Todos los Santos. Este hombre amaba al bienaventurado Juan Evangelista con un afecto especial y le complacía mucho recordarle a él y a sus escritos. Cuando en la Misa se leyó la acostumbrada lectura del Apocalipsis experimentó una maravillosa dulzura en estas palabras. En el final del último versículo donde dice: “Digno es el Cordero que fue inmolado, de recibir el poder y la divinidad” y lo que sigue, su alma entera se derritió por el fuego del amor divino. Tal abundancia de felicidad se derramaba en él que apenas podía controlarse por tanta alegría. Luego fue arrebatado en júbilo y permaneció completamente fuera de sí, viendo solo a Cristo –como si fuera así– presente a los ojos de su corazón y abrazándolo con sus brazos interiores. Permanecía de pie en el mismo lugar mientras su mente se alimentaba en abundancia de esta concesión divina.

Herberto de Claraval, *De Miraculis*, 2.10
(Cf. *Exordio Magno III*, c. XXXII)

7

Y allá, donde no hay argumentos ni discusiones de la razón y del razonamiento que permitan ascender, como por escaleras, hasta el torrente de tus delicias a la plena alegría de tu amor, allá, aquel a quien tú se los concedas, que busque fielmente, que fielmente llame a tu puerta, pues a veces repentinamente se encuentra. Pero, Señor, si alguna vez, lo que es raro, encuentro un pedacito de este gozo, entonces clamo, vocifero: “Señor, ¡qué bueno es estarnos aquí, hagamos tres tiendas en este lugar!” una para la fe, otra para la esperanza, y otra para la caridad. ¿Desvarío cuando digo: ¡qué bueno es estar aquí? Inmediatamente caigo en tierra como muerto; miro y nada veo, y de nuevo me encuentro donde estaba al principio, en el dolor de mi corazón, y en la aflicción de mi espíritu. ¿Hasta cuándo Señor? ¿Hasta cuándo? ¿Cuánto tiempo seguiré dando vueltas a mis pensamientos y habrá en mi corazón dolor tan amargo como los días? ¿Por cuánto tiempo más se rehusará tu Espíritu permanecer en los hombres porque son de carne, y seguirá viniendo y yéndose, y soplando donde le place?

Guillermo de Saint-Thierry, *De la contemplación de Dios*, 5
(Padres Cistercienses 1 [Azul], pp. 43-44)



CUATRO BREVES REFLEXIONES

1



Dom Gerard D'Souza (Genesee)
Fecha de nacimiento: 24 mayo 1958
Fecha de entrada: 15 octubre 1992
Correo electrónico: gerarddsouza@geneseeabbey.org

El Sermón 74 de San Bernardo sobre el Cantar de los Cantares, ha sido siempre destacado por su descripción de la alternancia que tiene lugar en el alma con la venida y la marcha de la Palabra. No me centraré en esta experiencia de alternancia. Lo que realmente me habla ocurre más adelante en el texto cuando San Bernardo toca la inseparable conjunción de gracia y verdad, tal como se revela a sí mismo dentro de la experiencia personal.

He oído decir que las razones que llevan a alguien a la vida monástica no son las razones que mantienen a alguien en la vida monástica. En mi caso, una de las razones principales por las que persevero en la vida monástica es que puedo vivir en la verdad. He elegido deliberadamente la frase "vivir en la verdad" porque la vida cisterciense a través del carisma de los fundadores está tan organizada, que cada aspecto nos lleva a la vida y la verdad. Experimento esto como libertad y como espacio. Por el contrario, he experimentado la falsedad en mi propia vida como constricción. También estoy convencido de que nunca podría haber recibido con agrado la verdad si no estuviera envuelta en la unción de la gracia. Si no fuera por lo que Rowan Williams llama la "presencia confiable", una presencia que avala nuestra experiencia, no creo que hubiera recibido con agrado la verdad. Habría continuado viviendo con negaciones sutiles. Uno de los principales canales de gracia ha sido la comunidad. El espacio ofrecido por la aceptación de la comunidad a lo largo de toda la vida es una gracia primordial en mi opinión. Así es como experimentamos la presencia fidedigna de Cristo en medio de nosotros. Cuando esta gracia me sostiene, estoy más abierto a la verdad, aunque sea desagradable y una "palabra dura" se acepta la verdad porque se experimenta como un amor fuerte que nos libera para una inmersión cada vez más profunda en el misterio de Cristo y su Padre y el Espíritu Santo.¹⁷

¹⁷ Traducción: Padre Julio Wais y Piñeyro (Sobrado).



Madre Marion Risetto (Crozet)

Fecha de nacimiento: 17 septiembre 1941

Fecha de entrada: 22 agosto 1959

Correo electrónico: mmarion@olamonastery.org

Quédate conmigo, Señor, porque está atardeciendo. Se está haciendo tarde y me he hecho vieja, no muy vieja, pero lo suficiente. Demasiado mayor para todas estas idas y venidas del esposo en SC 74, demasiado mayor para andar corriendo por la ciudad buscándote a ti a quien mi corazón ama, demasiado mayor para tener que tratar con los centinelas que hacen la ronda, y menos aún para cazar los zorros en la viña. Demasiado mayor incluso para seguirte brincando por las montañas, saltando entre las colinas, jugando al escondite detrás de las rejas, llamando a mi puerta por la noche. Por favor, no más idas y venidas, quédate conmigo, Señor, porque el atardecer sin fin se acerca.

No más pucheros hirviendo como en SC 74:7 con el fuego a veces encendido, a veces apagado. Cuando cocino para mis queridas hermanas, el momento que menos me gusta es cuando las cazuelas empiezan a hervir, todas al mismo tiempo. Descanso, paz, alegría, satisfacción llegan a constante fuego lento, que es cuando, de hecho, la comida se cocina de verdad.

No más cambios angustiosos como en SC 74, tú eres para mí como un marido jubilado, que siempre está en casa. Muchas mujeres piensan con ansiedad sobre la etapa en sus vidas cuando sus maridos jubilados llenarán el espacio de sus hogares, ocho horas más cada día, cinco días a la semana, pero eso no nos pasa a ti ni a mí, Señor Jesús.

Nuestra experiencia es la del SC 79:5. Te he agarrado y no te dejaré marchar. Pero al mismo tiempo, tú a quien agarro eres quien me agarra a mí. Tanto te sujeto como soy sujeta. Me aferro a ti por medio de mi fe y mi cariño y tú te aferras a mí por tu poder y misericordia porque esa es tu promesa: “Siempre estoy contigo”.¹⁸

¹⁸ Traducción: Hermana Maria Gonzalo (Crozet).



Madre Martha Driscoll (Gedono)

Fecha de nacimiento: 5 mayo 1944

Fecha de entrada: 7 julio 1975

Correo electrónico: ibumartha@gmail.com

Como superiora, encuentro que muchas personas se desaniman porque no ven ningún progreso en sus vidas. En lugar de mejorar, sienten que están empeorando. ¿Dónde está Dios? ¿Cuál es la razón de esta vida? Aquí es cuando cito este pasaje. Cuando preguntado acerca de su experiencia de Dios, San Bernardo explica que él sabe que Dios le ha tocado cuando ve más claramente sus faltas y pecados. Se podría decir que él sabe que Dios está presente cuando tiene una crisis que le muestra su miseria.

En su amor, Dios nos muestra a nosotros mismos como nos ve, como realmente somos, lo que no queremos ver. Nos gustaría estar ardiendo de deseo, pero nuestros corazones de piedra parecen fríos y carentes de deseo. Pero ese deseo insensible se está transformando en energía de fidelidad, perseverancia, obediencia, don de sí mismo en la vida común, aprendiendo a amar a los demás, con momentos escasos del calor de su presencia pero muchos más momentos de fe en su misericordia. Aprendo a ver la belleza de su presencia en la falta de fervor, en el dolor del vacío y el egoísmo, la molestia y la impaciencia, en mí misma y en los demás: todos ellos signos de un deseo frustrado e insatisfecho que busca compensaciones.

El deseo es una esperanza que no flaquea mientras Jesús nos guía por el camino hacia abajo, hacia el duodécimo grado de la humildad, que no busca falsas alturas de espiritualidad individualista, sino que, más bien, nos une en nuestra miseria como pecadores abrazados por su infinita Misericordia.¹⁹

¹⁹ Traducción: Padre Julio Wais y Piñeyro (Sobrado).



Hermana Sarah Branigan (Glencairn)

Fecha de nacimiento: 11 abril 1973

Fecha de entrada: 7 noviembre 2001

Correo electrónico: sarah.ocso@gmail.com

San Bernardo no sólo recibió el don de las “visitas del Verbo”, sino también el don de articular su experiencia en palabras. Iluminando los caminos del amor, es realmente nuestro maestro. Sin embargo, otro mensaje que recibí de este sermón, y tal vez con mayor efecto debido a la traducción contemporánea, es que, a pesar de su autoridad, él es claramente “uno de nosotros”. Sus humildes protestas de indignidad al exponer los “sagrados secretos del amor” no son una postura de falsa modestia.

Es a partir del don de la experiencia personal que Bernardo tiene de Dios, que él nos instruye en este sermón, aunque no desde una distancia elevada. Vemos que también él, como nosotros, sufrió la misteriosa alternancia entre la presencia y la ausencia de Dios en la vida espiritual. Él también se ha hecho la pregunta acerca de esta “escena cambiante”: ¿Es Dios inconstante, caprichoso? ¿He sido abandonado? Él también está lleno de sentimientos de tristeza y anhelo, ante la ausencia del amado.

Para prevenirnos de confiar en nuestros sentidos y emociones, y en cambio reconocer los signos de la presencia de Dios por sus efectos en la vida, Bernardo presenta también, en la sección 6, una descripción profundamente humana del otro lado de su experiencia durante la ausencia de Dios. Confiesa su “alma somnolienta”, su corazón “duro, de piedra”, que es “árido”, “melancólico”, “cerrado”, “frío”, “torcido” y “áspero”. Éste es el pasaje del sermón que me atrae una y otra vez, donde la “experiencia” claramente no es obra de Bernardo, sino de la iniciativa de Dios, que “sacude la vida” y “prende fuego”, “endereza”, “arranca, destruye”, “construye y planta”.

En vez de centrarse en sus sentimientos, Bernardo está “perdido de asombro” ante la sabiduría del mismo Dios, por la transformación de todo su ser. Es en el contexto de este proceso de conversión, en gracia y verdad, que debemos comprender los motivos de la ausencia de Dios; no como una pasividad complaciente de parte de Dios, sino como un medio para atraernos hacia un deseo y una búsqueda cada vez más profundos, de Aquel a quien también nosotros clamamos: “¡Vuelve!”.²⁰

²⁰ Traducción: Hermana Ana Laura Forastieri (Hinojo).

PARA TU CUADERNO

1. Escribe tres puntos o ideas de esta unidad que hayan suscitado en ti una respuesta y que te gustaría recordar.
2. Si te gustaría hacerlo, escribe una respuesta personal breve a los temas suscitados en esta unidad. Probablemente será suficiente con unas 250 palabras.
3. Si quiere compartir este ensayo, puede enviarlo al Padre Michael Casey (Tarawarra), Editor General: experientia.editor@gmail.com. Por favor, incluye una foto tuya con tu nombre completo y monasterio, fecha de nacimiento, fecha de entrada y tu dirección de correo electrónico preferida.

PARA LEER MÁS

Casey, Michael: "Bernard's Biblical Mysticism," *Studies in Spirituality* 4 (1994), pp. 12-30.

Dutton, Marsha, "'Would that I Might': Gilbert of Hoyland on the Bride's Joy and the Guardian's Burden," *CSQ* 53:3 (2018), pp. 311-335.

Fassetta, Raffaele, "The Christocentric and Nuptial Mysticism of Saint Bernard in the Sermons on the Song of Songs," *CSQ* 49.3 (2014), pp. 347-365. (= *La mystique christologique et nuptiale de saint Bernard dans les sermons sure la Cantique*," *Collectanea* 75.2 (2013), pp. 139-154.



UNIDAD DIEZ

La Tradición Cisterciense

LA TRADICIÓN CISTERCIENSE

Elredo no tenía ninguna duda sobre la meta de la vocación cisterciense; la tierra prometida de la contemplación (S. 82:14). Él está igualmente seguro acerca de los medios por los cuales llegamos a este resultado deseado: viviendo ordinariamente cada día la *conversatio* cisterciense. “En lo que quiero insistir es que vosotros no podéis llegar a este punto a través de la pereza o la ociosidad, sino por los trabajos, las vigiliias, los ayunos, las lágrimas y la contrición de corazón” (S. 34:29). Como un buen pastor, sin embargo, Elredo reconocía que las diversas personas daban prioridad a diferentes elementos del estilo de vida monástico. Es poco realista esperar que todos sean perfectos en todo. “En la tentación cada uno debe refugiarse en aquel ejercicio en el que encuentra la mayor gracia” (S. 8:17). Él tenía confianza en la eficacia de la vida cisterciense.

La Tradición, más que un sustantivo, es como un verbo. No es tanto un cuerpo de doctrina y de textos y la transmisión de algo; es el acto de pasar lo que hemos recibido, aceptando que lo que entregamos será modificado en el proceso de ser recibido por otro. La tradición cisterciense es aceptada cuando vivimos la *conversatio* cisterciense. Se fortalece cuando profundizamos el significado de nuestra observancia a través de la internalización de las creencias y valores expresadas por los grandes exponentes de nuestra tradición. Es entregada cuando transmitimos a una nueva generación tanto un modo de obrar como también las creencias y valores que lo animan. En el mejor de los casos, los textos de la tradición se convierten para nosotros en un espejo en el cual aprendemos a reconocer el dinamismo de la vocación a la que hemos sido llamados.

En esta Unidad te pedimos que reflexiones acerca del impacto que la vivencia de la tradición cisterciense ha tenido sobre tu desarrollo personal. Te pedimos que te hagas responsable del florecimiento de nuestra tradición en el mundo contemporáneo. A un nivel más práctico, te preguntamos si tienes alguna sugerencia sobre cómo las comunidades, las regiones y la Orden en su conjunto podrían promover un mayor entusiasmo por la tradición cisterciense.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. Los textos de la tradición monástica brindados en este programa ¿me han ayudado a reconocer, comprender, apreciar y profundizar en mi propia experiencia de la vida monástica?
2. ¿Cuáles fueron los textos que me hablaron más fuertemente?
3. ¿Ha cambiado este programa mi percepción de la tradición monástica/cisterciense?
4. ¿Deseo comunicar la tradición cisterciense a una nueva generación?
5. ¿La tradición cisterciense aporta respuestas a las preguntas de hoy y a las necesidades de los monjes y monjas contemporáneos?
6. ¿Quieres que la Orden provea una formación continua sobre nuestra tradición?
7. Si tuvieras la oportunidad, ¿qué le dirías al Capítulo General acerca de la vida monástica de hoy?²¹

²¹ Traducción: Padre Mauricio Tavella (Azul).

INTRODUCCIÓN AL *SERMÓN* 82 DE SAN ELREDO



Dom Roberto de la Iglesia Pérez (Cardena)

Fecha de nacimiento: 17 octubre 1969

Fecha de entrada: 31 octubre 1993

Correo electrónico: robertodelai69@planalfa.es

San Elredo de Rieval es un exponente preclaro de la primitiva tradición cisterciense. Lo podemos ver patentemente en el texto que vamos a considerar.

Lo primero que puede extrañar a nuestros ojos en el Sermón propuesto, es que a pesar de ser en la fiesta de San Benito, Elredo apenas le cita 3 veces y de pasada. Y es que lo que busca Elredo, como los demás autores cistercienses, no es tanto ensalzar una persona por muy querida que sea cuanto iluminar en qué nos aprovecha su figura para progresar en la vida monástica. Es lo que se llama el sentido tropológico o moral.

En efecto, Elredo, partiendo del texto de San Pablo: “Todas estas cosas... fueron escritas para nosotros” (1Cor 10, 11), dice a sus monjes: “*nosotros que somos espirituales dentro del sentido literal busquemos el espiritual*”. Éste es el propósito de Elredo como abad y maestro de sus hermanos: buscar el sentido espiritual de la Escritura.

El Sermón comienza con un halago a sus monjes, una *captatio benevolentiae*, pues –dice- quieren celebrar las fiestas escuchando la Palabra de Dios. El Abad les explica su sentido espiritual, pues la Palabra de Dios es “*alimento de nuestra alma, consuelo en nuestra miseria y medicina en nuestra enfermedad*”. La Palabra de Dios repara la memoria, la *memoria Dei*, que el pecado hizo caer en el olvido de Dios, como nos dice en el *Espejo de la Caridad*.

Es el drama de la historia de la salvación, la lucha entre la Jerusalén y la Babilonia espiritual. Estas ciudades representan la *paz* y la *confusión* (ése es su significado hebreo), respectivamente; en sentido moral, el fortalecimiento en la virtud o la irrupción de los vicios. Y estas ciudades están mezcladas, como le enseña San Agustín, uno de sus maestros, tanto en la iglesia como en el corazón de cada creyente.

“*Huid de en medio de Babilonia*”, exhorta Elredo a sus hermanos. ¿A dónde? A las ciudades refugio (cf. Dt 19, 2-10; Nm 35, 11-15) que Moisés dispuso para los israelitas y que nuestro Moisés, San Benito, instituyó para los monjes. Estas ciudades no son otra cosa que los *exercitia*, las prácticas, que

San Benito dispuso en su Regla. Tres son corporales: el trabajo manual, las vigiliyas y los ayunos; y tres son espirituales: la *lectio*, la meditación, la oración (Cf. *Sermón* 8, 15; 117, 13). Es la interacción entre la vida activa –los tres primeros ejercicios o ciudades- y la contemplativa –los tres últimos- como nos las describen ya los primitivos monjes desde Evagrio Póntico y Casiano hasta Gregorio Magno, que comenzó a comprender la vida activa/contemplativa tal como la entendemos hoy.

Los tres *corporalia exercitia* son muy propios de los cistercienses, en oposición al monacato tradicional anterior al siglo XII. Sobre todo el trabajo manual -muy unido a la pobreza voluntaria- les hacía diferenciarse grandemente de ellos, pero también las vigiliyas y el ayuno según la Regla –recordemos la *Apología* de San Bernardo-. Es el *trabajo de la penitencia* que el monje, perseguido por el pecado, o que –en palabras de Elredo- está fuera de la tierra de promisión, debe tomar sobre sí. Los que llegaron a la perfección y gozan de cierta tranquilidad en el espíritu y en la carne –están en la tierra de la promesa- viven en la contemplación y el gusto de la divina dulzura. Pero incluso éstos deben cuidarse de los pensamientos que bullen en la cabeza (*vagis cogitationibus*), reflejo de la doctrina evagriana, algo que ya aconsejaba Elredo a su hermana, la reclusa.

Notamos aquí al cisterciense de la primera hora que era Elredo, en toda su pureza. En línea con la primitiva tradición monástica y, sobre todo con su maestro, San Bernardo. Elredo ha sido llamado, no sin razón, el “Bernardo del Norte”.

Pero, sigue diciendo Elredo, se nos manda huir a una ciudad -a un *exercitium*- no a todas, porque no todos pueden igualmente todo. Aquí se trasluce la otra cara de Elredo que complementa lo que acabamos de decir sobre su marcado ascetismo y que desarrollará más ampliamente en los Sermones paralelos a éste que comentamos (8 y 117). No todos podemos ni tenemos todo, pero ésa es la gracia de la vida comunitaria, porque mutuamente nos ayudamos y complementamos. Es un precioso estribillo agustiniano que se encuentra repetido al menos seis veces en las obras de Elredo: *singula omnium omnia singulorum*: (= cada cosa es de todos y todo es de cada uno). Y esto hay que entenderlo no solo de la cogulla o la túnica sino mucho más de las virtudes y los dones espirituales, de tal manera que lo que un hermano no tiene en sí lo tiene en otro. Así lo quiso Dios mismo para que sirva a la humildad, aumente la caridad y se conozca la unidad. El enfermo, entonces, puede decir: “soy fuerte” porque otro hermano lo es, así como otro tiene en él la paciencia en la enfermedad.

Pero el secreto está en la perseverancia, porque muchos huyen a estas ciudades pero pocos perseveran en ellas pues se creen perfectos por llevar muchos años de hábito, dice irónicamente Elredo. Debemos permanecer en estas ciudades hasta la muerte del sumo pontífice, -que para nosotros es Jesús-, como mandó Moisés. Cristo murió una vez en sí mismo y muere cada día en nosotros (*cotidie*) cuando seguimos su ejemplo, dando muerte en nosotros a las pasiones carnales. Es el ofrecimiento cuasi litúrgico de nosotros mismos: cada día, con Él y en Él.

Permanezcamos en los *exercitia* de la vida monástica (trabajo, vigiliyas, ayuno) hasta que podamos decir: “llevamos siempre la muerte de Jesús en nuestro cuerpo” (2Co 4, 10). Porque el monje cisterciense no profesa otra cosa que la cruz de Cristo (*nos professores crucis Christi*) y, más aún, nuestra Orden es la cruz de Cristo (*Ordo noster crux Christi est*), como dirá en otros lugares Elredo.

Éste es “nuestro Elredo”, como le llama cariñosamente su biógrafo, testigo fiel de la primerísima tradición cisterciense y bernardiana hecha de un intenso ascetismo en el seguimiento de Cristo humillado y crucificado, de una comprensión espiritual de la Sagrada Escritura, de una fuerte aspiración contemplativa y de una dinámica vivencia de la concordia, unidad y amistad comunitaria.

ELREDO DE RIEVAL

SERMÓN 82: EN LA FESTIVIDAD DE SAN BENITO

(Biblioteca Cisterciense 44, pp. 304-313)

1. *Bendito sea Dios* que os ha dado tanta devoción que, unidos así con tanto gusto y fervor, ansiéis las delicias no de la carne, sino del corazón. Así, en efecto, celebráis como se debe vuestras festividades *no con comilonas y borracheras* (Rom 13, 13), sino escuchando la Palabra de Dios. Debéis saber bien que la Palabra de Dios es alimento para nuestra alma, y consuelo en nuestra pobreza y medicina de nuestra enfermedad. Pero debéis tener presente que la medicina tiene doble virtud: una la de evitar la enfermedad, otra la de curar, pues el buen médico enseña a los sanos para que no cojan la enfermedad, y a los enfermos cómo han de reponerse.

2. Esto es lo que hace con nosotros la Palabra de Dios. Sanos estábamos en el paraíso y nos dio un consejo, es más, un mandato, con cuya observancia se mantendría la salud. Despreciamos el precepto, y consiguientemente cogimos la enfermedad (*aegritudo*). No nos ha abandonado nuestro médico, a pesar de estar enfermos. Nos da un precepto con que recuperar la salud. Los hijos de Israel parecía que estaban sanos cuando vivían en Jerusalén y guardaban los mandamientos de Dios. Pero como pecaron, por un juicio divino, fueron llevados cautivos a Babilonia. ¿Por qué allí en vez de otra parte? Sin duda, porque lo mismo que Jerusalén era su vida, así Babilonia significaba su mal. Lo mismo que la salud y la enfermedad son contrarias, del mismo modo estas dos ciudades son opuestas.

3. Jerusalén quiere decir paz, Babilonia confusión. Y no hay duda de que en tanto el cuerpo está sano, como que sus miembros están en paz, pero en cuanto surge la enfermedad, se produce cierta perturbación y confusión de los mismos. Lo mismo pasa en el espíritu. Cuando florecen en el mismo las virtudes, el espíritu (*animus*) está sano y no hay en él confusión alguna, sino como que goza del placer de la paz. Pero en cuanto se meten los vicios, todo es perturbación, la propia conciencia se rebela contra el hombre, y así se produce un estado de perturbación y confusión. Por lo tanto, hermanos míos, el espíritu enfermo y que se deja arrastrar por el atractivo de los deseos, está en la confusión, es decir, en Babilonia.

4. Que cada uno de vosotros recuerde cuando estábamos en esta que llamamos Babilonia, cómo estábamos llenos de temor, de confusión, qué líos tenía cada uno en la cabeza cuando, por una parte la ira le llenaba de turbación, por otra parte, la concupiscencia le llenaba de angustia; unas veces ardía la pasión del placer, otras atormentaba la envidia. Antes de entregarse al placer, el hombre arde por el deseo, pero cuando se ha dado al placer, queda lleno de un sentimiento de hastío. Dios nos llama a salir de esta confusión, con estos términos: *Salid de Babilonia* (Jer 51, 6). ¿Pero adónde iremos? ¿Será a las ciudades de refugio bien protegidas, que nuestro Moisés, nuestro legislador, quiero decir, san Benito, nos ha establecido? Pues el santo Moisés estableció unas ciudades, materiales para los carnales hijos de Israel.

5. Pues como está escrito en la Ley, Moisés determinó *tres ciudades* para los hijos de Israel allende el Jordán, fuera de la Tierra de Promisión, y también otras tres en la misma Tierra de Promisión, para que si alguno involuntariamente matare a un hombre se refugiase en una de estas tres ciudades en las que gozaba de paz y seguridad, a condición de que nunca saliese de esa ciudad *hasta la muerte del Sumo Pontífice*. Pues si fuere a cualquier parte antes del término establecido, sería lícito al pariente del muerto vengar la sangre de su familiar. Pero si aguantaba *hasta la muerte del Sumo Pontífice*, el homicida recibía la facultad de salir, y al pariente del muerto ya no le era lícito vengarse.

6. Que observen esta ley carnal los judíos carnales. Nosotros, que somos espirituales busquemos en la letra el sentido espiritual. Podemos estar seguros de que si no hubiese nada espiritual en esta ley,

nunca hubiese sido dada por Dios. ¿Pues qué os parece? ¿Hubo de dar Dios esta ley si iba a ser por tan poco tiempo? ¿O daría Dios una ley en la que no hubiese un motivo de verdadera trascendencia? ¿Qué motivo había en que por un pecado así, los hombres fuesen castigados con una pena tan desproporcionada, y que los que habían hecho el mismo pecado, tuviesen que sufrir una pena muy distinta?

7. Pues podía suceder que uno matase a un hombre la víspera de la muerte del Sumo Pontífice y se refugiase en una de aquellas ciudades, y otro hiciese lo mismo muchos años antes de su muerte. Por eso, hermanos, busquemos el sentido espiritual de esta ley, y así podremos ver qué justa, qué eterna, qué digna es de Dios. El Apóstol, en efecto, dice claramente: *Todo esto les sucedía a ellos en figura; pero ha sido escrito por nosotros para quienes acontece el final de los tiempos* (1Co 11; cfr 9, 10). Por lo tanto, si los hijos de Israel estuvieron en Egipto, y *pasaron el Mar Rojo*, ¿cómo no vamos a entender que también establecieron para nosotros ciudades de refugio?

8. ¿Pero por qué no tenían ciudades de refugio los hijos de Israel cuando estaban en Egipto? Veamos el motivo por qué tenían ciudades de refugio después de salir de Egipto. Tenían ciudades de refugio para que el que matase a un hombre sin darse cuenta se refugiase en una de estas ciudades, a fin de que su enemigo no pudiese matarle a él y así pudiese salvarse. Si no tenían estas ciudades en Egipto no era porque no cometiesen homicidios, sino porque los hacían a ciencia y conciencia, no sin darse cuenta. Veamos ya qué sea dar muerte a un hombre espiritualmente. Uno puede obrar bien o mal matando a un hombre.

9. Pues en una ocasión, *cuando san Pedro tenía hambre*, el Señor le mostró *un gran toldo* lleno de toda clase de animales impuros, y oyó *una voz que le decía: Pedro, mata y come* (cfr Hch 10, 10-13; 11, 17). Aquellos animales inmundos representan a los hombres pecadores. A unos tales el hombre santo debe matarlos con la espada, es decir, con la Palabra de Dios, para que no sean como han sido, es decir, pecadores. Por eso dice Salomón: *Cambia a los impíos y ya no serán* (Prov 12, 7), es decir, *convierte a los impíos de su impiedad y entonces no serán impíos* (Ez 3, 19). Después de matarlos debe comerlos, es decir, asociarlos a sus miembros, o sea, a los hombres buenos y santos, de los que dice el Apóstol: *Vosotros sois los unos miembros de los otros* (Rom 12, 5).

10. Por otra parte, el Señor echa en cara a algunos porque mataban mal, cuando dice por medio del profeta: *Remataban a los que no morían* (Ez 13, 19). Sabéis de sobra que el pecado es la muerte del alma y el que peca, da muerte a su alma, pues dice la Escritura: *La boca que miente mata a su alma* (Sab 1, 11). Lo mismo sin duda *el ojo que mira a una mujer deseándola mata al alma, y la mano que derrama sangre* y el pie dispuesto al mal, y el vientre dado al placer, el oído a la detracción. Todas estas cosas matan al alma. Por lo tanto, el que peca *mata a su alma* y el que con la palabra o el ejemplo incita a otro al pecado, mata el alma del otro.

11. Estos crímenes los cometíamos frecuentemente en Egipto, pero no tuvimos ciudades de refugio, ya que no pecábamos por debilidad o ignorancia, sino voluntariamente y con conocimiento de causa. Pero ya hemos salido de Egipto, y nos hemos ido acercando a la Tierra de Promisión, a la *tierra* que Dios prometió a *Abraham y a su descendencia*. Pero no *a su descendencia* según la carne sino según el espíritu. Ahora no nos faltan ciudades de refugio. Y realmente, hermanos, tenemos mucha necesidad de estas ciudades. ¿Pero quién nos ha construido tales ciudades? ¿Quién sino nuestro Padre San Benito, por cuyo medio el Señor nos ha sacado del Egipto espiritual?

12. Pero veamos ahora cuáles son estas ciudades. Es muy importante que las conozcamos, para que si nos hemos refugiado en ellas, permanezcamos en las mismas *hasta la muerte del Pontífice*. Ahora podemos, efectivamente, refugiarnos en estas ciudades, pues aunque matemos, es decir, pequemos - pues no hay uno que no peque- no obstante, sea por debilidad o ignorancia, no por soberbia. Estas seis ciudades, a mi modo de ver, se refieren a los seis ejercicios (*exercitia*) que nos ha propuesto nuestro Padre Benito. Los corporales son el trabajo manual, las vigiliias y los ayunos. Refugiémonos

con seguridad en estas ciudades, confiando que por su medio conseguiremos la misericordia, aunque alguna vez pequemos, y la protección para que no pequemos.

13. Pienso que ninguno de vosotros dudará de que, si uno después de haber pecado, se refugiare en este trabajo de la penitencia, el diablo que nos calumnia de homicidio, no podrá tener excusa alguna contra nosotros. Pero hay alguna otra cosa que nos reivindica por el homicidio, es decir, el mismo deleite que lleva consigo el pecado, pues cuando pecamos por algo que nos deleita, aún después de la penitencia nos viene a la cabeza el mismo recuerdo del pecado, y por ese mismo recuerdo se produce un deleite que es ocasión de tentación. Por eso, es necesario que nos refugiemos en estas ciudades para que el disgusto de la carne sea mayor que el deleite. Pero estas tres ciudades son propias de aquellos que aún están fuera de la Tierra de Promisión.

14. La Tierra de Promisión es la contemplación y el gusto de la *dulzura* divina. Unos hijos de Israel habitaban dentro de esta tierra, otros fuera. Los que han llegado a tanta perfección que tengan dominada su carne y sometida las pasiones carnales, y tienen tanta serenidad de espíritu y de la carne que puedan pensar con frecuencia en las cosas del cielo y penetrar y saborear la dulzura divina, son los que viven en la Tierra de Promisión. Ésta es la tierra que mana *leche y miel* con el doble alimento de la humanidad y de la divinidad del Señor.

15. Fuera de esta tierra están todavía los que mantienen cierta *lucha* con la carne, con el mundo, con el diablo. Éstos todavía *no* levantan *la cabeza* a las alturas de la contemplación, bebiendo aún *del torrente* de la tribulación que les domina, exclamando con el santo Job: *Si soy impío [pobre de mí, y si justo, no levantaré la cabeza, etc. (Job 10, 15)]*. A éstos los persigue el diablo por el homicidio, es decir, el pecado, recordándoles los vicios en los antes estuvieron metidos; los persigue el mismo deleite, que, cuanto más intenso fue antes, tanto más se ensaña después. Por eso es necesario que huyan a estas ciudades, o sea, a los ejercicios corporales, a fin de que con la tribulación de la carne venzan su deleite.

16. No obstante, está mandado huir *a una* de estas ciudades, ya que no todos pueden lo mismo con todo, ni en todos los ejercicios se halla la misma gracia. Por eso conviene que en la persecución del enemigo, es decir, cuando somos tentados, recurramos principalmente a aquel ejercicio en el que vemos que hay mayor gracia para nosotros. Pero hay muchos que huyen a las ciudades por temor, y pocos que perseveran en ellas el tiempo que conviene, pues muy pronto se sienten seguros, y suelen estimar la vida religiosa en función del tiempo que entraron en la vida monástica, y con esto se juzgan perfectos si ya llevan muchos años con el hábito religioso. Pero se haya vivido mucho o poco, es necesario que perseveremos en estas ciudades *hasta la muerte del Sumo Pontífice*.

17. Nosotros no tenemos necesidad de aclarar quién es nuestro Sumo Pontífice. *Es el que ha entrado en el santuario una sola vez, no con la sangre de machos cabríos ni de terneros cebados, consiguiendo la redención eterna (Heb 9, 12)*. ¿Pero cómo podemos esperar su *muerte* en estas ciudades? Hermanos, *Cristo murió una sola vez y muere cada día. Una sola vez en sí mismo, cada día en nosotros*. En nosotros muere cuando a ejemplo de su muerte nos mortificamos a nosotros mismos. Por eso, debemos permanecer en estas ciudades, es decir, darnos *a los trabajos, vigilias y ayunos*, hasta que mueran en nosotros todas las pasiones carnales y podamos decir con el Apóstol: *Llevando por todas partes en nuestro cuerpo la muerte de Jesús (2Co 4, 10)*.

18. Por eso los más perfectos y llenos de lucidez, pasaron el Jordán, es decir, todo lo que corre (*fluit*) y pasa, y con la mente, el corazón y el amor y el *pensamiento* viven *en la morada* que en todas partes es Tierra de Promisión (*Antífona Iste sanctus*). Éstos, aunque sean tan perfectos que no sufran la lucha de las pasiones carnales, no obstante les parece un gran tormento cuando su corazón, aunque sea por un momento, anda dando vueltas y pensando en cosas vanas y de este mundo. Y aunque éstos moren en las otras tres ciudades, y a veces aquellos a los que antes nos referíamos, en éstas, no obstante, éstas pertenecen a éstos, aquellas a otros. Sin embargo, todos se dirigen *a la muerte del Sumo*

Pontífice, aquéllos para morir a las pasiones malas, éstos para que no haya ni los más ligeros pensamientos.

19. Éstas son, hermanos, las ciudades que nos ha puesto san Benito. Refugiémonos en ellas, permanezcamos en ellas, para que de ellas, podamos pasar, por su medio a *los eternos tabernáculos*, con la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo y es Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.



SIETE TEXTOS BREVES

1

Nuestra Orden es una ciudad bien fortificada y cercada por todas partes con buenas observancias, que son como murallas y torres para que no nos engañe nuestro enemigo ni nos separe del ejército de nuestro Emperador. ¡Qué muro es la pobreza; cómo nos defiende contra la soberbia del mundo, contra la vanidad y el lujo malo y condenable! ¡Qué torre el silencio, que resiste los asaltos de las disputas, las riñas, las desavenencias y la detracción! ¿Y qué decir de la obediencia, de la humildad y rusticidad de los vestidos? ¿Qué de la frugalidad de los alimentos? Son muros, son torres contra los vicios, contra los asaltos de nuestros enemigos.

Elredo de Rieval, *Sermón 3. 7*
(Biblioteca Cisterciense 24 [Monte Carmelo], pp. 57-58)

2

Me parece que las seis ciudades pueden significar todas las prácticas (*exercitia*) que tenemos establecidas. Tres son corporales: el trabajo, las vigiliias y el ayuno, y éstas especialmente son para aquellos que todavía están dominados por las pasiones carnales y casi están fuera de la tierra de promisión, y todavía no pueden decir: *Nuestra morada (conversatio) está en el cielo* (Flp 3, 20). En cambio, otras tres son espirituales, como son, la lectio, la oración, la meditación. Éstas son más propias de los que ya han vencido las pasiones y han llegado al amor de las virtudes, saboreando en estas ciudades, *qué bueno es el Señor* (Sal 33, 9), los frutos de la tierra de promisión. En estas ciudades nos refugiamos de los que nos persiguen por un homicidio.

Elredo de Rieval, *Sermón 8. 15*
(Biblioteca Cisterciense 24 [Monte Carmelo], p. 152)

3

Nuevamente, vemos que no podemos superar las tentaciones de la carne jugueteando y viviendo de modo indulgente. Quienquiera que esté en la inmundicia de la carne por el mal hábito no puede ser curado, salvo a través de una gran contrición de corazón y de una considerable aniquilación de la carne y de asidua oración. Aquel que desea vivir [simultáneamente] de manera placentera y vencer las pasiones de la carne se trata a sí mismo de manera demasiado delicada y se engaña a sí mismo. Con la ayuda divina [san Benito] resistió tan virilmente a esta primera tentación, que después tuvo tal inmenso sosiego en la carne, que ya nunca más se sintió tentado hacia la fornicación. Imitémosle y resistamos los deleites ilícitos.

Elredo de Rieval, *Sermón 115. 11-12*

4

Nuestra Ordena es abyección, es humildad, es pobreza voluntaria, obediencia, paz, gozo en el Espíritu Santo. Nuestra Orden es ser sumiso al maestro, al abad, a la Regla, a la disciplina. Nuestra Orden es amar el silencio, ejercitarse en los ayunos, las vigiliias, la oración, el trabajo manual y sobre todo

mantenerse en el camino más excelso: el amor. En una palabra: progresar en todo esto de día en día, y perseverar así hasta el final de la vida.

Bernardo de Claraval, *Carta 142. I*
(Obras Completas de san Bernardo, tomo VII [BAC], pp. 511.513)

5

No me explico cómo pudo arraigar semejante inmoderación entre los monjes a la hora de comer y de beber, en su modo de vestirse y en el aderezo de sus lechos, en sus cabalgaduras y en la construcción de los edificios. Se ha llegado al extremo de pensar que allí donde se busca todo esto con mayor afán, complacencia y profusión, allí se vive mejor el espíritu de la Orden y es mayor la entrega a Dios. Y así, a la moderación la tienen por avaricia, la sobriedad pasa por rigidez, al silencio lo consideran melancolía. Y al revés, a la relajación la llaman discreción, al despilfarro generosidad, alegría al bullicio, decoro al lujo en el vestir y a la fastuosidad en las monturas; llaman aseo al innecesario desvelo por la comodidad de los lechos. Y facilitar todo esto a los demás es caridad. Una caridad que mata a la caridad. Una discreción que desfigura a la discreción. Misericordias semejantes rebosan crueldad. Desde luego que halagan el cuerpo, pero estrangulan el alma. ¿Qué clase de caridad es esa que ama la carne y desprecia el espíritu? ¿Puede llamarse discreción el dársele todo al cuerpo para negárselo al alma? ¿Será misericordia recrear a la esclava y matar a la señora?

Bernardo de Claraval, *Apo 16*
(Obras Completas de san Bernardo, tomo I [BAC], p. 275)

6

¿Por qué cuando va a hablar de la apertura [la esposa] menciona antes las manos? ¿Acaso quiso sugerir con qué manos conviene que abras a tu Amado, con qué méritos de obras has de prepararte para entrar en la contemplación de la Verdad? Buenas manos llenas de mirra, que practican la mortificación de la carne, que reprimen su flujo, que estrechan la lascivia, para que se introduzca más ampliamente el deleite de la Palabra. ¿No piensas acaso que son como gotas de mirra esas obras de la disciplina regular que, sucediéndose sin interrupción, ungen la mente y ciñen la carne? Las vigiliias, los ayunos, el alimento desazonado y parco, la tela áspera y el pan negro, las flagelaciones recibidas voluntariamente, el canto de la salmodia en las vigiliias, y la oración silenciosa, uno y otra con vehemencia de corazón, pero ésta tanto más vehemente en cuanto que en ella el espíritu está más libre del cuerpo, ¿qué destilan para nosotros al sucederse continuamente? Con razón confieren mirra porque infieren a la carne la amargura de la vejación y apaciguan el alma con el unguento de la devoción.

Gilberto de Hoyland, *Comentario al Cantar de los Cantares 43. 8*
(Padres Cistercienses 11 [Azul], p. 475)

7

El deseo de una auténtica vida monástica, siempre activo en diversas formas a lo largo de los siglos, continúa animando también hoy a los monjes y monjas de la Orden a renovar diligentemente su vida. Siguiendo los principios del Concilio Vaticano II, se esfuerzan en adquirir un conocimiento más profundo de sus propias fuentes y al mismo tiempo en ser hoy dóciles a la acción de Dios. El Capítulo General del año 1969, con la *Declaración de la Vida Cisterciense* y el *Estatuto de Unidad* y

Pluralismo, reafirmó la adhesión de la Orden a la Regla de san Benito como interpretación del Evangelio que le ha sido transmitida. Dio, además, directrices y abrió nuevos caminos para su fiel observancia en las cambiantes situaciones del mundo. En estos documentos el Capítulo General distinguió entre el espíritu de la Regla, las observancias fundamentales que constituyen la vida cisterciense, y todo aquello que se puede adaptar a las circunstancias locales.

Constituciones y Estatutos OCSO Introducción, 3

<https://www.ocso.org/wp-content/uploads/2016/05/1-Const.-Monjes-Monjas-Oct-2016-SP.pdf>



CUATRO BREVES REFLEXIONES

1



Madre Gertrude Ikebe (Ajimu)
Fecha de nacimiento: 9 diciembre 1969
Fecha de entrada: 23 diciembre 1995
Correo electrónico: gertrude@oct-net.ne.jp

“Dios es mi refugio”. Este mantra secreto me llevó finalmente a la vida monástica. Sabiendo que no podría ser fiel a mí misma mientras siguiera los caminos del mundo secular, busqué un camino seguro hacia mi verdadero ser. Entonces huí a un refugio, que para mí era un monasterio. Pero poco sabía yo entonces, que la vida [monástica] en todos sus aspectos era “una ciudad de refugio bien fortificada” que San Benito había establecido para nosotros, a través de cuyo ministerio el Señor nos había sacado del Egipto espiritual.

Habiendo ya pasado casi un cuarto de siglo [en el monasterio], me pregunto si yo podría llegar a acostumbrarme tanto a nuestro estilo de vida, como para dejar de recordar el hecho de que soy una refugiada, que una vez hubo suplicado por permanecer, y aún hecho voto de permanecer aquí hasta la muerte, lo que según San Elredo significa “ante la muerte de Cristo, el Sumo Sacerdote, que muere cada día en nosotros”. Su advertencia me parece real: “Hay muchos que huyen a las ciudades a causa del miedo, pero hay pocos que perseveran en ellas todo el tiempo que deberían. Demasiado pronto se vuelven seguros y, si han estado en la vida religiosa por muchos años, se consideran perfectos”.

Poner en Dios nuestro refugio significa morir diariamente a uno mismo en Cristo. La orientación original ya implica el destino final. Con esta convicción, debemos esforzarnos en buscar refugio en Dios por medio de nuestro compromiso con esta vida, y, no hace falta decirlo, dejando de lado cualquier pensamiento sobre una carrera monástica.²²

²² Traducción: Hermana Ana Laura Forastieri (Hinojo).



Hermano Juan Diego Warren (Andes)
Fecha de nacimiento: 28 agosto 1966
Fecha de entrada: 15 marzo 1991
Correo electrónico: juandiego.ocso@gmail.com

El haber sido preparado en letras españolas ha sido para mí, arma de doble filo cuando intento leer los Padres y aplicar su enseñanza a mi conversión monástica. Por una parte entiendo y puedo abrazar el amor de los Padres por la metáfora y la alegoría, ya que siendo hijos de su época, escogen la literatura como modo de expresar la verdad teológica. Por otra parte cuando a veces echan mano a imágenes aparatosas se me rebelan las sensibilidades modernas, y lo que me provoca es dejar de leer y ponerme a hacer otra cosa. Por ejemplo, cuando se describen las ciudades refugio se dice que no se encuentran ni en Egipto ni en la Tierra Prometida (cf. § 11-13.) ¿Pues dónde, entonces?

Con un poquito de fe y buena voluntad supero esta provocación, y contento por eso. Cuántas veces necesito aprender de nuevo, que no se trata de obrar para eliminar lo indómito dentro de mí, sino transformarlo en fuente de vida y comunión. “Levántate, Pedro, mata y come”. Es hábil la interpretación de Elredo de esta alegoría bíblica, y me motiva a asumir con más ánimo la recia palabra de san Pablo de cómo se realiza dicha transformación: el morir con Cristo (cf. § 9-10). Luego al permitir que Elredo vuelva a encender la memoria colectiva de vagar por el desierto con los hijos de Israel, y se ve en horizonte la figura de unas tiendas celestiales, cobra vida dentro de mí el don bautismal de la esperanza (§ 19). ¡Ésta sí es obra de un padre espiritual: el renovar la palabra divina y ayudarme a construir un mundo de experiencia común con los hermanos!



Dom Juan José Domingo Falomir (San Isidro/Casa Generalicia)

Fecha de nacimiento: 14 junio 1966

Fecha de entrada: 3 septiembre 1987

Correo electrónico: juanjose.ocso@gmail.com

Entre Babilonia y Jerusalén

Pasaron los años de mi juventud y estoy en la última década de la edad conocida como adultez. El transcurso del tiempo es fácil de medir, la experiencia adquirida es más difícil de evaluar. Sin embargo, con gran gozo puedo decir que todos estos años –que llaman “los mejores de la vida”– transcurrieron en la vida cisterciense, sin paréntesis temporal alguno. Esta realidad es para mí una gracia y una responsabilidad.

El sermón 82 de Elredo, me da pie para ver la vida monástica como un camino entre Babilonia y Jerusalén. Un camino no fácil, influenciado por el trajín entre ambas ciudades: la Babilonia del desorden y la desarmonía, fruto del egoísmo y del pecado, y la Jerusalén ordenada que tiene como frutos la paz y el gusto de la dulzura divina. Para llegar a Jerusalén, nuestro destino deseado, es imprescindible conocer aquellas pequeñas ciudades-refugio de las que se nos habla en el sermón. Pero no basta con conocerlas sobre el mapa, es necesario entrar efectivamente en ellas y tras aceptar humildemente sus exigencias gozar de su efecto benéfico: son los ejercicios espirituales y corporales propuestos por San Benito, ineludibles si se quiere ser monje.

Este camino no se hace sin la luz de la gracia, ciertamente, pero tampoco sin nosotros. La gran tentación es detenerse en cualquier vereda engañosa dejando pasar el tiempo tontamente. De poco nos vale conocer el sentido de la vida monástica si no vivimos en consecuencia; de nada las bellas ideas si no se hacen realidad vivida. No basta con conocer la ruta, hay que caminar con paso decidido. Lo demás es paja que se lleva el viento.



Madre Marie-Pascale DRAN (Brialmont)

Fecha de nacimiento: 23 febrero 1947

Fecha de entrada (Chambarand): 7 septiembre 1973

Correo electrónico: mpascale.brialmont@skynet.be

Este sermón de Elredo sin duda no está entre los más conocidos, los mejor estructurados, los más atractivos, a causa del tema escogido para homenajear a San Benito. El tema es el de las ciudades refugio preparadas por «nuestro Moisés». Estas ciudades, en las que los hijos de Israel podían encontrar refugio en caso de homicidio, bajo ciertas condiciones, son preparadas para nosotros, en contextos menos trágicos, ¡esperemos!

Esos refugios, la abadesa que me ha acogido, con su larga experiencia con unas hermanas más o menos fáciles, nos los hacía percibir diciéndonos a nosotras, jóvenes novicias en crisis: «¡Estad allí dónde está la comunidad!». De hecho, era la única cosa que deseábamos evitar, para huir de todos, y mantenernos en nuestra bola de amargura...

Esos refugios, Christian de Chergé y sus hermanos supieron encontrarlos, tras la visita del emir en las Navidades de 1993. «Tras su ida, lo que nos quedaba por hacer, era vivir; era, dos horas más tarde, celebrar la vigilia de la misa del Gallo... Nuestra salvación ha sido tener todas esas realidades cotidianas para continuar, día tras día».

Para nosotros, monjes, monjas, San Benito ha estructurado la vida cotidiana de manera que se pueda encarnar simplemente el don de sí mismo a Dios, a través de la fuerza de la vida comunitaria y de sus tareas sin pretensión: lectio, Oficio, trabajo manual, tareas que conducen a su encuentro, al corazón del «sí» de cada día.²³

²³ Traducción: Hermano Placide Montes Rodriguez (Nový Dvůr).

PARA TU CUADERNO

1. Escribe tres puntos o ideas de esta unidad que hayan suscitado en ti una respuesta y que te gustaría recordar.
2. Si te gustaría hacerlo, escribe una respuesta personal breve a los temas suscitados en esta unidad. Probablemente será suficiente con unas 250 palabras.
3. Si quiere compartir este ensayo, puede enviarlo al Padre Michael Casey (Tarawarra), Editor General: experientia.editor@gmail.com. Por favor, incluye una foto tuya con tu nombre completo y monasterio, fecha de nacimiento, fecha de entrada y tu dirección de correo electrónico preferida.

PARA LEER MÁS

Bonpain, René, “Les adaptations et la Règle de saint Benoît ou la double relativité de l’observance,” *Collectanea* 31 (1969), pp 247-264.

Casey, Michael, “Tradition, Interpretation Reform: The Western Monastic Experience,” *American Benedictine Review* 69.4 (2018), pp. 400-429.

Exordium, Unit Eight: “The Value of Austerity”.

Roberts, Augustine, “Spiritual Methods in Benedictine Life, Yesterday and Today,” *CSQ* 10.3/4 (1975), pp. 207-233.

Vuong-Dinh-Lam, Jean, “Les observances monastiques: instruments de la vie spirituelle d’après Gilbert de Hoyland,” *Collectanea* 26 (1964), pp. 170-199.



EPÍLOGO



Dom Olivier Quenardel (Cîteaux)

Fecha de nacimiento: 6 agosto 1946

Fecha de entrada: 8 enero 1967

Correo electrónico: abbe@citeaux-abbaye.com

LA TRADICIÓN CISTERCIENSE

Se nos ha confiado un tesoro. Don del Espíritu a la Iglesia y al mundo. Escondido en el campo de la historia, nuestros padres lo descubrieron hace más de 900 años. Para adquirirlo, lo han dejado todo, incluso Molesme, prefiriendo el desierto a un lugar, donde no se sentían lo suficientemente libres para correr por los caminos del evangelio con un corazón dilatado.

*Ellos han partido en la alegría.
Estos hombres rectos con el corazón encendido.
Vivir la regla de Benito,
tal es su deseo.*

*Ellos han elegido el camino estrecho,
el abad Roberto va primero.
Pero es el Espíritu quien los conduce
hacia un lugar nuevo.*

*Ellos han abierto un claro,
el cielo descende en el bosque.
Sus manos construyen la casa
de los pobres de Cristo.*

*En el silencio ellos formaron
un vínculo de viva caridad.
Como Alberico, Esteban espera:
los hermanos vendrán.*

*Ellos han vigilado en la alabanza,
ellos han soportado el peso del día.
La pena en la gracia florece:
el árbol de Císter²⁴.*

Este tesoro no nos pertenece pero nos pertenece hacerlo fructificar. Cada monje, cada monja tiene la responsabilidad. Cada comunidad, hasta la posible extensión laical que se le asocia, puede encontrar la gracia para fortalecer y renovar su identidad cisterciense. Cada congregación, cada orden manifiesta un color, un reflejo, una actualización para el bien de la gran Familia cisterciense y su testimonio a principios del tercer milenio. Vemos así que nuestro tesoro es de naturaleza "poliédrica", según la imagen querida por el Papa Francisco. Refleja la confluencia de muchas diversidades que, en él, conservan la originalidad. Nada se disuelve, nada se destruye, nada domina nada, todo se integra²⁵.

Este tesoro tiene un manantial interior: "el vínculo vivo de la caridad" que hace que el árbol Císter florezca a lo largo de los siglos. El número le importa menos que la llama. La extensión o disminución de sus ramas es menos importante para ella que la perseverancia en la conversión del corazón. De la pena a la gracia, azotado por la tormenta o regenerado por el sol, se mantiene firme.

¿Pero dónde tiene más sabor el fruto de la caridad? ¿En la prosperidad o en la pequeñez, en el crecimiento o en la decadencia? ¡Dios lo sabe! Y no es una molestia preguntarse si el fruto de la comunión que se encuentra en la gran Familia cisterciense no tiene para el Cristo de la Pascua un sabor más excelente que el de los mejores años de la Edad de Oro, cuando San Bernardo comentó el Cantar de los Cantares, y cuando Císter y sus Casas-Hijas fundaban a más no poder.

Porque los caminos del Señor no son nuestros caminos, y sus pensamientos no son nuestros pensamientos. *Experientia* ha despertado en nosotros el impulso para armonizarnos. ¡Que la Virgen María, nuestra Señora y nuestra Reina, esté más que nunca en su casa, en nuestras comunidades, nuestras Órdenes y nuestra gran Familia! ¡Y que estemos más que nunca con ella para dar gracias a Dios!²⁶



²⁴ Himno de la Comisión Francófona Cisterciense (C.F.C.) para la fiesta de los Fundadores del Císter.

²⁵ Estas líneas se inspiran en la Exhortación Apostólica del Papa Francisco, *Evangelii gaudium* 236.

²⁶ Traducción: Hermano Eduardo Lattar (Oelenberg / Scourmont).

Deseamos expresar nuestra sincera gratitud

a los traductores que han trabajado en *Experientia*.
Este proyecto multicultural y multilingüe se ha realizado
por medio de su diligencia y talento.

Gracias.

Dom Isidoro Anguita Fontecha (Huerta);
Dom Éric Antoine (Aiguebelle);
Hermana Christine Aptel (Val d'Igny);
Hermana Claire Bouttin (Redwoods);
Hermana María Sther Briso-Montiano Gil (Carrizo/Wrentham);
Padre William Dingwall (Spencer);
Hermano Gregory Escardo (Gethsemani);
Hermana Ana Laura Forastieri (Hinojo);
Hermana Maria Gonzalo Crozet
Hermana Laurence Gouezin (Campénéac);
Hermana Anne Guinard (Valserena);
Hermana Bénédicte Hoen (Val d'Igny);
Dom Roberto de la Iglesia Pérez (Cardeña);
Hermano Eduardo Lattar (Oelenberg/Scourmont);
Hermana Mónica Madera Molina (Esmeraldas);
Padre José Martín (Cardeña);
Padre Thomas McMaster (New Melleray);
Hermano Pascal Ménardi (Neiges);
Dom José Luis Monge (Viaceli);
Hermano Placide Montes Rodríguez (Nový Dvůr);
Hermana Anne Morin (Laval);
Hermana Marie Mouris (Val d'Igny);
Padre Godefroy Raguenet de St Albin (Aiguebelle);
Padre Irénée Rigolot (Timadeuc);
Dom Augustine Roberts (Azul/Hinojo);
Padre Cassian Russell (Conyers);
Dom Bède Stockill (Calvaire);
Padre Mauricio Tavella (Azul);
Padre Julio Wais y Piñeyro (Sobrado).

Traducciones en otros idiomas

Alemán: Hermana Maria Magdalena Aust (Maria Frieden);
Italiano: Hermana Maria Francesca Righi (Valserena);
Portugués: Hermana Teresa Paula Perdigão, OSB (Encontro, Brasil);
Holandés: Coordinación por Dom Bernardus Peeters (Tilburg);
Checo: Coordinación por Dom Samuel Lauras (Nový Dvůr).

Relectura del Volumen Uno del Texto en francés

Hermana Marcelle Bodson (Brialmont).

